LEILA YOON



# Novia del CEO por Navidad

# Novia del CEO por Navidad



LEILA YOON

Regálame un CEO por Navidad #1

**Todos los derechos reservados**

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

**© 2025 Leila Yoon.**

# ÍNDICE

UN TRATO EN PELIGRO

TRES AÑOS SIN SEXO Y UN CEO ESCUCHANDO

BUSCANDO NOVIA (FALSA) DESESPERADAMENTE

LA PROPUESTA INDECENTE

UN MENSAJE DE EX Y UNA DECISIÓN IMPULSIVA

EL TRATO ESTÁ SELLADO

BRUCE, EL TERCER INVITADO

TRES JUGUETES Y UN ORGASMO IMPREVISTO

GRINCH BUSCA DECORADORA (URGENTE)

DEMASIADO CERCA

GALLETAS, VILLANCICOS… Y ANTICIPACIÓN

BAJO EL MUÉRDAGO

LA RECOMPENSA

LO POCO QUE ME QUEDA

QUIERO QUE SEA DE VERDAD

EQUIPAJE CON VIBRADOR INCLUIDO

FINGIMOS MUY BIEN. DEMASIADO BIEN

69 RAZONES PARA PERDER LA CABEZA

MÁS QUE UN BESO

MENTIRAS QUE SABEN A VERDAD

DEJÁNDONOS LLEVAR

IRME ANTES DE QUEDARME

LA ÚLTIMA NAVIDAD

GRACIAS POR TODO, SEÑOR PRESCOTT

ELLA ME DEVOLVIÓ LA NAVIDAD

CASA, CROQUETAS Y CICATRICES

CERRAR LA PUERTA

UN MILAGRO NAVIDEÑO

EL MEJOR REGALO ESTABA COLGADO

ATRAPADO EN NAVIDAD

SINOPSIS ATRAPADA CON EL CEO POR NAVIDAD

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

MIS NOVELAS

# 1

## Blake

# UN TRATO EN PELIGRO



Los villancicos sonaban en la oficina, decorada con espumillón y bolas rojas. Ese puto olor a canela artificial flotaba en el aire, como si alguien hubiera decidido rociarlo por cada rincón.

Chasqueé la lengua mientras cruzaba el vestíbulo hacia mi oficina.

Navidad. Otra vez.

En recepción habían puesto un árbol de dos metros. Demasiado grande, demasiado cargado. Como si intentar parecer felices en diciembre fuese parte del contrato.

—Buenos días, señor Prescott —dijo la recepcionista, con un jersey de renos.

—Mmm —gruñí sin detenerme.

El día ya había empezado torcido. Tenía una reunión clave con un inversionista español a las nueve. Me había llamado a primera hora y había insistido en verme. Eso solo podía significar una cosa: problemas.

Abrí la puerta de mi despacho. Mi hermano estaba dentro, sentado en el sillón de invitados, con los pies apoyados en la mesa y el móvil en la mano, como si aquello fuera su casa.

—¿Qué diablos haces aquí? —solté, cerrando la puerta tras de mí.

—Buenos días a ti también —respondió con una sonrisa.

—Sabes que odio que entres en mi despacho antes de que yo llegue.

—Y aun así lo sigo haciendo. Curioso, ¿verdad?

Me fulminó con una sonrisa tranquila.

Llevaba uno de sus trajes italianos, gris claro, con camisa blanca sin corbata. Siempre iba impecable, pero con ese punto informal que solo él podía permitirse. El pelo oscuro un poco alborotado, la barba de dos días y ese aire de cabrón encantador que lo salvaba de todo.

Era la versión relajada de los Prescott. Mi opuesto.

—¿Vienes muy Grinch esta mañana o es que alguien te ha metido espumillón por el culo? —añadió al ver mi cara de funeral.

—He hablado con Álvaro Jiménez.

La sonrisa se le borró de golpe.

—¿El español?

Asentí.

—Está a punto de llegar. Me ha solicitado una reunión para hablar conmigo de forma «urgente y personal».

—Mierda —murmuró, ya más serio—. ¿Y qué coño quiere?

Me senté al otro lado de la mesa. A veces olvidaba que Ethan y yo no solo éramos hermanos. También éramos socios.

Los dos fundamos Prescott Brothers Real Estate hace ocho años. Hoy, la empresa era una de las inmobiliarias de lujo más potentes de Manhattan.

Gestionábamos y desarrollábamos propiedades exclusivas en Nueva York, Los Hamptons, Aspen, incluso Tulum.

Estábamos a punto de lanzar nuestro nuevo complejo residencial en Park Avenue. Un proyecto ambicioso, y caro.

Llevábamos semanas cerrando rondas con inversionistas extranjeros. Españoles, árabes, suizos. Todo iba bien… hasta esta llamada.

—¿Y qué coño quiere? —repitió Ethan, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Ha dicho que necesitaba hablar conmigo. Muy misterioso todo. Pero su tono no sonaba a buenas noticias.

Ethan resopló.

—O viene a echárselo atrás, o viene a apretar.

—Exacto.

Miré el reloj. Faltaban tres minutos para las nueve.

—¿Quieres que me quede?

Negué con la cabeza.

—Mejor no. No quiero que parezca que necesito refuerzos.

Asintió sin decir nada más, y salió del despacho. Yo me quedé solo. Aproveché para ajustarme la corbata y mirar Manhattan a través del cristal.

En invierno la ciudad tenía otro ritmo. Más gris, más silencioso. La luz era más pálida. Todo parecía más contenido, como si respirara más lento.

Al menos durante el día. Porque durante la noche era otra cosa.

Los colores de la Navidad estaban por todas partes. Luces, escaparates, árboles en cada esquina. Y aunque intentara ignorarlo, había algo en todo eso que funcionaba. Manhattan brillaba de una forma especial. Por eso la Navidad en Manhattan podía considerarse una de las más mágicas del mundo.

Por mucho que yo hiciera años que no la disfrutara.

Llamaron a la puerta.

—Señor Prescott —asomó la cabeza Lucy, mi secretaria—. El señor Jiménez ya está aquí.

—Que pase.

Ella asintió y se apartó del marco.

Álvaro Jiménez entró con paso firme. Traje de lana, abrigo colgado del brazo y esa sonrisa educada que usas justo antes de decir algo que no va a gustar.

—Gracias por recibirme —dijo tendiéndome la mano.

—Gracias a usted por venir —respondí, con el tono más diplomático que fui capaz de sacar. Nos dimos la mano y le señalé el sillón frente al escritorio—. ¿Café? ¿Agua?

Negó con una leve sonrisa, sentándose.

—No, no se preocupe. Lo que tengo que decirle es rápido.

—Usted dirá.

Se tomó un segundo antes de hablar. Abrió su maletín, sacó una carpeta, la dejó sobre su regazo, pero no la abrió.

—He estado revisando todo con detalle. El proyecto es sólido. La ubicación, impecable. Y el retorno estimado… más que atractivo.

Pero hay algo que me hace dudar. Algo que no tiene que ver con los números.

Lo miré fijamente.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—Su vida personal, señor Prescott.

Me quedé inmóvil. No sé qué había esperado, pero desde luego no aquello. No solía mezclar negocios con mi vida privada. Nadie en su sano juicio lo hacía.

—Mi vida personal no tiene nada que ver con esta inversión —dije, manteniendo la calma.

—Para mí sí —respondió, acomodándose en el sillón con toda la tranquilidad del mundo—. Mire, yo soy un hombre de familia. Estoy casado desde hace más de veinte años y tengo tres hijos. No me malinterprete, respeto su estilo de vida, pero me resulta complicado confiar mi dinero a alguien cuya imagen pública es la de un soltero empedernido. Aparece en revistas, en portadas, siempre acompañado de mujeres distintas. —Guardó silencio un segundo, como si quisiera darme tiempo para procesarlo—. Entienda que para mí los negocios no solo son cifras. También tienen que ver con valores, y necesito sentir que invierto en alguien que los representa.

Me incliné hacia atrás en la silla, cruzando las manos sobre el escritorio.

—Le aseguro que mi vida privada no interfiere en mi trabajo.

—Tal vez no en su trabajo, pero sí en cómo lo perciben los demás —replicó con calma—. Y, créame, la percepción lo es todo.

—Entonces, ¿me está diciendo que rechaza el proyecto por lo que hago cuando salgo de la oficina?

—Lo que le digo es que mis decisiones de inversión no dependen solo de balances y proyecciones. También dependen de la

persona que hay detrás. Y usted, señor Prescott, tiene una reputación que juega en su contra.

Me mantuve en silencio, pensativo. Mierda. Estábamos hablando de una inversión de millones de dólares. Perder a Álvaro significaba retrasar Park Avenue, dar ventaja a la competencia y, en resumen, hacerme quedar como un idiota.

No podía permitírmelo.

—Necesito saber que el hombre al que voy a respaldar es estable —añadió él—. Que no es solo un empresario brillante, sino también alguien con una vida personal en orden.

Asentí, sintiendo cómo mi cabeza se convertía en un torbellino de pensamientos.

¿Qué podía hacer para que Álvaro dejara de verme como un cabrón inmaduro? ¿Qué prueba de estabilidad podía darle que no se comprara con dinero?

La respuesta era obvia.

No había nada que transmitiera más estabilidad que la imagen de un hombre enamorado de su pareja.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos sobre el escritorio, preparado para soltar la mayor mentira que había dicho en años.

—No tiene que preocuparse por eso —dije con calma—. Estoy en una relación estable desde hace meses.

Álvaro me miró sorprendido, arqueando una ceja.

—No he leído nada de eso en la prensa.

—Eso es porque lo estamos manteniendo en secreto —respondí sin pestañear—. No queremos llamar la atención.

—¿Y por qué? —preguntó, inclinándose hacia atrás con curiosidad.

—Ella es muy discreta. Es más… ni siquiera es de aquí. —Se me encendió una bombilla con una idea que, en aquel momento, me pareció brillante—. De hecho, es española, como usted.

Los ojos de Álvaro se iluminaron de inmediato.

—¿Española? —Asentí—. Entonces seguro que me cae bien. Tengo que conocerla antes de regresar a Madrid.

—Por supuesto —dije, sonriendo como si todo estuviera bajo control.

—Quedemos para cenar un día, ¿de acuerdo? —Su tono no dejaba opción a réplica.

Fue entonces cuando comprendí que acababa de cavar mi propia tumba.

Pensé que darle su nacionalidad a mi novia ficticia haría que Álvaro empatizara conmigo, que lo acercara un poco más al trato. Lo que no calculé fue que eso solo haría que quisiera conocerla a toda costa.

Y yo ni siquiera sabía quién coño iba a ser esa mujer.

Y ese fue el momento exacto en el que supe que, para salvar el proyecto de Park Avenue, tendría que inventarme no solo una relación… sino también a la mujer perfecta para interpretarla.

## 2

### Valeria

# TRES AÑOS SIN SEXO Y UN CEO ESCUCHANDO



Eran las once y ya iba por mi tercer café. Mientras el vaso de cartón se llenaba, apoyé la cadera contra la encimera de la sala de descanso y abrí Instagram.

Error.

Mis amigos de Madrid parecían competir por quién vivía la Navidad más intensa.

Unos ya habían montado el árbol y lo habían llenado de luces, otros subían fotos desde la sierra, con gorros de lana y los esquís al hombro. Hasta Laura había colgado un vídeo del mercadillo de la Plaza Mayor, con churros incluidos.

Tragué saliva.

Sí, echaba de menos todo eso. Las luces, las cañas con mis amigas. Navidad en Madrid.

Al menos me consolaba pensar que en unos días cogería un avión y estaría en casa. Con mi familia, con los de siempre.

—¿Otra vez con cara de drama? —escuché a mi espalda.

Me giré y ahí estaba Kayla, con una carpeta enorme a punto de caérsele de los brazos y la coleta rubia medio deshecha.

Kayla era la única persona que podía hacerme reír en esa oficina.

Era secretaria de Ethan Prescott, uno de los dos jefazos, y la única que me había acogido desde el primer día sin tratarme como la extranjera rara que sobraba en la foto.

Cuando decidí emigrar a Nueva York desde España, sabía que las cosas no serían fáciles. Pero después de que mi ex me dejara plantada a pocas semanas de la boda, necesitaba escapar de esa ciudad que me lo recordaba todo.

Conseguí un puesto junior en el departamento de marketing de Prescott Brothers Real Estate en un golpe de suerte y, sin mirar atrás, hice las maletas y me planté en la Gran Manzana.

Llevaba tres años en la empresa, y me gustaba mi trabajo. Incluso me había acostumbrado a ese ritmo de vida tan distinto al mío, aunque a menudo echara de menos Madrid

—Solo estaba… envidiando un poco a mis amigos españoles —respondí al fin, alzando el móvil para enseñarle la pantalla.

—Oh, venga, no te pongas sentimental. Tú en nada estarás en Madrid rodeada de familia y amigos, mientras yo me quedaré aquí, sola, celebrando la Navidad con mi gato y una pizza congelada.

Lo dijo bromeando, pero sabía que sus palabras escondían cierta verdad.

Kayla estaba sola en el mundo. No tenía padres, y su abuela, su única familia, había muerto ese último año. La pobre se refugiaba en

el trabajo y en ese gato gordo y gruñón al que trataba como si fuera un hijo.

—Tendrías que venirte conmigo —dije con una sonrisa suave—. Ya sabes que hay espacio de sobra en mi casa, y mamá te adoptaría en un segundo.

Kayla negó con la cabeza enseguida.

—Nah. No quiero molestar. Lo último que necesita tu familia es una guiri que no sabe hablar español interrumpiendo las sobremesas. Además, no tengo vacaciones como tú.

No insistí, aunque lo pensaba de verdad: estaría bien tenerla en casa, en medio del ruido y la comida de mi familia, en lugar de dejar que pasara las Navidades sola con su gato.

—Bueno, pero si cambias de opinión, ya sabes que en mi casa eres bienvenida.

Kayla sonrió, pero negó con la cabeza.

—No te preocupes por mí, de verdad. Estaré bien. Además, hay un tío de Tinder que lleva días escribiéndome. También va a pasar solo estas Navidades porque su familia vive en Texas, así que… quién sabe. Igual nos consolamos mutuamente.

Me reí, dando un sorbo a mi café ya hecho. Kayla dejó la carpeta sobre la mesa y se dispuso a prepararse uno para ella.

—Pues no es mal plan.

—¿Verdad? Llevo meses de sequía, necesito darle una alegría a este cuerpo —dijo señalándose con un gesto dramático.

Me reí aún más fuerte.

—Chica, pues si te quejas por unos meses de sequía… no sé qué harías en mi situación. Llevo sin echar un polvo tres años.

Kayla se giró de golpe, con los ojos abiertos como platos.

—¿Tres años? ¡Eso es delito!

—Ya ves —bufé, encogiéndome de hombros—. Estoy como para que me den un pin al mérito.

Las dos estallamos en carcajadas.

—Deberías descargarte Tinder. Si lo que necesitas es que te den un buen meneo, ahí seguro que lo encuentras —dijo Kayla entre risas.

—No tengo tiempo para eso. Llevo tres años siendo junior y me muero por conseguir un ascenso. Pero ya sabes… yo soy la extranjera, la que siempre tiene que demostrar el doble para que la tomen en serio—. Kayla ladeó la cabeza con gesto comprensivo—. ¿Hecho de menos practicar sexo? —seguí yo, con una mueca exagerada—. Sí. Todos los días de mi vida. De hecho, hace tanto que no toco a un hombre que cuando lo haga será como perder la virginidad otra vez. Es más, estoy tan necesitada que he empezado a tener sueños eróticos con gente random. El repartidor de Amazon, el reponedor del supermercado de la esquina… el otro día hasta soñé que Blake Prescott me lo hacía sobre la mesa de su escritorio.

Kayla se tapó la boca para contener la carcajada.

—Madre mía, Valeria, estás fatal.

—Lo sé. —Le di otro sorbo al café—. Pero en mi defensa diré que tres años sin nada es demasiado tiempo.

Alguien carraspeó detrás de nosotras.

Las dos nos giramos al mismo tiempo.

Y ahí estaba él.

El mismísimo Blake Prescott.

Al que acababa de mencionar sin imaginar que podría estar cerca.

Alto, impecable, con un traje azul marino que parecía hecho a medida solo para su cuerpo. La camisa blanca resaltaba el tono bronceado de su piel. Tenía el pelo oscuro, perfectamente peinado hacia atrás, y una expresión neutra que no dejaba adivinar si había escuchado algo de nuestra conversación. Sus ojos grises, fríos y penetrantes, completaban un conjunto capaz de dejarte sin respiración.

Todas en la oficina suspiraban por él y por su hermano Ethan.

Los Prescott eran leyenda allí dentro.

No solo porque dirigían una de las inmobiliarias más potentes de Nueva York, sino porque ambos eran tan guapos que parecían sacados de una campaña de Armani.

Por eso, que Blake protagonizara algún que otro sueño húmedo era de lo más normal. Lo que no era normal era decirlo en voz alta. Y mucho menos hacerlo justo cuando él estaba detrás.

¿Cuándo demonios había entrado por la puerta?

—Señoritas, ¿han acabado con el café? —preguntó, señalando la cafetera.

Yo tragué saliva, consciente de que, si el suelo se abría bajo mis pies en ese momento, no me importaría desaparecer.

La simple posibilidad de que hubiera escuchado que me lo tiraba en sueños me dejó con la boca seca y las mejillas en llamas.

—Sí, claro, señor Prescott —dijo Kayla, sonriendo como si nada —. Todo suyo.

Se hizo un silencio incómodo. Yo no podía ni mirarle. Solo sentía el calor subiéndome por el cuello.

Blake se acercó a la cafetera y empezó a servirse sin decir nada. Un silencio tenso nos envolvió.

Y entonces habló.

—Desde luego, tres años es mucho tiempo —dijo sin mirarnos, como quien comenta el tiempo.

Casi me atraganto con mi propio aire.

Kayla se giró lentamente hacia mí, los ojos como platos.

Yo solo pensé una cosa.

*Trágame, tierra. O tráeme un avión directo a Madrid ya.*

## 3

### Blake

# BUSCANDO NOVIA (FALSA) DESESPERADAMENTE



ÁLVARO JIMÉNEZ

Señor Prescott, ¿cuándo podríamos quedar a cenar con su novia española? Me apetece mucho conocer a una compatriota.

Bufé, mirando la pantalla del móvil, desesperado.

Llevaba dos días buscando a una mujer española dispuesta a ocupar el puesto de novia falsa, pero las cosas no estaban saliendo como había previsto.

Había contactado con dos agencias especializadas. Carísimas. Les pedí perfiles de actrices españolas y la respuesta fue la misma en ambas: «Lo siento, señor Prescott, no tenemos españolas en nuestro catálogo.»

Genial. Tenían actrices de todos los países menos de España.

También probé las apps de citas. Otro error.

Después de un par de frases educadas, iba directo al grano. Les explicaba lo que necesitaba. No era nada sexual ni turbio, solo que fingieran ser mi novia durante una cena formal. Era un trabajo bien pagado, puntual, sin complicaciones.

A una le pareció «sospechosamente raro» y me bloqueó al instante.

La otra me llamó «psicópata con traje» y me deseó una demanda por acoso.

—Mierda —mascullé entre dientes, apartando el móvil sin responder el mensaje de Álvaro.

Al otro lado de mi escritorio, Ethan alzó las cejas con interés. Llevaba rato allí, revisando unos planos, pero no había dicho nada hasta ahora.

—¿Era Álvaro?

Asentí, soltando un suspiro.

—Está empeñado en conocer a mi novia española. Dice que le hace ilusión hablar con una compatriota.

Ethan apoyó los codos en la mesa y me miró como si estuviera viendo una película.

—¿Y qué le has dicho?

—Aún nada. No sé qué decirle. ¿Por qué coño me metí en este lío en primer lugar?

—No lo sé —respondió Ethan, encogiéndose de hombros—. Puestos a mentir que tenías novia, no entiendo por qué tuviste que mencionar su nacionalidad y meterte en este circo.

—No lo pensé. Quería que conectara. Pensé que si decía que era española, empatizaría más conmigo.

—Y ha empatizado tanto que está obsesionado en conocerla.

—Exacto.

—Joder, Blake… —se rio él, negando con la cabeza—. Eres brillante en los negocios, pero cuando improvisas das miedo.

No contesté. Me pasé la mano por la mandíbula, frustrado.

—Ya no sé a quién recurrir. He llamado a todos mis colegas preguntando si conocían a alguien, y todo han sido negativas. Agencias, apps de citas… nada. Una puta pérdida de tiempo.

Ethan se estiró en la silla y soltó un suspiro, como si le doliera hasta a él.

—Es que no puedes pedirle a una desconocida que finja ser tu novia para cerrar un trato millonario. Suena a peli de sobremesa.

—Gracias por recordármelo.

—De nada.

Me quedé un segundo mirando al techo. Tenía la sensación de que el tiempo se me escapaba de las manos. No podía fallar en esto. No ahora. No con Park Avenue en juego.

No tenía que ser tan difícil encontrar una española en Nueva York. Era una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. Seguro que había miles.

Incluso en mi empresa, probablemente había más de una…

Y entonces, una idea se coló en mi cabeza.

Peligrosa.

Inesperada.

Pero cada vez más sólida.

¿Y si la solución la tenía delante desde el principio?

Abrí el portátil, entré en el fichero de empleados y empecé a teclear. Filtré por nacionalidad. Y *voilà*. Ante mis ojos aparecieron tres nombres.

Una mujer de Recursos Humanos. Cuarenta años, casada, con tres hijos. Descartada.

Un tipo de contabilidad. Español, sí… pero con bigote, barriga y alergia a las corbatas. Obviamente no.

Y entonces, el tercer nombre. Valeria Martín Gómez.

Veintisiete años. Departamento de Marketing. Soltera. Española.

Abrí la ficha y amplié la foto. Me sonaba… ¿No era ella la chica del café?

Sí. La que hablaba con Kayla, la secretaria de Ethan, el otro día.

La que soltó, delante de mí, que llevaba tres años sin follar. La que soñaba con montárselo conmigo encima del escritorio.

*Esa.*

Había notado en ese momento el acento, pero no lo había registrado del todo. Estaba más concentrado en no reírme que en analizar su procedencia.

Así que Valeria. De Madrid, según el registro. Graduada en Marketing. Tres años en la empresa.  Guapa, pero discreta.

Y, por si fuera poco, hablaba de sexo con total naturalidad en la sala de descanso. Era poco probable que se incomodara fingiendo una relación durante un par de cenas.

Levanté la vista del ordenador y miré a Ethan, que seguía mis movimientos con curiosidad.

—¿Has tenido una epifanía? —preguntó, ladeando la cabeza—. Has puesto esa cara. La que pones cuando crees que acabas de salvar el mundo.

—Más o menos —dije, cerrando el portátil—. ¿Conoces a Valeria Martín?

Frunció el ceño.

—¿Valeria Martín?

—Morena, ojos grandes, piernas bonitas. Amiga de Kayla.

Puso cara de estar atando cabos. Y entonces asintió.

—Ah, sí. La amiga de Kayla. ¿Es española?

—De Madrid. Lleva tres años trabajando aquí. Y creo que acabo de encontrar a mi novia perfecta.

—¿En serio vas a meter en esto a una empleada? —preguntó, alucinado.

—No la estoy metiendo en nada. Solo voy a proponerle un trato.

Ethan me miró como si no supiera si reírse o desearme suerte.

—Se te ha ido la olla. Como se enteren en Recursos Humanos, te vas a comer una denuncia con lazo navideño.

—¿Por qué? No la voy a obligar —respondí, encogiéndome de hombros—. Le haré una propuesta. Puede decir que no.

—Claro, Blake. Porque las mujeres normales están deseando fingir que son novias de su jefe para cerrar un trato con un inversor español. Eso sin contar que falta poco para Navidad. ¿No has pensado que esa chica probablemente quiera pasar las fiestas con su familia?

Fruncí el ceño, volví al registro y busqué su ficha de personal. Ethan tenía razón. Según el sistema, Valeria tenía aprobado el periodo de vacaciones a partir del viernes. Mierda.

Cerré los ojos un segundo, intentando no perder la paciencia. Era la única candidata válida… Tenía que actuar rápido.

Apreté el botón del intercomunicador para hablar con mi secretaria.

—Lucy, pídale a la señorita Martín, del departamento de Marketing, que venga a mi despacho cuanto antes.

—Entendido, señor Prescott.

Solté el botón y me giré justo cuando Ethan alzaba las cejas.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentar convencerla para que se quede en Nueva York estas Navidades… y finja ser mi novia delante de un inversor multimillonario. ¿Qué te parece?

—Una idea brillante.

—Gracias.

—Brillante como una bomba de relojería.

—Ya te he dicho que no la voy a obligar.

—¿Y si te dice que no?

—Entonces estaré oficialmente jodido.

—Bueno… —dijo, levantándose y abriendo la puerta—. Por si acaso, iré pidiendo cava. Para cuando todo esto explote.

Y se fue.

Yo me quedé de pie, mirando el skyline de Manhattan desde el ventanal.

Sabía que no era un plan perfecto.

Ni legal del todo.

Ni siquiera sensato.

Pero era lo único que tenía.

Y si Valeria decía que sí…

Podía funcionar.

**4**

**Valeria**

# LA PROPUESTA INDECENTE



Estaba concentrada actualizando la presentación interna para posibles campañas de Navidad, cuando una mano se posó en mi hombro.

Di un respingo tan fuerte que casi lanzo el ratón por la ventana.

—¡Joder, Lucy! ¿Quieres matarme? —dije llevándome una mano al pecho al reconocer a la secretaria del CEO.

Tenía puestos los auriculares, escuchando mi lista de reproducción navideña en Spotify mientras intentaba concentrarme.

Llevaba media hora dándole vueltas al eslogan, pero entre el sueño, el frío y la voz de Michael Bublé susurrándome al oído, no estaba avanzando gran cosa.

Pausé la música.

Lucy ni se inmutó.

—El señor Prescott quiere verte en su despacho.

Me quedé blanca.

—¿Blake Prescott?

Asintió con la misma expresión con la que te informan de que te están esperando en el quirófano.

—¿Y… ha dicho para qué?

—Solo ha dicho que es urgente.

Y se marchó. Tragué saliva y noté cómo el corazón me bajaba al estómago.

¿Blake Prescott quería verme?

Después del patinazo en la sala de café, había temido ese momento. Pero, cuanto más tiempo pasaba, más segura estaba de que todo se quedaría en una simple anécdota. Algo incómodo, sí, pero olvidable.

Después de dos días… estaba convencida de que no le había dado importancia.

Que no me había escuchado del todo.

O que, si lo había hecho, tenía cosas mejores que hacer que preocuparse por los desvaríos sexuales de una empleada.

Pero no.

Me había equivocado.

Y ahora, quería verme.

Urgente.

No podía deberse a otra cosa.

En tres años, nunca había tenido que hablar con el jefazo en persona. A fin de cuentas, yo solo era una junior del departamento de Marketing. No tomaba decisiones, no aprobaba presupuestos, no salía en los cócteles de prensa.

Lo más cerca que había estado de Blake Prescott era cuando coincidíamos en el ascensor… y él ni siquiera levantaba la vista del móvil.

Hasta que abrí la boca en la sala de café… y lo arruiné todo.

Me levanté con las piernas temblando y crucé la oficina rumbo a su despacho.

En mi cabeza, intentaba guionizar la conversación.

Le pediría perdón por lo del café. Por mi lenguaje.

Le explicaría que había sido una conversación privada. Que no sabía que él estaba ahí. Que no solía hablar así en horario laboral.

Y, si todo fallaba, siempre podía usar la carta de la extranjera. La española emocional, pasional, sin filtro. Tiraría de estereotipos.

¿Funcionaría?

No tenía ni idea.

Llamé a la puerta con los nudillos, sudando.

—Pase —dijo una voz grave al otro lado.

Tragué saliva y empujé la puerta.

Blake Prescott estaba sentado detrás de su escritorio, impecable como siempre. Tenía cara de pocos amigos. Aunque, para ser sincera, esa era su cara por defecto.

Me miró directamente, sin sonreír.

—Señorita Martín. Tome asiento, por favor.

Cerré la puerta tras de mí y avancé hasta la silla sin decir palabra.

Él me miraba.

Yo no sabía dónde meter las manos.

—Señorita Martin…

Lo interrumpí antes de que pudiera continuar. Me lancé. Solté todo el discurso que había ensayado de camino a su despacho.

—Señor Prescott, discúlpeme, por favor. Sé que lo del otro día fue muy poco profesional. De verdad, no suelo hablar así en la oficina. Bueno, o no tan así. Fue una conversación privada, fuera de contexto, y yo no sabía que usted estaba ahí. Si lo hubiera sabido, jamás… —Me detuve un segundo para respirar—. No quería incomodarle. Ni faltarle al respeto. Ni insinuar nada. Ni, mucho menos, tener sueños raros con usted, aunque eso ya se sabe que no es algo que se pueda controlar. —Él no dijo nada. Solo me miraba. Yo seguí—. Y entenderé perfectamente que quiera ponerme una amonestación, o incluso una falta leve. Solo le pido, por favor, que no me despida. No quiero acabar en el paro justo antes de Navidad.

Tragué saliva.

Tenía las mejillas ardiendo y los nervios en carne viva.

Entonces Blake apoyó los codos en la mesa, entrelazó las manos y habló con total calma:

—No voy a despedirla.

Pestañeé.

—¿No?

—No.

—¿Y no estoy metida en problemas?

—En absoluto.

—¿Entonces… por qué me ha llamado?

Él me sostuvo la mirada. Y lo que dijo a continuación no lo vi venir ni de lejos.

—Porque necesito que finja ser mi novia.

Lo miré.

Parpadeé.

Y luego solté una carcajada nerviosa, totalmente fuera de lugar.

—¿Perdón?

—Lo ha oído bien.

—No… no, no. No lo he oído bien. Porque juraría que acaba de decirme que necesita que finja ser su novia. Pero eso sería una locura. Y usted no parece un loco. Frío, sí. Un poco borde, también. ¿Pero loco? No.

Blake no se movió ni un milímetro.

—No estoy bromeando, señorita Martín.

—Ya… —dije, sin saber si reír, correr o tirarme por la ventana—. ¿Y se puede saber por qué?

—¿Sabe usted que estamos a punto de cerrar el proyecto de Park Avenue? —Asentí lentamente—. Pues bien, Álvaro Jiménez, un inversor español, iba a poner una parte importante del capital. La cuestión es que el señor Jiménez es un hombre muy tradicional. De los que creen en el matrimonio, la familia, los valores estables… ese rollo. Y resulta que mi… fama no le termina de convencer.

—¿Su fama?

—Digamos que aparecer en revistas con mujeres distintas cada mes no me ha ayudado mucho.

—Vaya, qué sorpresa —solté sin pensar.

Él me ignoró.

—Durante la reunión, me insinuó que necesitaba ver «estabilidad» en mi vida personal. Y, sin pensar demasiado, le dije que estaba en una relación seria.

Parpadeé con incredulidad.

—¿Lo único que se le ocurrió para transmitir estabilidad fue… inventarse una novia?

—Correcto.

—¿Y por qué quiere que asuma yo ese papel?

—Porque le dije al señor Jiménez que mi novia era española. Y usted lo es.

Lo miré, en shock.

—¿Española?

—Pensé que si decía que mi pareja también era española como él… la idea le resultaría más cercana.

—¿Y qué pasó?

—Funcionó demasiado bien. Ahora quiere conocerla. En persona.

Me quedé callada, mirándole como si acabara de decirme que necesitaba un riñón.

—¿Así que por un arrebato suyo… ahora quiere que conozca a un pez gordo español y finja ser su pareja?

—Exacto. He visto en su ficha de personal que es de Madrid. El señor Jiménez también es de allí. Estoy seguro de que le encantará conocer a alguien de su ciudad.

Resoplé, sintiendo cómo me sudaban aún más las manos.

—Oiga, no creo que esto vaya a funcionar. Soy una pésima actriz. En el colegio, cuando tocaba hacer alguna representación, siempre me elegían para ser un árbol. O una oveja. Una vez fui un muro. Literalmente, un puto muro.

Blake no se inmutó.

—No necesito que actúe como Meryl Streep. Solo que parezca que me soporta lo suficiente durante una cena.

—No creo que sea posible. Además, este viernes regreso a España.

Él asintió despacio, como si ya lo supiera.

—He visto que tiene las vacaciones aprobadas a partir del viernes. Solo le pido que posponga el vuelo unas semanas. Hasta que el señor Jiménez firme el acuerdo y el proyecto quede cerrado.

—¿Y perderme la Navidad junto a mi familia? ¿Por qué haría eso?

Él pareció pensarlo. Por primera vez, no soltó una respuesta automática. Bajó la mirada hacia la mesa, como si estuviera calculando algo. Luego me miró con calma.

—Tiene dos semanas de vacaciones, ¿verdad? —Asentí, sin fiarme un pelo—. Estaría dispuesto a darle un mes. Completo. Y además... he visto que ha solicitado un ascenso en diversas ocasiones. Se lo denegaron en todas ellas. —Mi estómago se encogió—¿Y si yo consiguiera que lo reconsideren?

Lo miré con los ojos entornados.

—¿Está diciéndome que puedo comprar un ascenso fingiendo ser su novia?

—Estoy diciéndole que puedo garantizar que su trabajo sea valorado como se merece. Y que pueda volver a casa con algo más que un regalo cutre de Santa Claus.

Lo pensé.

Joder, lo pensé.

Más de lo que me habría gustado.

Era una locura. Un plan estúpido. Un contrato no escrito lleno de posibilidades de desastre.

Pero también era dinero.

Y reconocimiento.

Y la oportunidad de quitarme de encima esa sensación de que, por ser extranjera, tenía que demostrar el doble y recibir la mitad.

Aún así, no podía decirle que sí.

—Esto es una locura… No puedo aceptar. Es demasiado —negué, con la voz más floja de lo que pretendía—. Lo siento.

Me levanté.

Di un paso hacia la puerta, pero su voz me detuvo.

—Sexo.

Me giré en seco.

—¿Qué ha dicho?

—También puedo darle eso —dijo, completamente serio.

Parpadeé. Varias veces. Me costó procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Está usted ofreciéndome… sexo?

—No es una condición —aclaró—. Solo un bonus opcional.

Me llevé la mano a la frente.

—Está completamente loco.

—Recuerdo que dijo que estaba necesitada. Que hacía mucho que no tenía sexo. Y confesó tener fantasías conmigo, así que…

—No tengo fantasías con usted. Soñé con usted. Una vez.

—Encima de esta mesa, ¿verdad? —señaló el escritorio con la mano, como si estuviera presentando un producto en un anuncio.

Abrí la boca, indignada. La cerré. Y la volví a abrir.

—Fue un sueño involuntario, no un plan premeditado.

—¿Y qué pasa si lo convertimos en algo premeditado?

—Pasa que me voy, señor Prescott.

Me giré y cogí el pomo, pero antes de que pudiera abrir la puerta, Blake me llamó.

—Señorita Martín. Piénselo. Un mes de vacaciones, un ascenso… y la posibilidad de tener el sexo más salvaje, sucio y satisfactorio de toda tu vida. Todo por tan solo fingir que es mi novia durante un tiempo limitado. ¿De verdad va a decir que no?

Sentí un hormigueo entre las piernas.

Pues claro.

Mi cuerpo llevaba demasiado tiempo en sequía extrema, y la promesa de sexo, de buen sexo, era como meterme en una pastelería después de hacer dieta durante tres años.

Pero no iba a caer en la tentación tan fácil.

Ni de coña.

Abrí la puerta y salí sin despedirme, sin darle una respuesta, sin mirar atrás.

Con el corazón acelerado y las mejillas ardiendo.

Me repetí mentalmente que era una locura.

Una propuesta indecente.

Un plan que no tenía ni pies ni cabeza.

Y aun así… mientras caminaba hacia mi departamento, una parte de mí solo podía pensar en una cosa: ¿Y si decía que sí?

**5**

**Valeria**

# UN MENSAJE DE EX Y UNA DECISIÓN IMPULSIVA



Mamá, papá, mi hermano Gael y mi abuela Rosario me miraban a través de la pantalla del móvil, encantados de hablar conmigo como siempre.

Todos apretados frente al teléfono, sentados en el sofá de casa, con el árbol de Navidad encendido de fondo y un paquete de turrón de chocolate Suchard abierto en la mesa.

En Nueva York eran las cinco de la tarde.

En Madrid, las once de la noche.

—¿Entonces llegas el viernes, no? —preguntó mamá, con una servilleta en la mano y cara de ilusión contenida.

—Bueno… salgo de aquí a las seis de la tarde, así que no llegaré a Barajas hasta las siete de la mañana, hora de allí. Más o menos.

—No te preocupes —dijo Gael, con media sonrisa—. Seré un buen hermano e iré a buscarte. Incluso llevaré café. Y churros.

—Eres un héroe —respondí, intentando sonar alegre.

—Y tú una pringada, trabajando hasta el último minuto antes de Navidad —añadió, medio en broma, medio en serio.

—Algunos no tenemos la suerte de heredar el despacho de arquitectura del tío Ricardo y montarnos la vida a medida —solté, rodando los ojos.

—Montarme la vida a medida, dice. Si supieras las chapuzas que tengo que revisar esta semana…

—Pero tú eliges a qué hora entrar y salir. Yo tengo que avisar si me levanto con fiebre.

—Pudiste haber estudiado Arquitectura, pero no, elegiste Marketing, porque «*era más creativo*». Y ahora mírate: explotada en un rascacielos, haciendo campañas para que los ricos compren áticos con piscina.

—Gracias por el resumen de mi vida, Gael. Muy inspirador. Casi lloro.

—Lo digo con cariño.

—Claro. El mismo cariño con el que me mandabas a por agua cuando jugábamos al parchís.

—Y tú siempre ibas.

—Porque era tonta. Y luego me sorprendía porque tú ganabas todas las partidas.

—Estrategia, hermana. Se llama estrategia.

—Trampas, hermano. Se llama hacer trampas.

—La historia la escriben los que ganan.

—Siempre estás igual —solté, con una carcajada.

—Y tú siempre pierdes.

—Porque juego limpio.

—Porque no sabes jugar.

—¡Niños! —interrumpió de pronto la voz de la abuela Rosario, sin levantar la vista de la mandarina que estaba pelando—. ¿Incluso a miles de kilómetros de distancia tenéis que estar discutiendo como idiotas?

Gael y yo nos quedamos en silencio inmediato. Como si volviéramos a tener siete años.

—Hija —dijo mamá, de pronto, más seria—. En realidad queríamos aprovechar que regresas esta Navidad para hablar contigo.

—Sí —añadió papá, cruzándose de brazos—. Ya han pasado tres años desde que te marchaste a buscar aire nuevo. ¿No crees que ha llegado el momento de volver?

—Me gusta mi trabajo.

—Pero si llevas tres años en el mismo puesto —replicó él, sin levantar la voz—. No te han ascendido ni una sola vez.

Sentí cómo se me tensaba el estómago.

Ahí estaba.

La conversación que llevaba tiempo esperando.

Sabía que mis padres no eran muy fans de la decisión que tomé.

Y no me sorprendía.

A fin de cuentas, lo dejé todo tirado poco después de que me dejaran plantada antes de la boda.

Sabía que ellos siempre lo habían visto como una fuga emocional, un arranque impulsivo.

Y no se equivocaban del todo. Pero Nueva York siempre fue un sueño que estuvo ahí.

De adolescente soñaba con vivir en la ciudad de mis series y películas favoritas. Con cafés para llevar, taxis amarillos, y luces por todas partes.

No hui sin rumbo. Solo retomé un viejo sueño que había dejado en pausa.

Y sí, lo hice con el corazón roto.

Pero también con ganas de demostrar, a ellos, a mí misma, que podía empezar de cero.

El problema era que, en tres años, no había conseguido ningún avance. Seguía siendo una junior, y cada vez que pedía un ascenso, me lo denegaban.

Eso me trajo la propuesta de Blake.

Si aceptaba… tendría algo de lo que alardear.

Algo que demostrase a mis padres que la decisión de venirme a Nueva York no había sido un capricho de despechada. Que había servido para algo. Que no estaba estancada.

Y luego estaba lo otro…

El sexo.

Blake Prescott se había ofrecido a acostarse conmigo.

Sexo salvaje, sucio y satisfactorio. Esas fueron sus palabras.

Y mi cuerpo, que llevaba tres años en fase *monja*, reaccionó como si le hubieran soltado una descarga eléctrica.

¿Y si aceptar no fuera tan mala idea?

—Bueno, no es necesario hablar de esto ahora, ¿sí? —dijo mi madre, interrumpiendo de pronto mis pensamientos—. Nos alegramos de que vuelvas a casa, hija. Toda la familia y tus amigos están deseando verte.

Asentí despacio, forzando una sonrisa.

—Sí… yo también tengo ganas.

Aunque, en ese momento, no estaba segura de si realmente iba a volver tan pronto.

Porque seguía rondando en mi cabeza la propuesta de Blake.

Un mes de vacaciones. Un ascenso. Y… sexo.

Colgué la videollamada poco después, con un par de besos lanzados al aire y la promesa de avisarles cuando subiera al avión.

Me quedé sola, sentada en el borde de la cama, mirando alrededor de mi apartamento diminuto.

Un cuarto piso sin ascensor en el East Village. Lo alquilé cuando llegué a Nueva York y seguía aquí, sobreviviendo como podía.

No era horrible. Tenía su encanto. Una alfombra beige, algunas plantas medio muertas en la ventana, luces de estas tipo guirnalda colgadas en la pared y un par de láminas enmarcadas.

Pero no había ni rastro de decoración navideña.

Ni árbol, ni luces, ni calcetines en la estantería. Nada.

Porque la idea era pasar las Navidades en Madrid, con los míos.

No tenía sentido montar nada aquí si iba a estar en otra ciudad.

Además, el piso era pequeño. Un zulo. Cocina, salón y cama compartían espacio, y el baño era tan estrecho que había que entrar

de lado.

Las ventanas no cerraban bien y cada vez que pasaba un camión por la calle temblaban como si fuera a caerse todo el edificio.

Me tumbé en la cama, pensativa.

Mentir y hacerse pasar por la novia del jefe era una idea absurda, pésima y horrible.

Pero… ¿y todas las ventajas?

Un mes de vacaciones. Un ascenso. Y sexo. Del bueno.

Yo no tenía suerte en la vida. Nunca me tocaba nada. Ni siquiera en las rifas cutres de las ferias del barrio.

Tenía el don de la mala suerte.

Pero ahora…

Ahora el universo me estaba poniendo algo en bandeja.

Vale, era una bandeja envenenada. Con trampas. Y consecuencias.

Pero también era la primera vez en mucho tiempo que sentía que podía ganar algo.

No sé cuánto tiempo estuve pensando en ello antes de que un sonido procedente del móvil me sacara de mi espiral mental.

Lo miré.

Y me quedé en shock. Porque era un mensaje.

De mi ex. El ex que me dejó colgada a pocas semanas de la boda. El ex que me destrozó el corazón y luego desapareció como si yo fuera una etapa más en su currículum emocional.

DIEGO

Hola, Val.

El otro día me encontré a Laura y me dijo que ibas a regresar a Madrid estas Navidades. ¿Podríamos vernos?

Me gustaría hablar contigo. Sé que me comporté como un cabrón, pero han pasado cosas que nunca llegué a explicarte. Y no porque no quisiera, sino porque no sabía cómo hacerlo en ese momento.

Solo te pido diez minutos. Un café. Lo que quieras. Sin presión.

Espero que estés bien.

—D

Me ardía la cara. El pecho. La paciencia.

¿Quién le mandaba a Laura, nuestra amiga en común, ir contándole mi vida al imbécil de Diego?

¿Un café? ¿Ahora? ¿Después de tres años y una boda cancelada por WhatsApp?

Tenía que ser una broma.

Como si con un café fuera a arreglar el destrozo.

Como si no hubiera desaparecido sin dar la cara, dejando mi vida patas arriba.

Como si ahora tuviera derecho a pedirme diez minutos de mi tiempo, como si nada.

No.

Ni diez minutos. Ni un segundo. Ni un maldito sorbo de café.

No pensaba responderle.

Y, de hecho, no regresaría a Madrid ese viernes.

Acababa de tomar la decisión. Aceptaría la propuesta de Blake Prescott.

Me haría pasar por su novia. Aceptaría el ascenso. El mes de vacaciones. Y el mejor sexo que probablemente iba a tener en mi puta vida.

Y sí, puede que el mensaje de Diego fuera el culpable de que terminara de decidirme.

Puede que su carita arrepentida, su «podemos vernos», su intento de redención a última hora me encendiera algo por dentro.

Orgullo.

Rabia.

Luz verde.

Porque si alguien pensaba que podía volver a mi vida después de desaparecer como un cobarde… iba listo.

## 6

### Blake

# EL TRATO ESTÁ SELLADO



Miré el árbol de Navidad en tonos rojos y dorados, colocado en una esquina de mi despacho. Odiaba tenerlo ahí, pero Lucy, mi secretaria, había insistido en que daba un «toque cálido» a la estancia.

Por lo visto, ser un Grinch no me daba derecho a tener el despacho sin espumillón.

Bufé, preguntándome qué coño hacer con Álvaro Jiménez y su manía de conocer a mi supuesta novia española. Después de una respuesta ambigua a su mensaje, él había vuelto a insistir. Esta vez quería concretar una fecha.

Y yo seguía sin novia.

Confiaba en que Valeria diría que sí. Un mes de vacaciones. Un ascenso. Y, joder, la promesa del mejor sexo de su vida. ¿Qué más necesitaba?

Pero no.

Se había largado sin darme una respuesta.

Bufé de nuevo, pasándome una mano por el pelo.

Tenía un plan B. Claro. Siempre lo tenía.

Y pasaba por decirle a Álvaro que la relación se había roto. Que las cosas no habían salido bien. Que lo sentía mucho, pero ahora estaba soltero otra vez.

¿El problema?

Que eso pondría en peligro todo el acuerdo.

*Mierda.*

Si perdía a un inversor millonario por no saber mantener mi polla quieta y mis mentiras a raya…

Llamaron a la puerta.

Lucy asomó la cabeza.

—Señor Prescott, la señorita Martín quiere verle.

Me enderecé en la silla.

—Dígale que pase.

Lucy se hizo a un lado. Valeria entró con paso firme, un vestido de color granate ciñéndose a sus caderas, el pelo castaño un poco revuelto, los labios pintados de rojo y una expresión que no supe leer.

—¿Tiene un momento? —preguntó.

—Cierre la puerta.

Obedeció. Caminó hasta el escritorio sin decir nada más. Se sentó frente a mí, cruzando las piernas.

—Me quedo en Nueva York —dijo sin rodeos—. Acepto el trato.

Una oleada de alivio me recorrió por dentro. No sonreí, pero estuve cerca. Muy cerca.

—Buena decisión —dije, apoyándome en el respaldo de la silla.

—No me felicite todavía. Aún puedo arrepentirme —respondió, alzando una ceja.

—No lo hará.

—¿Seguro?

—Tiene demasiado que ganar.

Me miró un segundo. Largo. Intenso. Como si intentara descifrarme.

—Quiero dejar las cosas claras —dijo—. No soy su juguete. No soy una *call girl*. No me acuesto con mi jefe por un ascenso.

Sentí un tirón en los pantalones al escuchar esa última frase.

Porque el hecho de que aceptara aquello… tenía su morbo. No lo voy a negar.

Cuando se lo propuse fue casi un arrebato deliberado, una treta improvisada para intentar que aceptase, pero ahora… aquello empezaba a parecerme otra cosa.

—Y yo jamás le pediría algo así —respondí, serio—. Esto es un trato, no una obligación. Puede decir que no en cualquier momento. Pero si acepta, creo que es necesario que pongamos ciertas… condiciones, por así decirlo.

Ella alzó una ceja.

—¿Condiciones?

—Podrá disfrutar de todos sus beneficios una vez que el señor Jiménez haya firmado el acuerdo. Las vacaciones. El ascenso. El sexo…

—¿Y por qué esperar?

La forma en que lo dijo… suave, casi inocente, pero con la mirada clavada en mi boca.

Tragué saliva.

—Porque si le doy ya lo que quiere, usted puede largarse en cualquier momento.

Ella puso los ojos en blanco, pero asintió despacio.

—De acuerdo. Supongo que tiene sentido. ¿Cuánto cree que puede demorarse el señor Jiménez en cerrar el acuerdo?

—Espero que no más de dos semanas. Si todo va bien después de la cena, podríamos tenerlo firmado antes de fin de año.

—¿Y si no va bien?

—Entonces este despacho se convertirá en mi tumba.

—Vaya, qué alentador.

—Para que vea lo que está en juego.

Ella asintió, sin perder la compostura.

—Por cierto, tenía el billete comprado para este viernes y no puedo cambiarlo, así que espero que asuma el coste del nuevo billete cuando todo esto acabe.

—Por supuesto —respondí sin pestañear—. Vuelo en business, si lo prefiere.

—Y con maleta facturada.

—Hecho.

—Y ventanilla. Me gusta mirar las nubes.

—Tomo nota. ¿Algo más?

—Sí. Me gustaría elegir el hotel donde va a llevarme cuando esto termine. Ya que me va a deber un polvo legendario, al menos quiero que sea en una cama decente. Cinco estrellas mínimo.

Mi polla se tensó dentro de mis pantalones.

—¿Y tienes alguna exigencia más para lo que hagamos una vez estemos dentro?

—Ummm… bueno, solo espero que no sea uno de esos hombres que les da manía ponerse de rodillas y satisfacer a una mujer con la boca, porque eso sería muy decepcionante.

La erección ya era tan evidente que dolía de lo dura que se me había puesto tras esa última frase.

Joder. Cómo se las gastaba Valeria Martín.

—Me place confirmarle que me encanta ponerme de rodillas y comer coños como si fuera mi plato favorito.

El rubor subió por sus mejillas y la vi apretar los muslos y tragar saliva. Justo el efecto que quería causar.

—Bien… eso está bien —carraspeó, intentando recuperar el control—. Entonces creo que podemos dejarlo aquí. Avíseme cuando sepa el día y la hora de la cena

—Lo haré.

—Y mándeme ese dossier con los detalles de nuestra historia de amor inventada. Quiero estudiarlo.

—Lo prepararé hoy mismo.

Ella asintió, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Cuando la abrió, me detuve un segundo antes de que saliera.

—Una cosa más.

Se giró, apoyada ya en el marco.

—¿Qué?

—Hablemos informalmente. Dejemos de tratarnos de usted. Para acostumbrarnos de cara a la cena con el señor Jiménez. Sería raro que me llamara señor Prescott.

—¿Y cómo quiere que le llame? ¿Mi amor? ¿Cariño? ¿Mi CEO favorito?

Le lancé una mirada lenta.

—Blake. Llámame Blake. Si vamos a fingir que estamos juntos, tenemos que sonar reales. Y yo no salgo con mujeres que me llaman señor nada.

—Vale, Blake —dijo, probando el nombre en sus labios.

—Y yo te llamaré Valeria.

—Si es lo que quiere, eso haré.

—¿Puedes dejar de hablarme de usted?

Soltó una risita.

—Sí, perdón. Es la costumbre. A tus órdenes, Blake —puso una mano en su frente, como si hiciera un saludo militar.

—Más te vale portarte bien, Valeria —dije en voz baja.

—No prometo nada —respondió, con esa sonrisa torcida que ya empezaba a ser adictiva.

Cuando salió del despacho, solté un bufido, me recosté en la silla y miré hacia abajo. Me recoloqué la polla dentro de los pantalones, maldiciendo en voz baja.

—Joder… —murmuré.

Era oficial. Estaba empalmado, cachondo y con ganas de que Álvaro Jiménez cerrara el trato para poder comerle hasta el alma a Valeria.

Cogí el móvil y tecleé, sin pensarlo demasiado:

BLAKE

Mi chica y yo podríamos quedar este mismo viernes para cenar. ¿Le parece bien en mi casa a las ocho?

Le di a enviar y dejé el teléfono sobre la mesa.

Estaba jugando con fuego, y pensaba prenderle fuego a todo.

**7**

**Valeria**

# BRUCE, EL TERCER INVITADO



Miré el salón de mi pequeño apartamento con el ceño fruncido. Ahora que iba a pasar la Navidad en Nueva York, me negaba a hacerlo en una casa sin árbol, guirnaldas, espumillón y un mínimo de espíritu navideño. Joder, me había quedado aquí. Renunciado a las fiestas en Madrid, al turrón, a los chistes malos de mi padre, a las sobremesas eternas.

Lo mínimo era poner un árbol.

Me até la bufanda, metí las manos en los bolsillos del abrigo y bajé a la calle.

Decidí coger el metro y dirigirme hasta Union Square, donde había uno de los mercados navideños más importantes de la ciudad.

Salí a la superficie y lo primero que vi fue un puesto de velas artesanales. Me acerqué, toqué un par, olí otra. No iba a comprar ninguna, pero me encantaba el ambiente. La gente iba de un lado a otro con gorros, bolsas, sonrisas.

Y yo… bueno, yo iba a comprar un árbol que cupiera en mi minipiso.

La ciudad estaba espectacular.

Luces blancas cruzaban las calles como estrellas colgadas del cielo.

Los escaparates eran puro show navideño: muñecos de nieve que se movían, trenecitos en miniatura, montañas de regalos falsos y bolas gigantes de colores.

En el aire flotaba ese olor a castañas, canela y frío.

Esa mezcla que solo pasa en diciembre y que, aunque tengas el corazón hecho polvo, te obliga a sonreír un poco.

Pasé junto a una banda de jazz callejera tocando *Let It Snow* y me quedé un segundo escuchando.

Uno de los músicos llevaba un gorro de Papá Noel y el saxofonista movía el pie al ritmo como si fuera lo único que importara en el mundo.

Echaba de menos Madrid, sí, pero Nueva York en Navidad era… otra cosa.

Era como estar dentro de una peli.

Una de esas que ves con mantita y chocolate caliente, donde todo sale bien al final y siempre hay un beso bajo la nieve.

Las luces, los villancicos, la gente con gorros ridículos y jerséis aún peores… todo parecía más brillante, más intenso, como si la ciudad se disfrazara de felicidad por unas semanas.

Me metí entre las casetas de madera, una tras otra, perdiéndome entre puestecitos de adornos hechos a mano, bufandas de lana gordísima, ilustraciones navideñas, jabones con forma de muñeco de nieve y galletas de jengibre que olían como el cielo.

Había magia en cada rincón.

Y gente. Mucha. Turistas flipando, parejas de la mano, niños chillando porque querían una taza de chocolate, vendedores gritando precios…

Seguí caminando, esquivando a un tipo que llevaba un árbol gigante a cuestas, y entonces lo vi.

Una caseta distinta, más grande que las demás, con un cartel en pizarra que decía: «Adopta tu árbol navideño. Llévatelo a casa unas semanas y luego nosotros nos encargamos de replantarlo.»

Me detuve en seco.

¿Un árbol real, bonito, que no acababa en la basura después de Navidad?

Sonaba demasiado bien.

Me acerqué.

Había varios árboles apoyados sobre soportes de madera, todos con etiquetas de cartón que colgaban del tronco: Mike, James, Peter. Algunos eran altos, otros más rechonchos, todos con ese olor a bosque que me hacía pensar en escapadas de fin de semana y chocolate caliente con malvaviscos.

Una chica con trenzas, abrigo de borrego y cara de no tener estrés en la vida me sonrió.

—¿Primera vez que adoptas uno? —preguntó.

—Sí —respondí—. Y vivo en un apartamento minúsculo. Busco algo pequeño.

Ella miró alrededor, pensativa, y señaló uno.

—Este es mediano. No demasiado alto, pero bastante frondoso. Tiene buena pinta.

Lo miré.

Era precioso.

Mucho más grande de lo que tenía pensado… pero precioso.

—¿Lo lleváis a casa?

—No, solo lo recogemos después de las fiestas. Te lo llevas hoy y cuando acabe la Navidad, nos avisas, lo recogemos y lo llevamos a una finca al norte del estado. Los replantamos allí.

Tragué saliva. Miré al árbol. Miré mis brazos.

*¿Llevarlo yo sola?*

Miré la etiqueta. Este se llamaba Bruce.

Era más grande de lo que buscaba. Ocupaba el doble y, probablemente, pesaba el triple. Pero tenía algo. Era ese tipo de árbol que ves en las pelis, con ramas perfectas para ser decoradas y que gritan Navidad.

—Me lo llevo —dije, sin pensar demasiado.

La chica sonrió y le dio una palmadita al tronco.

—Bruce, acabas de ser adoptado.

Yo resoplé.

—Pues Bruce va a tener que caber en el metro, porque no pienso pagarme un Uber por un árbol con nombre.

Ella rio mientras me ayudaba a levantarlo. No era imposible, pero sí incómodo.

Como cargar con un novio muy callado y con los brazos demasiado largos.

Pensé que ya me las apañaría.

Total, si podía fingir que salía con mi jefe multimillonario… podía colar un árbol en la línea L del metro.

Mientras me alejaba de la caseta, con Bruce golpeándome las costillas cada vez que se movía, me vino a la cabeza la videollamada de la noche anterior.

Cuando les dije a mis padres que no iba a llegar a tiempo a Madrid, que me había surgido algo importante en el trabajo, mamá se quedó en silencio y papá frunció el ceño como si acabara de anunciar que me unía a una secta.

Mi abuela Rosario chasqueó la lengua, decepcionada, y mi hermano soltó un «vaya, la curranta se nos queda en el imperio», como si no me doliera lo suficiente.

No fue un drama.

Pero tampoco se lo tomaron bien.

Y ahí estaba yo, en vez de en casa con ellos, cargando un árbol llamado Bruce por Manhattan como si mi vida fuera una sitcom sin presupuesto.

Empecé a andar a duras penas.

Bruce se balanceaba de un lado a otro como si estuviera borracho, y cada dos pasos golpeaba algo o a alguien.

Una señal de tráfico.

Una farola.

Un carrito de castañas.

Un pobre tipo que me miró como si le acabara de agredir con una rama de pino.

—Perdón, perdón —iba repitiendo mientras avanzaba como podía.

Estaba cruzando la esquina de Union Square con Broadway cuando di un giro demasiado rápido y estampé a Bruce contra un hombre.

Un golpe seco.

Una rama rozó su cuello.

Yo solté una maldición.

—¡Joder, perdón! No le he visto, es que este árbol tiene vida propia…

Entonces lo miré.

Y se me heló la sangre.

Blake Prescott.

Con su abrigo largo y negro, el pelo perfectamente peinado, y cara de «me acaban de atacar con un abeto».

Él también me reconoció al instante.

—¿Valeria?

—¿Señor Prescott? Digo.. ¿Blake? —Aún no me había acostumbrado a llamarlo por su nombre.

Se hizo el silencio. Vivíamos en Nueva York, una ciudad con millones de personas. Coincidir con alguien conocido era poco menos que un milagro.

Él me miró de arriba abajo. Llevaba el gorro torcido, el abrigo medio abierto y Bruce abrazado como si fuera un peluche mutante.

—¿Estás… paseando un abeto por Manhattan? —dijo Blake, sin un ápice de emoción en la voz.

Tragué saliva.

—Estoy adoptando un árbol. Y parece que Bruce es más sociable de lo que esperaba.

Él bajó la mirada al cartel colgado del tronco. Leyó en voz baja:

—«Bruce. Fraser Fir. Nacido en Catskills.»

Y luego alzó una ceja.

—Tiene más currículum que algunos de mis empleados. ¿Y dónde vas con él?

—Al metro. Acabo de comprarlo y debo llevarlo a casa.

Blake parpadeó.

—¿Vas a meter ese árbol en el metro de Nueva York?

—Sí, ¿por qué no? Hasta donde yo sé, no hay ninguna norma municipal que prohíba transportar un abeto con nombre propio.

Él me miró con cara de *no estás bien*.

—Vas a acabar en algún vídeo de TikTok.

—Probablemente. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Tenía una reunión cerca. Salí a estirar las piernas antes de coger el coche para irme a casa y… bueno —hizo un gesto hacia Bruce—, me topé contigo y tu bosque portátil.

—El destino —dije con una sonrisa ladeada.

—O una señal de que necesito cambiar de rutas.

Solté una risa bajita, de esas que se te escapan aunque intentes parecer digna.

—Bueno, ha sido... curioso. Pero debería seguir. Hablamos en otro momento, ¿vale?

Me giré para marcharme, pero su voz me detuvo.

—Un momento. —Me giré de nuevo, con una ceja levantada—. Te llevo.

—¿Qué?

—A casa. Con Bruce. En mi coche.

—¿Y por qué harías eso?

—Es mi acto altruista del día.

—Oh, pues… gracias por la ayuda.

—No es por ti —dijo, sin pestañear—. Es por los pobres pasajeros del metro que iban a terminar cubiertos de agujas de pino.

—Ah, claro. El héroe que nadie pidió.

—Exacto. El Robin Hood del transporte público. Venga, vamos. He aparcado cerca.

Lo seguí, arrastrando a Bruce detrás.

—¿No vas a ayudarme a transportar a Bruce? Eso es poco caballeroso teniendo en cuenta que eres mi novio.

—Falso. Tu novio *falso*.

—¿Y si el señor Jiménez aparece de pronto y ve lo poco considerado que eres con tu encantadora novia española?

Blake soltó un suspiro, se giró y le agarró el tronco a Bruce como si fuera un maletín corporativo.

—¿Contenta?

—Mucho.

Lo observé mientras caminaba delante de mí, cargando con Bruce como si fuera parte de una operación logística de alto riesgo. Las ramas le rozaban el abrigo, una se le enganchó la manga, y aun

así mantenía esa expresión estoica de CEO que no se deja doblegar… ni por un árbol.

Bajamos por una rampa que daba acceso a un parking subterráneo y caminamos hasta un coche que, por supuesto, no podía ser más Blake Prescott: un SUV negro, brillante, impecable, que parecía recién salido de un anuncio de relojes suizos.

—Déjame adivinar —dije, con media sonrisa—. Blindado, con asientos calefactables, conexión satelital y probablemente un botón rojo que lanza misiles.

—Solo si Bruce se pone violento —respondió, abriendo el maletero con un clic.

Entre los dos conseguimos meter al árbol. Costó. Bruce no se dejó. Una rama me arañó el brazo, otra casi le sacó un ojo a Blake, pero al final el maletero se cerró. A duras penas, pero se cerró.

Nos subimos al coche. El interior olía a cuero caro y a ese perfume sutil que Blake siempre llevaba. El silencio entre nosotros era cómodo. Casi raro.

Me preguntó la dirección, se la di y condujo sin más. Sin música, sin conversación forzada. Solo el sonido suave del motor y algún que otro roce de Bruce moviéndose en el maletero cada vez que tomábamos una curva.

Yo miraba por la ventanilla, apoyando la frente contra el cristal frío. Las calles pasaban rápidas, decoradas con luces, árboles en escaparates, gente cargada de bolsas. Manhattan en modo Navidad total.

Al cabo de unos minutos giró en mi calle, frenó frente a mi edificio, uno de esos antiguos, de ladrillo rojo, con la escalera de incendios oxidada y la entrada que siempre olía a comida china, y puso el coche en punto muerto.

Se giró un poco hacia mí, con la mano aún sobre el volante.

—¿Ya puedes continuar sola?

Le lancé una mirada.

—Claro. Solo tengo que subir cuatro pisos cargando un árbol que pesa lo mismo que un adolescente. No pasa nada. Estoy acostumbrada a sufrir en silencio.

Él cerró los ojos un segundo. Luego resopló.

—Joder…

Bajó del coche, rodeó el capó sin decir más y abrió el maletero.

—Vamos, Bruce —dijo, agarrando el tronco como si estuviera firmando su sentencia de muerte—. Toca subir.

Yo me bajé detrás, sonriendo como una idiota.

Cerró el maletero y me siguió hasta la puerta del edificio. Subimos los primeros peldaños en silencio, pero a la mitad del primer tramo, Bruce decidió expandirse como si quisiera ocupar todo el hueco de escalera.

—Dios… —gruñó Blake, intentando que las ramas no se engancharan en la barandilla oxidada—. Este árbol es un puto monstruo.

—¿Te estás quejando? Creí que eras un hombre acostumbrado a los retos.

—Estoy acostumbrado a retos millonarios, no a cargar con abetos de cien kilos por un edificio sin ascensor.

—Exagerado. Bruce solo pesa… no sé, treinta. Cuarenta como mucho.

—¿Tú le has mirado el culo a este árbol?

—Se lo he olido, y huele a bosque. A Navidad. A felicidad.

—A contractura, joder.

Me tuve que reír. Íbamos en el tercer piso cuando Blake paró en seco, resoplando. Bruce colgaba como un borracho inconsciente entre los dos.

Aquella escena era surrealista. En menos de una semana, mi jefe, el que hasta entonces solo era un desconocido para mí, se había convertido en mi novio falso, en el transportista oficial de árboles navideños y en el hombre que más veces había dicho «joder» delante de mí.

—Venga, queda solo uno —dije, tirando de Bruce desde arriba.

Blake murmuró algo entre dientes que sonó a amenaza de muerte, pero subió el último tramo sin rechistar.

Cuando llegamos al cuarto, solté una carcajada ahogada. Blake tenía las manos llenas de arañazos, la bufanda torcida y los pelos como si me hubiera peleado con un gato.

—Aquí es —dije, sacando las llaves—. Bienvenido al paraíso.

Abrí la puerta. Blake empujó a Bruce dentro y se quedó quieto. Mirando.

Yo también.

El árbol ocupaba literalmente la mitad del salón.

—¿Has comprado un árbol del tamaño de Godzilla para un salón que parece sacado de un catálogo de casas de muñecas? —preguntó, sin moverse.

—Tenía buena energía —respondí, todavía procesando el despropósito—. Y estaba en adopción. No podía dejarlo allí.

—¿En adopción? Valeria, no es un gato.

—Oye, si he tenido que salir a por un árbol es por tu culpa. Mi idea era no decorar la casa porque iba a pasar las Navidades con mi

familia, pero por culpa de cierto CEO insistente me he visto obligada a alterar mis planes.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra. Nadie te obliga a decorar la casa en Navidad.

—¿Perdona? ¿Cómo no iba a decorar? Me he quedado aquí sola, en Nueva York, metida en esta caja de zapatos fingiendo ser tu adorable y entregada novia. ¿Esperas que lo hiciera rodeada de paredes vacías y tristeza?

—Sí. Básicamente.

—Eres un monstruo. No me digas que eres uno de esos hombres fríos que odian la Navidad porque no soportan que la gente sea feliz.

Blake se apoyó en la pared, con los brazos cruzados y cara de «me estás cansando».

—Exactamente eso. Tengo alergia a la alegría ajena. Cuanto más feliz está la gente, más ganas me entran de mudarme a un búnker.

—Qué traumita tienes —dije, dejando el abrigo sobre la silla y quitándome las botas—. ¿Quién te hizo tanto daño? ¿Papá Noel? ¿Los Reyes Magos?

—¿Los Reyes Magos? —frunció el ceño, mirándome como si acabara de hablar en klingon.

—Oh, claro —resoplé, rodando los ojos—. Que aquí no existen. Olvidaba que sois un país sin camellos y sin ilusión.

—Tenemos renos. Y traumas. Nos basta.

Lo dijo con tono sarcástico, pero su expresión cambió al instante. Como si la palabra *traumas* le hubiera rozado algo que no quería tocar.

Sus ojos bajaron un segundo, y toda la ironía se esfumó de golpe. Como si alguien hubiera apagado la luz.

Yo no supe que decir. Porque esa cara ya no era de CEO gruñón ni de cínico profesional. Era otra cosa. Una que no había visto antes.

—En fin —dijo, rompiendo el silencio con la voz más baja—. Ya he cumplido la cuota de buenas acciones por hoy. Te he subido el árbol, he arriesgado mi espalda… y me he dejado manosear por un abeto con nombre de actor de acción.

—¿Te vas?

—Sí. Antes de que Bruce me abrace otra vez con una de sus ramas asesinas.

Se acercó a la puerta, pero se giró justo antes de abrirla.

—Ah, y el viernes cenamos con Álvaro Jiménez. A las ocho en punto. En mi casa. Te mandaré la dirección por mensaje.

—¿Tengo que llevar algo? ¿Vino? ¿Postre?

—Solo intenta no decirle que llevas tres años sin follar. Con eso me conformo.

Puse los ojos en blanco, pero el calor me subió a las mejillas igual.

Qué cabrón.

—Eres idiota.

—Y tú demasiado sincera —respondió, dándose la vuelta.

Lo acompañé hasta la puerta. La abrió con un gesto lento, sin prisas.

Antes de salir, me lanzó una mirada rápida. De esas que no duran nada pero te dejan tocada.

No dijo nada, levantó la mano levemente y me dio la espalda para empezar a bajar.

Me quedé apoyada en el marco, escuchando el sonido de sus pasos en la escalera. Y no pude evitar pensarlo.

Ese hombre.

Sexy, fuerte, atractivo, borde, sarcástico.

Ese hombre…

Iba a ser mío.

Aunque fuera solo por un tiempo limitado.

Y pensarlo me puso toda la piel en llamas.

**8**

**Valeria**

# TRES JUGUETES Y UN ORGASMO IMPREVISTO



Cuando llegué a la oficina a primera hora de la mañana, lo primero que escuché fue el hilo musical navideño sonando por los altavoces. *All I Want for Christmas Is You*. Otra vez. Joder, esa canción me perseguía.

Me quité el abrigo, saludé con un gesto vago a mi compañera de departamento y avancé hacia mi mesa arrastrando los pies. No había dormido una mierda. Entre Bruce, el árbol de personalidad arrolladora, y los nervios por la cena con Blake y Álvaro, tenía el cerebro hecho papilla.

Entonces me fijé en Kayla. Estaba junto a mi mesa, con los ojos brillando como si acabara de ver a Papá Noel en tanga de lentejuelas.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —dije, frunciendo el ceño.

Ella no contestó.

Solo señaló mi escritorio. Miré. Y ahí estaba. Una caja blanca. Con un lazo rojo perfecto. Y una tarjetita diminuta apoyada encima.

Tragué saliva.

—¿Qué… es eso?

—No tengo ni la menor idea —dijo Kayla, mordiéndose el labio —. Lo acaba de dejar el chico de paquetería. Y te juro que me ha costado la vida no abrir la tarjeta para cotillear.

Me miró apremiante.

Yo cogí la tarjetita, la abrí, y cuando leí lo que ponía me quedé helada.

> Para mi novia española favorita. Seguro que con esto la espera se te hace más leve.

—¿Y bien? —preguntó Kayla, dando saltitos—. ¿De quién es? ¿Tienes un admirador secreto?

Tragué saliva. Cerré la tarjeta y la guardé corriendo en el bolsillo de mi pantalón.

—No es asunto tuyo —dije, más seca de lo que pretendía.

Kayla frunció el ceño. No le había contado la verdadera razón por la que me quedaba en Manhattan estas Navidades. Se lo oculté con una excusa cutre sobre un proyecto urgente, reuniones de última hora y bla, bla, bla.

Ella tampoco pareció darle importancia. Estaba tan feliz de no pasar las fiestas sola que no se lo cuestionó. Dijo que podíamos hacernos compañía, ver pelis navideñas cutres, beber vino barato y criticar a todo el mundo desde el sofá.

—Jo, sabía que tenía que haberlo abierto antes de que llegaras —dijo, cruzándose de brazos—. Mi instinto me lo decía. «Kayla, ábrelo. Kayla, chafardea». Pero no le hice caso. ¿Al menos me vas a dejar ver lo que hay dentro?

Bufé, abrí la caja sin ganas y aparté el papel de seda.

Y me quedé en blanco.

Porque… no me había esperado aquello.

Un set de juguetes sexuales.

Un vibrador rosa fucsia, con forma curva y textura suave.

Un succionador de clítoris, pequeño, blanco, casi discreto. Casi.

Y un tercer aparato negro, con forma rara… y un mando a distancia.

—¿Qué coño…? —susurré, en shock.

—¡Oh, dios mío! —chilló Kayla, asomándose por encima del escritorio—. ¡NO!

Me giré para mandarla callar, pero ya era tarde.

—¡Valeria, eso es un puto pack de orgasmos portátiles!

—Kayla…

—¡¡Tiene mando!! —dijo, señalándolo con los ojos como platos —. Uno tiene mando a distancia. Estás en una peli de Cincuenta sombras y yo no lo sabía.

—¡Puedes bajar la voz, por favor!

—¿Quién te ha mandado esto? ¿El duende caliente de Papá Noel?

Me froté la cara con las manos.

—No lo sé. Bueno, sí. Pero no pienso decírtelo.

—¡¡Valeria!! —Silencio—. Hay algo que me estás ocultando, ¿verdad? —dijo Kayla, entrecerrando los ojos—. Porque dudo muchísimo que un admirador anónimo cualquiera te regale *esto*.

Señaló la caja, con los tres juguetes impresos en el cartón, reluciendo bajo la luz blanca de la oficina como si estuvieran en un maldito escaparate del placer.

En ese momento, la puerta del departamento se abrió. Entró Derek, con su café en una mano y el portátil en la otra.

—Buenos días —dijo, sin mirar.

Kayla se enderezó al instante y yo envolví la caja con el papel de regalo, ocultando los tres juguetes sexuales como si fueran dinamita.

—¡Hola! —soltó Kayla, demasiado alto.

Derek la miró raro.

—¿Todo bien?

—Sí, sí —dije, forzando una sonrisa mientras escondía el paquete dentro del cajón de mi escritorio como si fuera un cadáver comprometedor—. Todo en orden. Regalos de última hora, ya sabes.

—Ah —murmuró él, sin mucho interés, y se fue directo a su mesa con el portátil bajo el brazo.

Kayla me lanzó una mirada de «esto no ha terminado ni de coña».

Yo traté de mantener la cara de póker, pero sabía que en cuanto tuviéramos un segundo a solas, me iba a caer la tercera guerra mundial.

Y no me equivoqué.

En cuanto Derek se puso los auriculares, Kayla se inclinó hacia mí, susurrando:

—O me cuentas lo que está pasando o te juro que me subo ahora mismo sobre la mesa y suelto que en voz alta que tienes juguetes sexuales escondidos en el escritorio —dijo, con la mirada cortante—. Y sabes que si lo hago, esto se convierte en el chisme del año.

No me dio tiempo a argumentar. Me cogió de la muñeca con una mano y tiró de mí hacia la sala del café. No había nadie. Las tazas en el escurridor, el microondas apagado, un silencio perfecto para conspiraciones.

Cerró la puerta detrás de nosotras y se apoyó contra ella, respirando como quien espera la confesión épica de un testigo protegido.

—Bien —dijo, cruzándose de brazos—. Habla. Ahora. Y que conste que lo estoy pidiendo por favor, no por amenaza... bueno, sí por amenaza, pero te lo pido con cariño.

La miré, literalmente rojísima, porque esconder la verdad ya me estaba matando.

—Es Blake —solté al fin.

Se quedó paralizada un segundo. Luego su cara se descolocó en una mezcla de risa y horror.

—¿Blake *Prescott*? —repitió—. ¿El jefe? —Se llevo una mano al pecho—. ¿Por qué Blake Prescott te enviaría un arsenal de juguetes sexuales que parecen diseñados por ingenieros espaciales?

—Baja la voz, joder —susurré, mirando la puerta como si en cualquier momento pudiera aparecer él.

—¿Es que habéis empezado una relación secreta con mando incluido? ¿Estás saliendo con él? ¿Te lo estás tirando? ¿Te lo vas a

tirar?

—No. Sí. No sé. Es complicado.

Resoplé. Me pasé una mano por la cara, cerré los ojos un segundo y solté el aire despacio.

Y entonces se lo conté todo.

Le conté que Blake le había dicho a un inversor que tenía una relación estable con una mujer española, así, sin pensarlo, en mitad de una reunión de negocios. Que lo había hecho para ganarse su confianza.

Que me llamó a su despacho. Que me explicó el marrón en el que se había metido. Que me ofreció un trato: fingir ser su novia durante unas semanas, hasta cerrar el contrato. A cambio, un mes de vacaciones. Un ascenso. Y un bonus extra que, según él, podía incluir el mejor polvo de mi vida. Palabras textuales.

No me interrumpió.

Solo escuchaba, con los ojos cada vez más abiertos y la mandíbula cada vez más cerca del suelo.

—Y aceptaste —dijo al final, en voz baja.

Asentí.

—Y hoy te ha mandado eso —añadió, señalando mentalmente la caja sin mirarla.

Volví a asentir.

Kayla se quedó callada un par de segundos.

Y luego soltó:

—Tía. Esto es lo mejor que me han contado en años.

Negué con la cabeza.

—No es gracioso.

—¿Y Ethan lo sabe? —preguntó Kayla, bajando la voz.

—No lo sé —respondí, frunciendo el ceño.

Kayla me miró, expectante.

Yo dudé.

—No puedes decírselo, Kayla. En serio. No sé si Blake se lo ha contado o si piensa hacerlo, pero... —me pasé una mano por el pelo, nerviosa—, si se entera por ti,  puedes meterme en un lío.

—Tranquila, no soy idiota —dijo, levantando las manos—. No pienso decirle nada a nadie. Pero, joder, Valeria… —me miró con mezcla de emoción y miedo—, ¿te das cuenta de la movida en la que te has metido?

—Créeme, lo tengo muy claro.

—Vale. Entonces prométeme que vas a ir con cuidado.

Asentí despacio.

—Lo haré. Pero, Kayla, necesito esto. El ascenso. Las vacaciones. Y… —hice una pausa, bajando aún más la voz—, lo otro no me irá mal, la verdad. Tiene fama de ser muy bueno en la cama, y yo hace tanto que no tengo un orgasmo que me estoy planteando rezarle al satisfyer como si fuera una virgen milagrosa.

Kayla soltó una carcajada, tapándose la boca para no estallar del todo.

—Como esto acabe en boda, voy a contar este momento en el discurso.

Nos miramos. Sonreímos.

Y volvimos a la oficina como si nada.

***

Cuando llegué a casa, ya era de noche y Manhattan estaba cubierta de luces.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Bruce, mi árbol, esperándome en mitad del salón, imponente, con sus luces encendidas y ese olor a bosque que ya se había apoderado del piso.

—Hola, Bruce —murmuré, dejando el abrigo sobre el sofá—. Hoy has estado solo, pero tranquilo, que ya estoy aquí.

Le di un par de golpecitos cariñosos a una rama, como si de verdad me entendiera, y dejé el paquete de Blake sobre la mesa.

No lo había vuelto a abrir desde la oficina. Ni siquiera lo había mirado en el metro. Solo pensar en él, en ellos, ya me daba calor.

Me quité las botas, me recogí el pelo en un moño deshecho y encendí las luces del salón.

Además del árbol, había colgado un par de guirnaldas doradas, un pequeño centro con velas rojas y un calcetín con mi nombre en la estantería.

Nada espectacular, pero suficiente para que mi casa pareciera menos triste.

Abrí Spotify en el móvil, busqué Christmas Jazz Café y dejé que sonara una versión suave de *Have Yourself a Merry Little Christmas*.

La música llenó el apartamento, cálida y lenta.

Suspiré.

Me quedé un segundo mirando la caja de Blake, iluminada por las luces del árbol.

La curiosidad me estaba matando.

—No mires así, Bruce —murmuré—. No eres mi conciencia.

Me acerqué a la mesa y la abrí despacio.

El papel de seda crujió.

Allí estaban. Los tres. El vibrador rosa, el succionador blanco y el juguete negro con mando a distancia. Relucientes. Inocentes y perversos a la vez.

Apoyé las manos sobre la mesa, intentando no reírme de lo surrealista que era todo aquello.

—Feliz Navidad, Valeria —me dije en voz baja.

Cogí el succionador.

Era más pequeño de lo que imaginaba. Suave, ergonómico. Parecía un aparatito de skincare más que otra cosa.

Lo encendí. Un zumbido leve, casi imperceptible, vibró en el aire. Lo acerqué a la palma de mi mano. Era como una corriente suave, rítmica.

Siempre había tenido curiosidad. Yo era de las que usaba las manos, lo básico. Nada de tecnología.

Me quedé quieta un segundo. La casa estaba en silencio, salvo por el jazz suave y ese zumbido bajito entre mis dedos.

Entonces, me senté en el sofá y despacio, deslicé una mano por el pantalón. Llevaba unas braguitas de algodón, simples.

Me las aparté un poco, apoyé el borde del succionador sobre el centro exacto de mi clítoris y lo encendí.

Me quedé sin aire.

Un suspiro, suave, involuntario, me escapó de la boca.

La sensación fue tan inmediata, tan directa, tan distinta… que tuve que apoyar una mano en el apoyabrazos para no perder el equilibrio.

—Dios…

Una ola de placer indescriptible me partió en dos.

Cerré los ojos. Y, sin querer, lo imaginé. Imaginé que lo que tenía entre las piernas no era un aparato de silicona… sino la lengua de Blake. Su boca. Su respiración contra mi piel. Sus manos sujetándome de las caderas mientras me comía como si no existiera nada más.

Gemí.

La vibración pulsaba, suave y rítmica, en el lugar exacto.

Mi cuerpo temblaba.

Mi espalda se arqueó sin que pudiera evitarlo.

Lo imaginé con su voz ronca, sus ojos fijos en los míos y su sonrisa de cabrón arrogante mientras me deshacía por él.

El orgasmo me alcanzó en tiempo récord.

Seco. Profundo. Imparable.

Un gemido se me escapó de la garganta.

Me quedé quieta, con las piernas temblando, el pecho subiendo y bajando, y los dedos aún aferrados al apoyabrazos.

Apagué el succionador sin abrir los ojos.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Solo se oía el jazz de fondo, suave, elegante, como si nada hubiera pasado.

Me incorporé despacio, con las piernas aún temblorosas, y miré a Bruce.

Sus luces seguían brillando. Tranquilas. Casi cómplices.

—Espero que hayas cerrado los ojos —murmuré.

Me pasé una mano por el cuello, aún caliente, y fui a por un vaso de agua como si necesitara apagar el incendio que acababa de provocarme a mí misma.

Apoyé el vaso en la encimera y me quedé quieta un segundo, mirando al árbol.

La casa olía a canela. El jazz sonaba bajito.

Me mordí el labio.

No sabía si estaba completamente loca… o si por fin estaba empezando a vivir.

Pero lo que sí sabía es que ese viernes iba a ser el principio de algo.

Algo complicado. Algo peligroso. Algo que iba a poner mi mundo patas arriba.

Y, joder, no veía la hora.

Entonces el móvil vibró sobre la mesa. Lo cogí sin pensar. Un solo mensaje. Solo una línea.

DIEGO

¿Cuánto tiempo más vas a seguir
ignorándome?

Lo leí una vez. Y luego otra.

Sentí cómo el cuerpo se me tensaba al instante. Como si alguien hubiera apagado de golpe todas las luces navideñas dentro de mí.

Respiré hondo. Dejé el móvil boca abajo, sin responder. Y me dije que no iba a dejar que un fantasma del pasado estropeara la experiencia de sentirme viva otra vez.

## 9

### Blake

# GRINCH BUSCA DECORADORA (URGENTE)



Estaba en mi loft, junto a Ethan, mi hermano, al que acababa de contarle que Valeria había aceptado mi propuesta.

Le conté que me había costado un ascenso y un mes de vacaciones, pero me callé lo otro.

Lo del sexo.

Sabía que Ethan nunca iba a entenderlo. Para él, mezclar negocios y placer era como meter dinamita en una fondue de queso.

—Estás completamente pirado —dijo, apoyado en la encimera de la cocina con una cerveza en la mano—. Y, encima, pareces orgulloso.

—¿Orgulloso? Estaba desesperado. ¿Tú sabes lo que me ha costado convencerla?

—Jugar a la pareja feliz con una empleada, ¿crees que es la mejor de las ideas?

—No. Pero es la única que tengo.

—Estás loco.

—Y tú estás aquí bebiéndote mi cerveza, así que no te quejes tanto.

Ethan resopló, se apoyó en la barra y me miró como si estuviera viendo cómo su hermano mayor se pegaba un tiro en cámara lenta.

—¿Y si se enamora de ti?

—¿Perdón?

—Lo que oyes. ¿Y si te coge cariño? ¿Si se ilusiona?

Bufé, apoyándome en la encimera.

—Ya lo hemos hablado, Ethan. Está todo claro. Ella sabe que este acuerdo es meramente profesional. Los sentimientos no tienen cabida.

Él me miró como si acabara de decir que me iba a casar con Alexa, la de Amazon. Pero no dijo nada. Solo levantó las cejas y se llevó la botella a los labios.

Yo cogí mi cerveza y le di un trago largo, evitando su mirada. Porque bueno… no estaba siendo sincero del todo. Porque puede que no hubiera sentimientos como tal, pero había otra cosa.

Lujuria…

Deseo…

Ganas…

Y es que, desde que ella aceptó mi proposición, la idea de follármela durante horas en esa habitación de hotel se había convertido en una fantasía recurrente.

Una que me perseguía en todas partes.

La imaginaba con un vestido ajustado marcándole las caderas, con los labios pintados de rojo y las mejillas sonrojadas.

La imaginaba sobre la cama, con las piernas abiertas y la boca entreabierta, pidiéndome más.

Y yo dándole justo eso. Más. Hasta que no pudiera ni recordar su nombre.

Así que no, no había sentimientos, pero había otra cosa. Otra cosa igual de peligrosa.

—En fin, tú sabrás lo que te haces, Blake —dijo Ethan, dándole otro trago a su cerveza mientras miraba alrededor—. ¿Y crees que es buena idea citar a Álvaro en tu casa?

—¿Por qué no?

—No sé… tal vez porque es tu puto loft de soltero. ¿No era más fácil invitarlo a un restaurante elegante?

Negué con la cabeza.

—Quiero tener el control. No me apetece hablar de negocios rodeado de camareros, ruido, o la posibilidad de que algún periodista saque fotos.

—Vale, lo entiendo… pero entonces, joder, decora al menos. Échale algo de espíritu navideño al sitio. Alvaro Jiménez es un tío de familia, de los que celebran Nochebuena con mesa llena, luces por todas partes y niños correteando con gorros de Papá Noel.

—¿Y?

—Y si entras en su mundo, confiará más en ti. El otro día me contó que cada año lleva a sus hijos a ver el encendido de luces de Madrid. Que hacen manualidades navideñas juntos. Que se ponen pijamas a juego.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me disfrace de elfo?

Ethan se rio.

—No hace falta tanto. Pero puedes poner un puto árbol. Un centro de mesa. Velas. Algo que no grite «soy un CEO que odia la Navidad y vive entre mármol y trajes a medida».

Bufé.

—¿Y también le canto villancicos con una copa de vino caliente en la mano?

—No estaría mal —dijo él, dándome una palmada en el hombro —. Pero con que no parezcas un psicópata emocionalmente inestable ya es suficiente.

—Gracias, hermano. Siempre tan alentador.

Ethan se encogió de hombros.

—Solo te digo una cosa: si quieres que Álvaro firme, tienes que convencerle de que eres el tipo de hombre que podría montar un árbol de Navidad sin que le entren sarpullidos.

Me quedé callado, con cara de culo. Sin moverme.

Ethan lo notó.

—Oye —dijo, más serio—. Sé que tienes tus motivos para odiar la Navidad. Lo sé y lo entiendo. Sabes que llevo años sin insistirte. Que incluso nuestros padres te permiten faltar a la comida de Navidad sin decir ni media. Pero, tío… Park Avenue depende de esto.

Asentí sin ganas.

—Supongo que no me moriré por poner un árbol…

—Esa es la actitud. Si quieres puedo pasarte el contacto de mi interiorista, Mindy. Es un encanto y seguro que puede ayudarte.

—No será necesario.

Ethan frunció el ceño.

—¿No?

—Tengo otra idea en mente.

—¿Y se puede saber cuál?

No contesté.

Porque en mi cabeza ya había aparecido esa imagen.

Valeria, en su piso diminuto, con Bruce que ocupaba la mitad de su salón.

Valeria diciendo que no pensaba pasar la Navidad sin un mínimo de espíritu navideño.

Valeria con las mejillas rojas, medio despeinada, defendiendo la decoración como si le fuera la vida en ello.

Ella.

Y su puta energía navideña contagiosa.

Tenía a la persona perfecta para ayudarme con esto.

—¿Blake?

—Déjalo. Ya me apaño —dije, dándole un último trago a la cerveza.

Ethan me miró raro, pero no insistió.

—Tú mismo. Pero como pongas espumillón en blanco y negro, Álvaro se largará sin mirar atrás.

—Lo tendré en cuenta.

—Y por favor… nada de adornos minimalistas de esos que parecen diseñados por un arquitecto deprimido.

Le lancé una mirada lenta.

—¿Vas a seguir?

—Solo intento que no hundas el acuerdo por culpa de tu trauma navideño.

Entrecerré los ojos, empezando a hartarme de su constante recordatorio. No era necesario que trajera a mi memoria ese día.

El día en que la Navidad dejó de ser una fecha feliz para mí para convertirse en una jodida farsa.

No necesitaba revivirlo. Y, desde luego, no pensaba hablar de eso ahora.

—Buenas noches —murmuré, dejando la botella en la encimera y dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Me echas?

—Es tarde. Y mañana me espera un día de mierda por delante.

Ethan asintió despacio, sin tomárselo mal.

Ya estaba acostumbrado a mi forma de cortar conversaciones cuando se acercaban demasiado.

—Como quieras, Grinch. Pero si necesitas que alguien elija por ti entre bolas doradas o plateadas, avísame.

Y se fue.

Yo me quedé mirando la botella vacía, con la mandíbula apretada y el eco de sus palabras rondando por mi cabeza.

«Tu trauma navideño.»

Joder.

Cogí el móvil.

Abrí el chat de Valeria.

Y empecé a escribir.

BLAKE

Necesito pedirte otro favor. Urgente. Y con espumillón incluido.

Dudé dos segundos.

Y pulsé enviar.

**10**

**Valeria**

# DEMASIADO CERCA



Llegué al Upper East Side el jueves a las nueve en punto, muerta de sueño, preguntándome cómo coño había acabado ahí.

Porque no, Blake no me había citado en la oficina. Ni en una sala de reuniones. Ni en un Starbucks decente.

Me había citado en su casa. Según él, para hacerme «un encargo especial».

Era uno de esos portales con columnas de mármol, puerta giratoria y un portero con traje negro y guantes blancos, plantado en la entrada como si fuera el guardián de un templo sagrado.

El tipo me escaneó de arriba abajo antes de decir nada.

—¿Nombre?

—Valeria Martín. Vengo a ver al señor Prescott.

No dijo nada. Solo asintió, abrió la puerta con un gesto impecable y me dejó pasar.

Y entonces lo vi.

El interior era de revista. Mármol en todas partes. Techos altísimos. Lámpara de araña.

El ascensor estaba al fondo. Negro, con acabados dorados. Un espejo en la pared y botones que se encendían con solo rozarlos. Pulsé el del ático. La planta de Blake.

Mientras subía, traté de no pensar demasiado.

Pero era imposible.

Estaba yendo a casa de mi jefe. A primera hora de la mañana. Para un «encargo especial». Después de haber usado la noche anterior dos veces el *satisfyer*, una el vibrador y otra el aparato con mando remoto, todas imaginándome a Blake entre mis piernas, con esa boca suya que parecía hecha para pecar.

Me ardían las mejillas solo de recordarlo.

Ese regalo suyo me había convertido en una pervertida.

Cuando el ascensor se detuvo, inspiré hondo, solté el aire por la nariz y me mentalicé para actuar como una adulta funcional.

La puerta del ático ya estaba entreabierta.

Empujé despacio.

Y ahí estaba él.

De pie, esperándome. Camisa blanca, mangas remangadas, reloj de lujo en la muñeca. Café en una mano. La otra en el bolsillo. Cara seria. Pelo perfectamente despeinado, como si acabara de levantarse así de jodidamente atractivo.

—Pasa —dijo él, sin moverse del marco de la puerta.

Tragué saliva.

Y entré.

—¿Te apetece un café?

—Sí, por favor

Me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera hasta la cocina, y lo hice intentando no parecer demasiado impresionada por lo que tenía alrededor.

El sitio era una locura.

Un loft abierto, minimalista y gigantesco, con techos tan altos que daban vértigo, ventanales de cristal que dejaban entrar toda la luz de Manhattan, y muebles de diseño que probablemente costaban más que mi alquiler anual. Todo en tonos grises, blancos, negro mate. Ni un cojín fuera de sitio.

Parecía la casa de alguien que no vivía de verdad, sino que posaba para una portada de *Architectural Digest*.

—Joder… —murmuré, mirando alrededor—. Esto no es un piso, es una exposición permanente.

Blake me lanzó una mirada rápida por encima del hombro, como si no estuviera seguro de si lo había escuchado bien. Pero no dijo nada.

Abrió un armario, sacó una taza blanca y me sirvió café.

—Toma —dijo, dejándome el café delante.

—Gracias —respondí, envolviendo la taza con las dos manos.

Él no dijo nada. Solo se quedó ahí, de pie, al otro lado de la encimera, observándome.

Y no era una mirada casual. No.

Era de esas que bajan, suben, se detienen. En el moño pulido, en la americana negra entallada, en los vaqueros oscuros que me

hacían buen culo, en las botas de tacón bajo.

Iba correcta. Profesional. Pero con ese toque que decía: «soy la chica lista que también sabe lo que vale».

Sentí el calor subirme por el cuello.

Tragué saliva y me removí en el taburete, incómoda. Como si él pudiera ver más de la cuenta. Como si supiera que, debajo de todo eso, llevaba ropa interior bonita por si acaso el día se torcía… o se calentaba.

Y ahí fue cuando decidí dejar de fantasear con que me empotraba contra esa encimera de mármol.

Porque si seguía mirando esa boca suya… se lo iba a acabar pidiendo en voz alta.

Así que carraspeé y me forcé a clavar los pies en la realidad.

—Entonces… ¿me vas a decir por qué he faltado al trabajo hoy? —pregunté, alzando una ceja—. ¿Cuál es ese encargo especial que merecía saltarme una jornada laboral sin previo aviso?

Blake dejó su taza sobre la encimera, sin apartar la mirada.
Y sonrió.

—Necesito que te encargues de convertir esta exposición permanente en un lugar que apeste a Navidad —dijo, haciendo alusión directa a mi comentario de antes.

Abrí mucho la boca.

—¿Cómo?

—El señor Jiménez es un amante de las tradiciones —explicó con toda la calma del mundo—. Quiero que se sienta cómodo en mi casa mañana por la noche, cuando cenemos con él. Así que he pensado que tú podrías encargarte de... decorarlo todo.

Parpadeé. Varias veces.

—¿Quieres que transforme tu búnker de millonario en una peli de sobremesa navideña?

—Exacto.

—¿Con árbol, luces, bolas, espumillón, todo?

—Eso es.

—¿Eres consciente de que le estás pidiendo eso a una fanática de la Navidad? Esto es como darle a un pirómano una cerilla y decirle que no se contenga.

Blake apoyó las manos en la encimera, divertido.

—Confío en ti. Solo no conviertas esto en un centro comercial de pueblo.

—¿Y hay presupuesto?

Blake alargó la mano hacia su móvil, deslizó la pantalla un segundo y luego me miró con calma.

—Te he enviado una tarjeta virtual al correo. Límite alto. Gástalo todo si hace falta.

Arqueé una ceja.

—Eso no se le dice nunca a una mujer fanática de la Navidad. ¿Sabes la cantidad de bolas, guirnaldas y velas con olor a canela que puedo comprar con una tarjeta sin límite?

—Lo sé. Estoy temblando por dentro.

—Me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*, pero versión compras navideñas desatadas.

Blake ladeó la cabeza, divertido.

—Aprovecha y cómprate también algo para la cena.

Me detuve en seco, con la taza a medio camino de los labios.

—¿Perdón?

—Un vestido. Algo elegante. Vamos a cenar con un inversor millonario, ¿recuerdas? Mi chófer te llevará y te traerá de vuelta. Está esperando abajo.

Entorné los ojos, desconfiando.

—¿Es que no vas a venir conmigo de compras?

—Paso, te lo dejo a ti. Yo prefiero mantenerme al margen —dijo, cogiendo su taza con toda la pachorra del mundo.

—De eso nada —repliqué, cruzándome de brazos—. No pienso decorar la casa yo sola. Si quieres que haga esto, te necesito.

Blake me miró por encima del borde de la taza, sin inmutarse. Como si estuviera valorando si me ignoraba o me lanzaba por la ventana. Dudó. Literalmente.

—Valeria…

—Ni Valeria ni hostias. No pienso encargarme yo sola de montar una mentira navideña perfecta mientras tú te quedas aquí, tomándote el café como si esto no fuera contigo.

Se quedó en silencio unos segundos. Largo. Como si de verdad estuviera debatiendo si podría soportar una mañana entera entre espumillón, velas con olor a galleta y discusiones sobre si el rojo combina mejor con el dorado o con el blanco.

Al final, soltó un suspiro que sonó a rendición absoluta.

—De acuerdo —dijo, como si le estuviera pidiendo donar un riñón.

Sonreí.

—Eso es lo que quería oír.

Él resopló.

Pero ya no había marcha atrás.

Blake Prescott venía conmigo.

A comprar Navidad.

***

Nos pasamos la mañana en la sección más peligrosa de Manhattan: la planta de decoración navideña del Bloomingdale's.

Bolas, guirnaldas, luces, coronas, servilletas con copos de nieve, cojines bordados con mensajes cursis. Todo.

Un universo entero de brilli-brilli dispuesto a arruinarle el día a cualquier alma cínica.

Blake empujaba el carro como si estuviera en un campo de minas.

Y yo… yo flotaba.

Regresamos a su casa sobre la una, después de pasar por un deli a pillar algo rápido para llevar. Él pidió un sándwich de pavo sin alegría. Yo, una hamburguesa con todo, porque había quemado más calorías discutiendo sobre guirnaldas que en una clase de spinning.

Y nos pasamos las siguientes cuatro horas metidos en su salón, rodeados de bolsas, espumillón, etiquetas de precios y cajas abiertas como si estuviéramos desmantelando un trineo.

En el centro del salón, presidiendo la escena, estaba el árbol. Enorme. Hermoso. Frondoso. El típico abeto de catálogo, con ramas tupidas. Aunque este, al contrario que mi Bruce, era de plástico, no real.

Yo había insistido en comprarlo desde que lo vi, como si me fuera la vida en ello.

Blake, por supuesto, había intentado negociar por uno más «minimalista, discreto, proporcional».

Spoiler: perdió.

—Si muero sepultado por una avalancha de bolas rojas, dile a mi hermano que esto fue culpa tuya.

—Oye, no te quejes, está quedando precioso —dije, orgullosa, estirándome desde la banqueta para colocar una campana dorada en una rama alta.

—Precioso es una palabra muy fuerte para algo que brilla más que Times Square en Año Nuevo —respondió él, sujetando una caja de adornos como si llevara dinamita dentro.

Lo miré con cara de pena exagerada.

Como si acabara de ver a un cachorro abandonado por Papá Noel.

—Algún día tendrás que contarme por qué odias tanto la Navidad. ¿Papá Noel no te trajo el regalo que querías? ¿O pillaste a tus padres enrollándose debajo del muérdago?

Blake no respondió al instante.

Solo me lanzó una de esas miradas suyas. Lentas. Cargadas. Difíciles de leer.

—Algo así —dijo al final, bajando la vista hacia la caja de adornos.

El tono fue tan neutro que me dejó claro que había tocado hueso.

Me mordí el labio, un poco arrepentida y me apoyé sobre los talones, con una guirnalda en la mano que de pronto me pareció

ridícula.

—Vale, lo retiro. Igual me he pasado de graciosa —dije, sin mirarle directamente.

Él no respondió, pero su silencio no era de enfado. Era de los que pesan más que una frase entera.

—Solo por aclarar —añadí, bajando un poco el tono—, si en algún momento te apetece contármelo, no te preocupes, no haré cara de terapeuta ni intentaré abrazarte. Te pasaré una copa y te escucharé.

Blake giró la cabeza hacia mí, despacio. La sombra de una sonrisa le cruzó los labios.

—Eres rara.

—Y tú muy hermético. Hacemos buen equipo.

Él negó con la cabeza, pero se acercó y me dio otra bola sin decir nada.

Y seguimos decorando. Sin volver al tema.

Cuando terminamos, me separé un paso, me limpié las manos sobre los vaqueros y observé mi obra maestra con orgullo.

Toda la estancia había cambiado.

Ya no era un loft frío de revista, era otra cosa. Cálido, acogedor, con velas encendidas, cojines nuevos, detalles dorados por todas partes y el árbol en el centro, imponente, perfecto. Brillaba.

—Vale —dije, cruzándome de brazos—. Admitámoslo: me he superado.

Blake giró sobre sí mismo, escaneándolo todo en silencio.

—Tengo que reconocerlo… no está mal —dijo, con tono neutro, pero con esa media sonrisa que ya no sabía esconder.

—¿*No está mal*? —repetí, ofendida—. Blake, esto merece salir en la portada de *Homes & Gardens.*

Él se apoyó en la encimera, cruzándose de brazos.

—Estás muy crecida, Martín. Además, ¿no crees que le falta algo al árbol?

Fruncí el ceño, recorriéndolo con la mirada.

—¿El qué?

Él se agachó, rebuscó entre una de las cajas abiertas y sacó una estrella grande, dorada, preciosa.

—Esto —dijo, alzándola como si acabara de encontrar el tesoro perdido—. Fuiste tú la que insistió en comprarla, porque, y cito textualmente, «un árbol sin estrella es como un polvo sin final feliz.»

—Pues claro —respondí, cogiéndola—. ¿Tú has visto este árbol? Es una diva. No puede quedarse sin su corona.

Me subí a la banqueta con la estrella en la mano, dispuesta a coronar a nuestra reina navideña.

Pero cuando intenté colocarla, me di cuenta de que la punta del árbol estaba un poco más alta de lo que mi dignidad podía alcanzar.

—Ugh… espera… —me puse de puntillas, estirando todo lo que pude—. Casi… casi…

—¿Te ayudo?

—No. Lo tengo.

Pero no, no lo tenía.

Di un traspié y estuve a punto de caerme hacia atrás. Pero Blake evitó el desastre colocando sus manos en mis caderas, sujetándome con fuerza, pegándome a él como si ese árbol fuera una excusa para acercarnos… o un ensayo general para algo mucho más intenso.

Me quedé quieta.

Muy quieta.

Con los brazos aún en alto y el corazón latiéndome en la garganta.

—Tranquila —murmuró cerca de mi oído—. No te voy a dejar caer.

Tragué saliva. Me forcé a seguir.

Estiré los brazos y, esta vez sí, coloqué la estrella.

Quedó perfecta.

Brillando en la punta. Como si supiera que había sido un momento importante.

—Ya está —dije, sin atreverme a girarme.

Él no me soltó. Tiró de mis caderas con cuidado, suave pero firme, y me bajó despacio de la banqueta.

Cuando mis pies tocaron el suelo, seguía demasiado cerca.

Su cuerpo pegado al mío, sus manos aún en mi cintura.

Y mi respiración tan descontrolada como si acabara de correr una maratón.

Me giré para darle las gracias por la ayuda, pero entonces fue peor.

Porque él seguía demasiado cerca.

Porque ahora tenía su cara a pocos centímetros de la mía.

Porque me miraba sin decir nada, con esa intensidad que no se enseña, pero que se siente hasta en la piel.

Y porque yo, idiota de mí, no podía apartar los ojos de su boca.

—Gracias —dije, en voz baja.

Él bajó la mirada a mis labios.

Despacio. Como si estuviera decidiendo si era el momento de probarlos.

—Por cierto —murmuró, con esa voz suya grave que ya me conocía por dentro—, ¿qué te pareció el regalo que te hice ayer?

Mi estómago se contrajo.

—¿El… regalo?

—Sí —dijo, sin apartar la vista de mi boca—. No me enviaste ningún mensaje para darme feedback.

Tragué saliva.

Lento.

Fatal.

—¿Eso quieres? ¿Feedback?

—Como mínimo. —Su mirada subió a mis ojos—. ¿Lo usaste? ¿Te gustó?

Sentí cómo el calor me subía por el cuello, pero no me moví ni un centímetro.

—Bueno… reconozco que fue… interesante.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que probé los tres.

—¿Y? ¿Hubo ganador?

Me lo quedé mirando, como si valorara si merecía saberlo.

—Hubo empate técnico entre los tres. Aunque… ninguno superó la versión en carne y hueso que tenía en la cabeza mientras los

usaba.

¿Me había vuelto loca?

¿Desde cuándo yo era así de descarada?

Blake dio un paso. Solo uno. Pero fue suficiente para que el aire se volviera más espeso.

—Pues déjame decirte, Valeria… —murmuró, con la voz más grave y peligrosa que le había oído nunca— que cuando sea yo quien esté entre tus piernas, superaré cualquier fantasía que hayas podido tener sobre mí.

Tragué saliva. Despacito. Como si el gesto pudiera frenar el incendio que tenía entre las piernas.

Estaba a un segundo de lanzarme a su boca.

O de decirle que olvidáramos el trato y empezáramos a follar ya.

O las dos cosas.

Por suerte, o no, en ese momento sonó el interfono.

El ruido me hizo pegar un respingo.

Blake resopló, frustrado.

Yo aproveché la sacudida de realidad como si me hubieran lanzado una cuerda para salir del pozo.

—¿Sí? —respondió él, apretando el botón.

—Señor Prescott —dijo la voz del portero—. Suben en cinco minutos los del catering para confirmar los últimos detalles de la cena de mañana.

Catering. Cena. Álvaro Jiménez. Mentira.

Todo volvió de golpe.

Me pasé una mano por el pelo, eché un vistazo rápido al salón, árbol perfecto, velas encendidas, todo en su sitio, todo diciendo bienvenidos a esta adorable casa, y respiré hondo.

Muy hondo.

Como si el oxígeno pudiera bajarme la temperatura corporal.

No funcionó.

Agarré la bolsa con el vestido que me había comprado para la cena y me dirigí hacia la puerta a toda prisa.

—Vale, pues… me voy —dije, intentando sonar casual y no como una mujer al borde del colapso sexual—. Necesito planchar esto, probármelo y mentalizarme para interpretar a tu novia perfecta.

Blake me miraba desde su sitio.

Quieto.

Impasible por fuera, pero con esa mirada suya que decía que dentro estaba ardiendo igual que yo.

—Valeria…

Sin escuchar lo que tenía que decir, me marché.

Porque si me quedaba un segundo más, no respondía de mí.

Porque si le dejaba hablar, iba a terminar con las bragas por el suelo.

Y porque mañana teníamos una cena.

Una actuación.

Una mentira.

Y aún nos quedaban muchas horas de contención antes de romperlo todo.

**11**

**Valeria**

# GALLETAS, VILLANCICOS… Y ANTICIPACIÓN



Eran las tres de la tarde y mi piso olía a canela. Tenía las manos llenas de masa, la frente manchada de harina y un delantal rojo que decía *Bite me* en letras blancas.

Kayla tarareaba *Mistletoe* de Justin Bieber mientras cortaba estrellas sobre la encimera como si fuera una competición de repostería.

Los viernes salíamos de la oficina al mediodía, y yo le había sugerido a Kayla que viniera a casa a hacer galletas. Ella aceptó sin pensar.

Así que ahí estábamos las dos, en la minimesa de mi minipiso, frente a Bruce el árbol, cortando masa en formas.

—¿Así que tu plan para conquistar al inversor español es empacharle a galletas? —preguntó Kayla, levantando un muñeco de jengibre con los brazos torcidos.

—No pienso conquistarle. Solo quiero caerle simpática. En plan: «Mira qué maja la novia del señor Prescott, hace galletas, parece normal.»

—¿Normal tú? —bufó—. Cariño, vas a mentir a ese hombre a cambio de un ascenso, vacaciones y unos cuántos orgasmos. Digamos que la normalidad ya no está en la ecuación.

*Ding.*

El temporizador sonó antes de que pudiera contestar.

—Salvadas por la campana —dije, abriendo el horno con cuidado. El calor me dio de lleno en la cara.

Saqué la bandeja y la dejé sobre la encimera. Las galletas estaban doradas, perfectas. Algunas con formas navideñas reconocibles. Otras… no tanto.

—Esa estrella parece un pollo frito —dijo Kayla, señalando con la espátula.

Cogí una rejilla y empecé a colocarlas una a una para que enfriaran. Kayla, mientras tanto, amasaba lo que quedaba de masa y preparaba la segunda tanda.

—Por cierto —dijo sin levantar la vista—, Ethan ya está al corriente de tu tejemaneje con Blake. Esta mañana intentó sonsacarme información sobre ti. Sabe que somos amigas, así que estuvo preguntándome. Al final me confesó que Blake le había dicho lo de la farsa. Aunque creo que se ahorró la cláusula sexual del acuerdo, porque no lo mencionó.

—¿Crees que si se enterara se lo tomaría a mal?

—¿Ethan? ¿Don correcto? Por supuesto. Si lo supiera, tendría un mini infarto.

Yo solo esperaba que aquello no se escampara por la oficina. Lo último que necesitaba era que mis compañeros pensaran que me

follaba al jefe antes de recibir un ascenso.

De entrada, nuestro supuesto romance no iba a ser público. Álvaro Jiménez no trabajaba allí.

Pero ya me conocía ese lugar. Las paredes eran finas, los rumores rápidos y los cotilleos más eficaces que el sistema de correo interno.

Suspiré, y me puse manos a la obra para preparar el glaseado con el que íbamos a decorar las galletas.

Saqué un cuenco, cogí el azúcar glas, clara de huevo pasteurizada y colorantes alimentarios.

En unos minutos tenía una decena de botecitos listos, cada uno con un color diferente: blanco, rojo, verde, azul cielo, dorado… Lo básico para vestir a los renos, ponerle cara a los Santa Claus y fingir que tenía mi vida bajo control.

—Vale —dije, colocándolos en fila sobre la mesa—. Que empiece el espectáculo.

Cogimos las galletas de la rejilla que ya estaban frías, metimos la segunda bandeja de galletas en el horno y nos pusimos manos a la obra.

—Es una de las tradiciones navideñas que más me gusta hacer en casa, ¿sabes? —le dije a Kayla, mientras decoraba con cuidado la barba de un Papá Noel—. Hacer galletas en familia. Nos juntamos todos: mis primos, mis tíos, mis padres, mi abuela Rosario… Cada uno con muchas ganas y cero talento, pero nos lo pasamos de risa.

Kayla sonrió mientras dibujaba una bufanda roja a un reno con cara de trauma.

—Yo solía hacerlas con mi abuela antes de que muriera. Desde entonces no había vuelto a hacer hasta ahora. Así que supongo que… gracias.

Me la quedé mirando. Bajó la vista, como si no quisiera sonar demasiado sentimental.

A veces olvidaba que Kayla estaba sola en el mundo, y que no tenía a nadie con quien compartir esas tradiciones.

—¿Te apetece si a partir de ahora convertimos esto en una tradición conjunta? —le dije, sin pensarlo demasiado—. Cada año. Galletas, glaseado, villancicos horteras y quejas sobre la vida.

Kayla levantó la mirada. Sonrió despacio, de esa forma que no era suya del todo, como si le pillara por sorpresa que alguien pensara en ella así.

—¿Sabes qué? Me encantaría.

*Pling.*

El móvil vibró sobre la mesa. Lo miré por reflejo.

Diego. Otra vez.

DIEGO

Valeria, por favor. Respóndeme, aunque
sea para mandarme a la mierda.

Hice una mueca y apagué la pantalla con el pulgar, sin abrir el mensaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Kayla, frunciendo el ceño.

—Es Diego.

—¿Diego...? ¿Tu ex?

—Desde hace unos días empezó a mandarme mensajes. Quiere que nos veamos cuando vaya a Madrid. Y aunque no le responda, sigue insistiendo. Como si tuviera derecho a pedirme nada después de cómo acabó todo.

—¿Y por qué no lo bloqueas?

—Porque… no lo sé. Estuvimos a punto de casarnos. Supongo que no me sale fingir que nunca existió.

Kayla se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y qué crees que quiere después de tanto tiempo? ¿Crees que se arrepiente de lo que hizo? ¿Que quiere una segunda oportunidad?

—No lo sé —respondí en voz baja—. Tal vez sí. Tal vez se ha dado cuenta de que la cagó. O tal vez está aburrido. Solo, nostálgico. Igual ha visto alguna foto mía en redes y ha pensado que aún puede volver cuando le dé la gana.

—¿Y tú quieres que vuelva?

La pregunta me cayó encima como una piedra.

Negué con la cabeza.

—No. Pero hay una parte de mí que aún quiere entender. Que aún necesita una explicación. Cuando me dejó lo hizo sin dar la cara. Sin una conversación. Sin un motivo claro. Un día estaba eligiendo las flores del centro de mesa y al siguiente tenía un mensaje suyo diciendo que no podía casarse conmigo. Así. Como si yo fuera un trámite más que no sabía gestionar.

—Joder —susurró Kayla.

—Nunca volví a verle. No lo vi recoger sus cosas. No escuché su voz. Solo desapareció. Y yo acepté una oferta aquí, hice las maletas y me marché sin mirar atrás. Durante meses pensé que era culpa mía. Que había hecho algo. Que algo en mí no era suficiente. Y aunque ahora ya no creo eso… me gustaría saber por qué lo hizo.

No para volver con él. Solo para poder cerrar bien nuestra historia. Para no llevarla arrastrando cada vez que intento empezar algo nuevo.

—Lo entiendo… Entonces ¿por qué no le respondes? —preguntó Kayla, sin juzgar, solo con esa voz suave que usaba cuando notaba que algo dolía de verdad.

—Porque ahora mismo no quiero abrir una puerta que me costó años cerrar. Porque si le contesto… ya le estaré dando un lugar otra vez. Ahora mismo lo único que quiero es disfrutar de estos días, ¿sabes? Ya me enfrentaré a Diego cuando regrese a Madrid. Después de haber hecho una de las locuras más grandes de mi vida.

—¿Fingir que estás enamorada de tu jefe buenorro y tirártelo hasta que te deje sin voz? —dijo Kayla, alzando una ceja.

—Básicamente —me reí.

—Pues cariño, disfrútalo, e intenta ignorar sus mensajes hasta que estés preparada para enfrentarlo.

Asentí.

—Eso haré. Ahora mismo solo quiero disfrutar de esta locura… y no pensar en nada que huela a pasado.

—Brindemos por eso —dijo, levantando su taza de café frío—. Por las locuras nuevas, los ex bien lejos y los jefes con abdominales.

—Amén.

Nos reímos.

Y por un segundo, todo pareció estar en su sitio.

Aunque fuera solo entre galletas, azúcar y una mentira a punto de hacerse realidad.

***

Kayla se fue sobre las cinco de la tarde, después de haber empaquetado una docena de galletas en una caja que adornamos con papel de celofán transparente y un lazo dorado.

Sabía que no era lo más sofisticado del mundo, ni el detalle más caro, pero tal como Blake me había hablado del señor Jiménez, estaba convencida de que lo apreciaría más que cualquier postre de pastelería.

Un gesto simple. Casero. Familiar.

Justo lo que ese hombre valoraba.

Y, quién sabe, igual un par de galletas navideñas ayudaban a cerrar un trato de varios millones.

Me duché, me arreglé, me puse el vestido que había comprado con Blake el día anterior, uno rojo, ceñido, de tirantes finos y escote en pico, me alisé el pelo, me hice un eyeliner decente y me pinté los labios de rojo, a juego con el vestido.

Me miré en el espejo.

Parecía otra.

O mejor dicho: parecía la versión más segura, más sexy y más *novia enamorada* de mí misma.

Aunque por dentro estuviera temblando.

Respiré hondo.

Cogí la caja de galletas, el bolso, y salí de casa con un único pensamiento en la cabeza: *No la cagues.*

**12**

**Blake**

# BAJO EL MUÉRDAGO



Valeria llegaba tarde, y yo estaba de los nervios esperando que apareciera de un momento a otro.

Faltaban diez minutos para las ocho, y sabía que Álvaro sería puntual. Y lo último que quería era tener que recibirlo sin que Valeria estuviera ya allí.

Había repasado mentalmente el guion mil veces.

Cómo la presentaría. Dónde nos sentaríamos. Qué anécdotas inventadas sacar a relucir en el momento justo para que todo pareciera natural.

Todo estaba listo.

El catering perfecto. La mesa montada. El árbol encendido. Las copas brillando.

Y ella… nada.

Ni un mensaje.

Ni un «voy en camino».

Ni un «me he arrepentido y he huido al aeropuerto más cercano».

Nada.

Miré por quinta vez el reloj. Ocho menos ocho.

—Mierda… —murmuré en voz baja.

Si me había metido en esta mentira, lo mínimo era tener a mi cómplice en escena cuando subiera el invitado principal.

Y justo cuando estaba a punto de perder la paciencia, sonó el timbre.

Me acerqué a la puerta con el corazón acelerado. Abrí. Y ahí estaba Valeria. con el vestido rojo que se compró el día anterior y el pelo suelto.

Y una caja entre las manos, envuelta con papel transparente y un lazo dorado.

—Perdón por el retraso —dijo, sin darme tiempo a decir nada—. El metro ha decidido boicotear nuestra historia de amor.

La escaneé con la mirada, de arriba abajo. Joder.

Joder.

Ese vestido no era legal. Ni lógico. Ni justo.

Cuando ayer me lo enseñó en la percha antes de comprarlo, no parecía… tan peligroso.

—Estás… —No terminé la frase. Porque cualquier cosa que dijera iba a sonar como un cliché barato o una declaración que no me podía permitir.

Ella levantó una ceja, divertida.

—¿Estoy…?

Me aclaré la garganta, sin apartar la mirada de sus piernas.

—Estás perfecta. —La palabra se me escapó antes de poder filtrarla. Sonó más ronca de lo que pretendía.

—Puedo decir lo mismo sobre ti —respondió ella, dándome un repaso lento. Su mirada bajó por mi pecho, se detuvo en mi cinturón y volvió a subir, sin disimulo.

Y justo entonces, el timbre volvió a sonar.

Nos miramos.

El aire se tensó.

Valeria se enderezó. Se alisó el vestido con las manos y alzó la barbilla.

—Hora de actuar —murmuró.

Yo asentí.

Me giré hacia la puerta con el corazón golpeando como si fuera la primera vez que cerraba un trato.

Ajusté la chaqueta, pasé una mano por el pelo, y abrí.

—¡Señor Jiménez! —dije, con una sonrisa perfectamente calculada.

Álvaro estaba impecable, como siempre. Traje gris claro, bufanda de cashmere, abrigo doblado sobre un brazo y una botella de vino en la otra mano.

—Blake —dijo, tendiéndome la mano con esa cortesía europea suya que siempre parecía medida al milímetro—. Gracias por recibirme.

—Gracias a usted por venir. Pase, por favor.

Se adentró en el loft mirando a su alrededor con aprobación.

—Vaya… qué lugar tan espectacular.

—Gracias —respondí, echando un vistazo rápido a Valeria.

Ella ya estaba de pie, esperándonos junto al árbol. Postura perfecta. Sonrisa suave. Y ese vestido rojo que lo decía todo sin decir nada.

Me giré hacia Álvaro.

—Quiero presentarle a Valeria. Mi pareja.

Ella dio un paso hacia delante, tranquila, como si lo hubiera hecho mil veces.

Dijo algo en español que no entendí, porque no hablaba el idioma. Pero Álvaro sí.

Su cara se iluminó al instante y le respondió también en español.

Intercambiaron un par de frases más, rápidas, con sonrisas incluidas. Yo solo me limité a mirarles como un turista sin subtítulos.

Después de unos segundos, Álvaro se giró hacia mí.

—¿Tú entiendes algo?

—Solo el lenguaje corporal —dije, metiendo las manos en los bolsillos.

—Pues deberías aprender el idioma, si vas en serio con ella —respondió, medio en broma, medio en serio.

Me pilló por sorpresa.

Valeria, que lo oyó todo, giró la cabeza muy despacio hacia mí, con una ceja levantada y una sonrisa que decía *te quiero ver salir de esta, campeón*.

—Tomo nota —dije, sin perder la compostura—. Estoy pensando en apuntarme a clases intensivas. Muy intensivas.

Ella soltó una risita suave.

Y Álvaro pareció satisfecho con mi respuesta.

***

Media hora más tarde estábamos sentados alrededor de la mesa, con la comida que el catering había servido como si estuviéramos en el puto Ritz.

Y, sorprendentemente, todo iba según el plan.

Valeria se había aprendido el dossier que le mandé por correo como si fuera una actriz de método.

Cada detalle. Cada frase. Cada gesto ensayado como si nuestra historia fuera de verdad.

Incluso, en algún momento, habíamos empezado a hablarnos informalmente.

—¿Así que os conocisteis en la oficina? —preguntó Álvaro, cortando un trozo de solomillo.

—Sí —respondió ella, con una sonrisa suave—. Yo llevaba ya un par de años trabajando en el departamento de Marketing, cuando un día… nos quedamos encerrados juntos en el ascensor. Como en una de esas películas que nadie se cree —añadió, soltando una pequeña risa.

—¿Encerrados? —repitió Álvaro, interesado.

—Treinta minutos eternos. Yo iba con un café en la mano, él con cara de no haber dormido en tres días. No hablábamos nunca, más

allá de un «buenos días» educado. Pero ahí, atrapados… —Se encogió de hombros—, no quedaba otra. Tocó hablar.

—Y desde entonces… —continué yo, con la voz tranquila—, todo fue distinto. No fue inmediato. Pero a partir de ese día empezamos a vernos con otros ojos.

—Cuando decidimos dar el paso —añadió ella, girándose hacia Álvaro—, lo hablamos mucho. Queríamos estar seguros de que no afectaría al trabajo, ni a los equipos, ni a cómo nos veían los demás.

—Y por eso lo mantuvisteis en secreto —dijo él, asintiendo lentamente—. Tiene sentido. No todo el mundo sabe separar lo profesional de lo personal.

—Exacto —respondí—. Pero lo llevamos bien. Y cuando vimos que iba en serio… lo asumimos con naturalidad. Pero por eso no se ha filtrado nada en la prensa. No queríamos exposiciones innecesarias ni alimentar titulares.

Álvaro sonrió, satisfecho.

—Debo decir que me alegra conocer esta versión de Blake Prescott. Tenía muchas ganas de invertir en el proyecto de Park Avenue, pero no quería hacerlo con un hombre que viviera solo para el trabajo y las portadas. Verte así, más… humano, más centrado —miró a Valeria con una sonrisa cómplice—, me da tranquilidad.

Valeria le sostuvo la mirada con elegancia, como si llevara toda la vida en cenas de negocios fingiendo ser la mujer de un CEO.

—Blake tiene un pasado, eso es indiscutible. No mentiré, a mí al principio también me costó confiar, pero… —hizo una pausa breve, como si escogiera con cuidado las palabras—, hay una gran diferencia entre lo que proyecta y lo que realmente es. Y el tiempo me ha demostrado que es un hombre que merece la pena.

Álvaro sonrió, como si acabara de confirmar algo que llevaba tiempo sospechando.

—Eso es exactamente lo que quería ver —dijo, dejando la copa sobre el mantel—. Un hombre con éxito que también sabe elegir bien a quién tiene al lado. Yo llevo treinta años con mi esposa. Nos conocimos a los dieciséis y, desde entonces, hemos estado juntos. Tenemos tres niños, ya adolescentes… y empiezan a dar guerra.

Valeria sonrió con calidez.

—Debe de ser precioso tener una historia así. No muchos pueden decir lo mismo.

—Es una suerte —asintió él—. Pero también es una elección, ¿sabes? Mantener algo sólido en un mundo que empuja siempre al cambio… requiere compromiso. Tiempo. Y mucha paciencia. Por eso era tan importante para mí conocer esta versión de Blake. Esta versión de hombre comprometido, que vive en una casa preciosa cuya decoración navideña haría llorar de envidia a mi mujer.

Valeria soltó una risa suave, justo en el punto exacto entre encantadora y cómplice.

—Bueno, reconozco que en eso he tenido algo que ver.

—¿Algo? —dije yo, mirándola—. Te has cargado todo mi minimalismo en una tarde.

—Y me ha quedado espectacular, admítelo —respondió, con una sonrisa victoriosa.

Álvaro nos observaba con una expresión entre divertida y enternecida.

—De verdad, me habéis alegrado la noche. Y me habéis convencido. Blake, cuenta con mi firma. Estoy dentro. Park Avenue es vuestro.

Sentí el alivio recorrerme por dentro como una descarga lenta. El proyecto estaba asegurado.

La inversión, cerrada.

Pero entonces Álvaro se inclinó ligeramente hacia delante, con esa sonrisa que avisaba que aún no había terminado.

—Aunque antes… me gustaría pediros un favor.

—Por supuesto —respondí al instante—. Usted dirá en qué podemos ayudarle.

—Todo el mundo habla de lo precioso que está Vermont en esta época del año —dijo, dando un sorbo a su copa—. Mi mujer y yo vamos a pasar unos días allí antes de volver a Madrid. Y… sería fantástico que nos acompañarais un par de días. Vosotros dos.

Noté cómo Valeria se tensaba ligeramente a mi lado. Yo también.

—No hace falta que sea nada formal —añadió él enseguida—. Solo unos días en la nieve. Un poco de aire fresco, chimenea, copas de vino, paseos tranquilos. Mi mujer estaría encantada de conocer a Valeria. Siempre dice que las parejas jóvenes le dan esperanza en la humanidad.

Valeria se recompuso antes que yo.

—Sería un placer —dijo, sonriendo con esa calma falsa que se le daba tan bien—. ¿Verdad, cariño?

Me giré hacia ella, asintiendo despacio.

—Claro. ¿Cuándo?

—El jueves que viene —respondió Álvaro, entusiasmado—. Solo dos noches. Os enviaré los detalles mañana. No acepto un no por respuesta. Me caéis demasiado bien.

Brindó de nuevo.

Y ahí supe que la mentira no se acababa con la cena.

Aquello… acababa de escalar a otro nivel.

***

Después de cenar, Álvaro se excusó para marcharse.

—Mi mujer me mata si llego tarde —dijo, cogiendo su abrigo—. Pero de verdad, gracias por todo. La cena, la compañía… Ha sido perfecto.

Valeria sonrió mientras se acercaba con la caja de galletas envuelta en papel transparente.

—Antes de que se vaya, esto es para usted. Las hice esta tarde. Algunas tienen formas reconocibles. Otras… no tanto.

Álvaro cogió la caja con una sonrisa enorme, como si le estuvieran regalando una infancia entera en azúcar.

—Hace galletas y tiene sentido del humor. Si dejas escapar a esta mujer, me replanteo la inversión —dijo Álvaro, señalándome con la caja en la mano.

—No tengo pensado hacerlo —dije, mirándola.

En ese momento, Álvaro alzó la vista al techo, justo hacia el rincón donde Valeria había insistido en colgar un muérdago… y donde, casualmente, nosotros estábamos justo debajo.

Frunció el ceño un segundo… y sonrió con picardía.

—¿Es eso lo que creo que es?

Valeria también miró hacia arriba.

—Puede ser…

Álvaro nos miró a los dos, cruzándose de brazos con expresión divertida.

—Pues ya sabéis lo que toca.

Nos quedamos quietos. Valeria me lanzó una mirada rápida. Yo le devolví otra. Más lenta. Y sin decir nada, me incliné hacia ella.

Le di un beso corto, rápido. Lo justo para cumplir con el protocolo.

Pero al separarnos, Álvaro resopló y negó con la cabeza, divertido.

—¿Eso se supone que es un beso? —dijo, señalándonos con la caja de galletas en la mano—. Vamos, hombre… Ni siquiera lo consideraría un saludo en Madrid.

Valeria se rio, ligeramente sonrojada.

—¿Ah, no?

—Ni de lejos. A ver, enséñale tú, que eres la española aquí —añadió, mirándola con complicidad—. Dale un beso como Dios manda. Uno de los que hacen historia. Demuéstrale cómo se las gasta una mujer con sangre caliente.

Ella me miró.

Yo levanté una ceja.

—¿Tú qué dices? —preguntó, como si necesitara mi permiso.

—Álvaro manda.

Y antes de que Álvaro pudiera soltar otro comentario, Valeria me agarró de la camisa, tiró de mí hacia ella… y me besó. Con lengua.

Nada de cumplir por compromiso.

Su boca se abrió contra la mía con una seguridad que me pilló por sorpresa. Su lengua buscó la mía sin pedir permiso. Me agarró por la nuca, apretándome más hacia ella, y joder… el mundo se apagó.

Yo reaccioné tarde, pero cuando lo hice, fue con todo.

Le devolví el beso con la misma intensidad. Mi mano en su cintura, su cuerpo pegado al mío, la lengua enredándose con la suya, profunda, lenta, caliente.

No estábamos actuando. Ni un poco.

Eso no era fingir.

Era puro fuego.

Cuando se separó, lo hizo despacio.

Los labios brillantes. Las mejillas rojas. El pecho subiendo y bajando con la respiración acelerada.

Y sus ojos clavados en los míos como si acabara de desmontarme entero.

Álvaro soltó una carcajada desde el otro lado de la sala.

—Eso sí ha sido un beso. Así me gusta. Ahora sí que me voy tranquilo.

Yo asentí en silencio, incapaz de articular una sola palabra.

Y mientras él cruzaba la puerta con su caja de galletas bajo el brazo y la satisfacción escrita en la cara, yo me quedé quieto.

Mirando a Valeria.

Y sabiendo, sin margen de error, que ambos nos habíamos quedado con ganas de más.

## 13

### Valeria

# LA RECOMPENSA



Cuando la puerta se cerró detrás de Álvaro, solté todo el aire que estaba reteniendo.

—Joder… —murmuré, llevándome una mano al pecho—. Pensaba que no se iba nunca.

Blake no dijo nada.

Seguía de pie junto a la puerta, mirándome. Con esa cara suya que no decía nada y lo decía todo. La mandíbula apretada. Los ojos fijos en mi boca.

Y ese silencio cargado que me ponía nerviosa… y un poco húmeda.

—¿Qué? —pregunté al fin, intentando romper la tensión.

—Entonces… ¿así besáis las españolas? —dijo él, sin moverse, con la voz baja y ese tono que se te mete entre las piernas.

Me crucé de brazos, aunque me temblaban.

—¿Te quejas?

—Al contrario. Estoy intentando no empotrarte contra la pared desde que se fue Álvaro.

Mi pulso se disparó.

Tragué saliva.

Él seguía ahí, quieto, con las manos en los bolsillos y esa mirada que me desnudaba entera.

—Pues a lo mejor deberías dejar de intentarlo —solté, sin pensar.

Sus cejas subieron un milímetro. Y en sus ojos encontré… fuego.

—Según nuestro pacto, el sexo viene después de haber firmado el acuerdo —dijo él, con la voz grave.

—Ha dicho que lo firmaría.

—Pero aún no hay nada sobre el papel.

Bufé. Me separé un paso.

—Bueno, pues supongo que me voy —murmuré, frustrada, girándome hacia la puerta.

Pero no llegué.

Me agarró de la muñeca. Firme. Seguro.

Y tiró de mí hacia él en un solo movimiento.

—Aunque… como has sido buena —susurró junto a mi oído—, quizá pueda darte algún adelanto.

Su boca rozó la mía. Sin besarla. Solo con esa amenaza deliciosa.

—¿Qué te parece un orgasmo como recompensa por tu brillante actuación? —susurró, tan cerca que sentí el roce de sus labios al hablar.

Tragué saliva. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Piernas flojas. Piel encendida. Calor bajando directo al centro.

—¿Solo uno? —dije, alzando la barbilla.

—¿Quieres más? Eso suena avaricioso.

—Tres años sin sexo, ¿recuerdas?

Blake sonrió, ladeando la cabeza, como si estuviera valorando el desafío.

—Uno me parece pago más que justo por una buena actuación.

Y sin darme tiempo a responder, me agarró de la cintura, y me empotró contra la pared. Mi espalda chocó con el muro y, antes de que pudiera procesarlo, su boca ya estaba sobre la mía.

Me besó con lengua. Con hambre. Con rabia contenida.

Me agarró con fuerza por las caderas mientras su lengua se abría paso en mi boca, profunda, decidida, como si quisiera saborearme desde dentro.

Le respondí igual, tirando de su camisa, presionándome más contra él.

Entonces lo sentí.

Su erección.

Dura. Presionando entre mis piernas. Justo en el centro. Justo donde la humedad empezaba a empapar mis bragas.

Me frotó contra ella con un movimiento lento, descarado.

Gemí dentro de su boca.

Él gruñó en la mía.

Abandonó mis labios y empezó a bajar por mi cuerpo, besando cada centímetro de piel que encontraba a su paso.

Cuando llegó a mi cuello, mordió suavemente, lo justo para hacerme temblar.

Después bajó un poco más.

Se detuvo frente a mis pechos.

Frotó su rostro contra ellos por encima del vestido, como si necesitara memorizar su forma, su peso, su calor. Su respiración quemaba a través de la tela.

Yo no podía moverme.

Solo tenía fuerza para aferrarme a su nuca, mantenerme en pie… y no suplicar.

Blake levantó la vista, con esa mirada entre peligrosa y adictiva.

Y sin apartar los ojos de los míos, se fue arrodillando lentamente delante de mí

Mis pulmones dejaron de funcionar.

Sus manos subieron despacio por mis muslos, hasta alcanzarme las caderas.

Y entonces empezó a subirme el vestido.

Centímetro a centímetro.

Como quien destapa un regalo que lleva demasiado tiempo esperando abrir.

Lento. Con las manos firmes. Rozando mi piel a propósito, como si cada tramo descubierto fuera un privilegio.

Yo tenía la respiración descontrolada.

Las piernas temblándome.

El corazón golpeando tan fuerte que me retumbaba en los oídos.

Cuando el vestido llegó a mis caderas, se detuvo.

Me miró desde abajo y tras una sonrisa ladeada y lenta, acercó su rostro a mi sexo. El aliento caliente sobre la tela me arrancó un gemido bajo.

Luego, su boca rozó por encima de las braguitas. Un roce húmedo, descarado, que me hizo aferrarme a la pared como si el suelo se estuviera abriendo bajo mis pies.

—Estás empapada —susurró, su voz grave vibrando contra mí.

Entonces bajó la tela con calma. Sin prisas. Dejándome al descubierto. Expuesta. Y completamente a su merced.

Su mirada subió hasta la mía mientras se acomodaba entre mis piernas. Y su sonrisa se volvió aún más oscura.

Sin dejar de mirarme, acercó su boca a mi centro y su lengua recorrió mi hendidura hasta alcanzar mi clítoris. Gemí al instante, encorvándome contra la pared.

Blake no se apartó.

Ni un segundo.

Me sostuvo por las caderas y usó su lengua de nuevo, moviéndola sobre mi centro de placer en círculos suaves, calculados, como si tuviera todo el tiempo del mundo para volverme loca.

Cerré los ojos.

Un gemido me escapó sin permiso.

El calor se me acumuló entre las piernas, subiendo como una ola imposible de frenar.

—Blake… —susurré, sin reconocer ni mi propia voz.

Él no respondió.

Solo siguió, lamiendo,

Su lengua trazó círculos más firmes, más lentos, combinando lamidas con pequeñas succiones que me arrancaban espasmos de placer cada vez que atrapaba mi clítoris entre sus labios.

No dejaba de mirarme.

Desde abajo.

Con esa intensidad suya que me atravesaba entera.

—Joder… —gemí, con la frente apoyada contra la pared, el cuerpo temblando.

Cada movimiento suyo era más preciso. Más sucio. Más adictivo.

Como si no solo quisiera hacerme correr.

Y entonces lo hizo.

Mientras su lengua seguía trabajando con esa maldita perfección, sentí cómo sus dedos se deslizaban entre mis piernas.

Uno primero. Luego otro.

Me abrió con cuidado, con seguridad.

El contraste me volvió loca.

Su boca arriba. Sus dedos dentro. Todo él concentrado en mí, como si mi placer fuera su única prioridad.

Mi cuerpo reaccionó sin filtro.

Moví las caderas, buscando más.

Más presión. Más ritmo. Más Blake.

Y él me lo dio. Todo.

Sin pedir nada a cambio. Solo mi rendición.

Sentí cómo el calor se acumulaba, cómo el mundo se encogía hasta convertirse solo en eso: su lengua, sus dedos, mi cuerpo al borde. Y entonces me rompí.

El orgasmo me atravesó como un latigazo dulce, intenso, imparable. Las piernas me fallaron. El pecho subía y bajaba sin control.

Y de mi boca salió un gemido ahogado que ni siquiera reconocí como mío.

Me dejé caer contra la pared, jadeando, aún temblando.

Blake se incorporó despacio, con los ojos fijos en los míos y los labios brillando con mi placer.

—¿Contenta con tu recompensa?

Tragué saliva. Apenas podía hablar.

—Si eso era un adelanto… —susurré, mirándole a los labios—, no quiero imaginar el trato completo.

Me relamí despacio, aún sin aliento, y bajé la mirada.

Su erección era imposible de ignorar.

Marcaba la tela de su pantalón como una promesa.

Grande. Presente. Exigiendo atención.

Instintivamente, llevé la mano hacia allí, queriendo tocarlo, acariciarlo, devolverle aunque fuera una parte de lo que me acababa de hacer.

Pero antes de llegar, me detuvo.

Me sujetó la muñeca con una sola mano, firme, sin brusquedad.

Y me clavó esa mirada suya que quemaba más que cualquier roce.

—Eso no entra dentro de la recompensa —murmuró, con esa sonrisa suya que mezclaba peligro y placer—. Vas a tener que esperar para eso.

Levanté la vista, incrédula.

—¿No quieres que te devuelva el favor?

—Oh, cielo… —dijo, inclinándose hasta dejar sus labios rozando los míos—, por supuesto que quiero. Pero lo que quiero… lo voy a cobrar con intereses.

Y se apartó.

Así. Como si no acabara de dejarme ardiendo.

Como si no supiera que acababa de convertir esa espera… en una tortura deliciosa.

## 14

### Blake

# LO POCO QUE ME QUEDA



El silencio volvió en cuanto la puerta se cerró detrás de Valeria. Ni una palabra de despedida. Solo una última mirada. De esas que te arañan por dentro.

Me quedé ahí, apoyado en el marco, con el cuerpo aún tenso y el olor de ella pegado a mi piel. Aún podía saborearla.

Y sin embargo, lo único que sentía era vacío.

Porque algo había cambiado. Y no sabía cómo gestionarlo.

Fui hasta la cocina y me serví un whisky sin hielo. Apoyé los codos en la encimera, la copa entre las manos, y entonces, sin buscarlo, el recuerdo de una mujer del pasado volvió a mí.

Maeve.

Joder, hacía tiempo que no pensaba en su nombre en voz alta.

Pero la Navidad siempre conseguía eso. Remover lo que creías enterrado. Y más en su caso. Ella fue la culpable de que dejara de creer en el amor y en la Navidad al mismo tiempo.

Pero desde que Valeria se había colado en mi vida, las cosas habían empezado a cambiar.

Hacía pocos días, y, sin embargo, ya notaba cómo todo se desplazaba dentro de mí.

Como si algo que llevaba años congelado empezara, sin querer, a descongelarse.

Ella había traído de nuevo la Navidad en mi piso, esa Navidad que de pequeño me fascinaba y que hasta cinco años atrás, seguía amando. Sino que además, había hecho que por primera vez desde entonces sintiera interés por otra mujer.

No era que me estuviera enamorando. No era tonto. No era amor. Pero… tenía una extraña intuición.

Ese tipo de intuición que te persigue cuando entras en un sitio por primera vez y todo en ti dice que ese lugar es seguro, aunque no puedas explicarlo.

Esa sensación en el pecho.

Quizás fuera por su espontaneidad, por su sinceridad, por su seguridad. O porque fuera preciosa, exuberante y completamente ajena al efecto que causaba.

Fuera lo que fuera, me estaba volviendo loco en muy poco tiempo. Y sabía que ese tipo de locura podía ser peligrosa. Porque ese tipo de locura puede llegar y arrasar con todo. Destrozarte por dentro.

Tenía que tener cuidado. No debía olvidar que lo nuestro era un pacto.

Una relación fingida a cambio de un ascenso, vacaciones y sexo. Sexo sin compromiso. Sexo que no podía dejar huella. Aunque, en ese momento, con su sabor aún en mi lengua y su olor en mi piel, me costaba recordarlo.

Fuera como fuera una cosa estaba clara.

Nunca volvería a caer en los tentáculos del amor.

Nunca iba a dejar que nadie me destrozara y me robara otra parte importante de mí mismo.

Porque Maeve se había llevado con ella la Navidad.

Y no podía dejar que otra mujer me arrebatara lo poco que me quedaba.

## 15

### Valeria

# QUIERO QUE SEA DE VERDAD



—¿Qué? ¿Te vas de vacaciones a Vermont con Blake para contentar al inversionista español? —preguntó Kayla, deteniéndose de pronto en medio de la calle.

Era domingo y estábamos caminando por la Quinta Avenida, con los abrigos hasta las orejas, bufandas, gorros y botas peludas. En la tele habían dicho que nevaría, y ninguna de las dos quería perderse la estampa del centro de Manhattan nevado.

Como buenas frikis de la Navidad, habíamos quedado para dar un paseo entre luces de colores y patinar en el Rockefeller Center.

Hasta que abrí la boca y se me fue de las manos.

—¿Puedes no gritarlo como si estuviera traficando con órganos?

—Tía, es que una cosa es fingir que eres novia de tu jefe durante una cena y la otra es hacerlo durante dos días seguidos en una cabaña en Vermont. ¡Con nieve, fuego y edredones de plumas! ¿Sabes lo que pasa en las cabañas con edredones de plumas?

—¿Se duerme?

—Se folla. Se folla mucho. Eso es lo que pasa.

Hice una mueca.

—Pues ojalá fuera verdad, pero lo dudo, porque Blake se niega a follarme hasta que Álvaro firme el maldito acuerdo.

—A lo mejor te da otra de sus recompensas —dijo Kayla, alzando las cejas con malicia.

—Creo que a estas alturas no me vale con una recompensa solo.

—Entonces sedúcelo.

—¿Cómo?

—Eres una mujer sexy, guapa y de sangre caliente, o eso dicen de los españoles. Aprovéchalo a tu favor.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.

—¿No iba a nevar hoy, por cierto? —pregunté, mirando al cielo.

—Sí, pero no especificaron *cuándo*. Puede ser dentro de diez minutos… o dentro de tres horas.

—Genial. Otra promesa indeterminada.

Kayla se echó a reír.

—¿Te apetece un café? —dijo señalando uno de los puestos callejeros. El típico con luces rojas, olor a canela y un cartel que decía *Hot cocoa & espresso — homemade style*.

—Sí, venga. Uno bien caliente.

Nos pusimos en la cola, justo detrás de dos hombres que estaban pidiendo los suyos. La risa de uno de ellos me sonó. Grave. Con ese deje irónico que ya conocía de memoria.

No… no podía ser.

Kayla se giró levemente hacia mí, sin moverse apenas los labios.

—Dime que no son quien creo que son… —susurró.

No sé si la escucharon o si sintieron nuestras pupilas fijas en sus nucas, pero justo en ese momento, se giraron.

Blake y Ethan.

Blake fue el primero en clavarme la mirada. Fría. Precisa. Letal.

Ethan tardó un segundo más, pero cuando nos reconoció, sonrió como si acabara de encontrarse un billete de cien en mitad de la calle.

—Vaya, vaya… —dijo, dándole un codazo a su hermano—. Mirad quién tenemos aquí, a tu novia secreta y su cómplice favorita.

El tipo del puesto les tendió los cafés. Ethan lo cogió con una sonrisa. Blake sin apartar los ojos de mí.

Kayla y yo dimos un paso adelante y pedimos los nuestros. Mientras el hombre servía, Kayla giró la cabeza hacia Ethan, sonriente.

—¿Qué hacéis por aquí? No me digas que los Prescott también queríais ver la nieve como si fuera la primera vez.

Ethan se encogió de hombros, dándole un sorbo a su café.

—Reconozco que ha sido idea mía. Blake estaba trabajando en la oficina y, cuando me he enterado, he ido a su despacho a sacarlo a rastras. Literalmente.

—No ha sido literal —murmuró Blake, sin despegar la mirada de mí.

—Ha estado cerca —replicó Ethan—. Estaba en modo Grinch extremo, con el ceño fruncido y la mandíbula tan tensa que parecía que iba a romper el teclado con la barbilla.

Kayla se echó a reír.

—Agradezco no ser su secretaria. No quiero morirme de un infarto cada vez que entra en una sala.

—Lucy está inmunizada —dijo Blake, dándole un sorbo al café sin dejar de mirarme—. Aunque a veces amenaza con jubilarse antes de tiempo si sigo frunciendo el ceño.

—Yo también lo haría —dijo Kayla—. Ese ceño tuyo podría tener su propia línea de defensa antimisiles

El tipo del puesto nos entregó nuestros cafés y los cuatro nos hicimos a un lado para dejar que la cola siguiera avanzando.

—¿Y vosotras? ¿Dónde vais ahora? —preguntó Ethan.

Kayla abrió la boca.

Yo, en milésimas de segundo, le lancé una mirada asesina, un leve movimiento de cabeza y un gesto con la mano que, en idioma no verbal, decía «ni se te ocurra decirlo».

Pero no sirvió de nada.

—A patinar en el Rockefeller —dijo ella, feliz—. Es una actividad estupenda para hacer en domingo. ¿Os apuntáis?

Iba a matarla.

Kayla me lanzó una sonrisita como si acabara de salvar el mundo. Yo, en cambio, ya me imaginaba resbalando delante de Blake y partiéndome una pierna. O la dignidad.

Blake levantó una ceja e hizo amago de responder con una negación, pero Ethan se le adelantó.

—¡Hecho! —dijo, como si le hubieran ofrecido entradas para la Super Bowl—. Estuve en el equipo de hockey hielo durante el instituto. Hace mucho que no practico.

—Te pasabas más tiempo en el banquillo que en la pista —soltó Blake, sin pestañear.

—Tecnicismos.

—Yo paso —dijo Blake entonces, muy tranquilo, como quien ya ha tomado la decisión y punto.

—No, tú te vienes —respondió Ethan, dándole un codazo—. No voy a dejar que vuelvas a encerrarte en la oficina como un amargado. Te irá bien ejercitarte un poco. Además, está Valeria. Podéis… ensayar para cuando estéis en Vermont. Ya sabes, parejas reales hacen cosas reales.

Y sin comerlo ni beberlo, terminamos los cuatro en la pista de patinaje del Rockefeller.

Luces por todas partes, villancicos sonando por los altavoces, niños chillando, parejas cogidas de la mano y ese frío seco que te corta la cara pero te hace sentir viva.

Aún no nevaba, pero el cielo estaba cargado, como si estuviera a punto de hacerlo. Como si el universo solo estuviera esperando el momento exacto para dejar caer el telón blanco.

Yo me sentía dentro de una película. Una de esas que huelen a canela, suenan a jazz suave y acaban con un beso bajo la nieve… o un polvo en una cabaña con chimenea.

Y Blake, caminando a mi lado con el ceño medio fruncido y las manos en los bolsillos, parecía sacado directamente del cartel.

—¿No hay demasiada gente? —murmuró, mirando la pista como si lo fueran a lanzar a una jaula con leones.

—¿Bromeas? Es Navidad, estamos en Manhattan. Lo raro sería que no hubiera gente.

Nos acercamos al borde de la pista. El hielo brillaba bajo las luces. Nos sentamos en un banco largo, todos alineados. Empecé a

ponerme los patines mientras Kayla se subía la cremallera de la chaqueta con una sonrisa sospechosa.

—No quiero presumir —dijo, ajustándose el gorro—, pero hace años fui patinadora artística.

—¿En serio? —preguntó Ethan, levantando una ceja.

—Nivel competiciones regionales. Mi madre quería que fuera la nueva Sonia Lafuente. A mí solo me gustaba competir por el vestuario.

—Eso suena a reto —respondió él, atándose el último cordón.

Kayla lo miró con cara de «te vas a arrepentir».

—¿Hacemos una carrera hasta el otro lado?

—Cuando quieras.

Y sin esperar respuesta, Ethan se puso en pie, se lanzó a la pista y salió disparado como si lo persiguiera un reno cabreado.

Kayla fue detrás, elegante como una pro. En dos segundos lo alcanzó, lo adelantó y lo dejó con cara de «joder, no me lo esperaba» mientras ella giraba sobre sí misma en el centro del hielo.

—¿Qué coño…? —dije, alucinada.

—Tiene pinta de que te va a dar vergüenza ajena salir después de eso —comentó Blake, atándose el último patín.

—¿Acaso tú estás en disposición de juzgar a alguien? —repliqué —. Aún no te he visto dar ni un paso.

—Porque estoy esperando a que me aplaudan antes de entrar.

—Claro. Seguro que el hielo tiembla al verte —murmuré, irónica.

Me miró con esa sonrisa suya de medio lado.

Letal. Chula. Arrogante.

—Hay algo que Ethan no ha dicho —dijo, ajustándose los guantes con tranquilidad—. Yo era el capitán del equipo de hockey en el que participaba. Y no era de los que se quedaba en el banquillo.

Y sin darme tiempo a responder, salió al hielo. Así. Tranquilo. Silencioso. Como si la pista lo reconociera y se abriera para él. Y entonces patinó.

Giró una vez, empujando con fuerza.

Recorrió media pista sin esfuerzo.

Y cuando frenó, lo hizo con una precisión que me dejó la boca abierta.

Una pierna adelantada, hielo levantado por el frenazo, y el puto abrigo ondeando detrás como si le hubieran coreografiado la escena.

—Joder… —susurré, con la boca entreabierta.

Estaba espectacular.

No solo porque lo hacía bien.

Sino porque lo hacía con esa mezcla de control, fuerza y cabronería sexy que parecía su deporte natural.

Volvió la vista hacia mí.

—¿Vas a venir o vas a quedarte ahí mirándome toda la tarde? —gritó, sin dejar de moverse.

Inspiré hondo. Una vez. Dos.

Y puse el primer pie sobre el hielo.

Error.

El suelo resbalaba más de lo que había imaginado. Mi otro pie tembló al apoyarse.

Sentí el desequilibrio desde el tobillo hasta la dignidad.

—Mierda…

—No mires al suelo —dijo Blake, acercándose con una calma desesperante—. Mira al frente. Las piernas un poco flexionadas. No bloquees las rodillas.

—Estoy bloqueando hasta el cerebro —mascullé.

Él ya estaba delante de mí.

Perfecto, estable, con las manos en los bolsillos como si estuviera pisando cemento.

—No te inclines hacia atrás. Mantén el centro de gravedad. Es física básica.

—¿Física básica? ¿Tú crees que ahora mismo estoy para clases teóricas de física? —resoplé, dando un paso en falso que casi me lanza al suelo—. Nunca he hecho esto. Y Kayla prometió enseñarme.

—Kayla está compitiendo en los Juegos Olímpicos con Ethan —respondió Blake, mirando al fondo de la pista donde ambos hacían carreras y giros como si les fuera la vida en ello—. Está bien, supongo que no me queda más remedio que ocupar su lugar.

—¿Qué? —pregunté, con los ojos como platos.

—Voy a enseñarte a patinar —dijo él, muy serio. Como si estuviera anunciando que me iba a operar del corazón, no a evitar que me partiera los dientes en público.

—¿Tú?

—Sí. Yo.

—No creo que sea buena idea —dije, mirando sus manos extendidas como si me ofreciera una granada sin espoleta.

Blake no se inmutó.

—¿Por qué?

No le podía decir la verdad. Que dudaba que pudiera pensar estando él cerca. Que mi cuerpo se volvía aún más torpe si sus manos me tocaban. Que el único centro de gravedad que reconocía últimamente estaba entre sus cejas y su sonrisa torcida.

Así que acabé asintiendo.

Cogí sus manos. Y fue como agarrarme a una corriente cálida en mitad de una tormenta.

Sus dedos se cerraron sobre los míos, firmes, seguros.

Y tiró suavemente de mí, un paso. Otro.

Mi equilibrio seguía siendo una broma, pero él no soltaba.

Y eso bastaba.

—Así —murmuró, sin dejar de mirarme—. Paso corto. No mires al suelo. Confía en mí.

Y poco a poco, fui haciéndolo mejor.

No era gracioso. Ni elegante. Pero con él guiándome, sujetándome cada vez que dudaba, empecé a avanzar. A moverme.

Nos reíamos. Mucho.

Él murmuraba cosas al oído solo para desconcentrarme.

Yo le empujaba flojo cuando se acercaba demasiado, sabiendo que en realidad no quería que se alejara.

Kayla y Ethan seguían dándolo todo. Competían como si estuvieran en la final de un reality. Se picaban. Se reían. Se empujaban.

Yo ya no sentía el frío.

Solo sus manos. Su voz. Su risa baja cada vez que deslizaba mejor de lo que él esperaba.

El corazón me latía rápido, inesperado.

Como si aquello no hubiera sido un encuentro casual.

Como si estuviéramos en una cita.

Como si Blake fuera un hombre del que pudiera enamorarme.

No mi jefe. No el CEO inaccesible con trajes de mil dólares y mirada de acero.

Sino un tío que me agarraba de la cintura cuando perdía el equilibrio, que me susurraba cosas al oído solo para verme sonreír, que me miraba como si me conociera de toda la vida… y como si quisiera conocerme aún más.

—Por cierto —dijo entonces Blake, bajando un poco el tono mientras me sujetaba de la mano—. Ayer me escribió Álvaro.

—¿Y?

—Quiere que nos veamos este jueves al mediodía. Ha reservado una mesa en un restaurante de Stowe, en el centro del pueblo.

—¿Stowe?

—Vermont en estado puro. Montañas, cabañas, nieve y gente que se saluda como si se conociera de toda la vida.

—Suena... idílico.

—Eso piensa él. También ha reservado dos cabañas. Una para ellos y otra para nosotros. Cama de matrimonio incluida. Supongo que pensará que dormimos abrazados, y pijamas a juego.

—Qué adorable —murmuré. Aunque por dentro… no estaba tan segura de si me hacía más gracia, vértigo… o ganas.

Y en medio de ese pensamiento tan inoportuno, ocurrió algo.

Empezó a nevar.

Primero fue suave. Casi invisible.

Pero luego, de repente, como si alguien allá arriba hubiese apretado un botón, empezaron a caer copos grandes, blancos, perfectos.

Auténticos.

Navidad en directo.

—¡Está nevando! —exclamé, con una risa que me salió sola. Instintiva. De esas que no se piensan ni se controlan.

Di un par de palmadas, como una niña emocionada, levantando la cara al cielo, dejando que los copos me rozaran las mejillas.

Y entonces pillé a Blake mirándome. Como si yo fuera la cosa más bonita que le había pasado en semanas. Y eso me descolocó.

—¿Por qué me miras así?

—Solo pensaba en lo mucho que me gusta esto.

No sabía si hablaba del patinaje, de la nieve o de mí. No quise preguntar. Miré al cielo y empecé a dar saltitos sobre mis patines, torpes pero felices, intentando atrapar un copo de nieve con la palma abierta.

—Una vez alguien me dijo que si atrapas un copo antes de que toque el suelo… puedes pedirle un deseo.

Sentí su presencia detrás de mí antes de verlo.

Blake estaba cerca, demasiado cerca. Y entonces me cogió de las manos.

Las suyas envolvieron las mías por encima, cálidas incluso con los guantes puestos.

Y, sin decir nada, movió mis brazos suavemente, guiándome hacia arriba, al ritmo de los copos que caían.

—Así —murmuró, junto a mi oído.

Su voz era baja. Grave. Íntima. Y ese simple gesto, ese juego inocente, se convirtió en algo más.

Yo sonreí y me mordí el labio. Dejé que él manejara mis movimientos.

Y entonces una cayó justo en mi palma. Antes de que se derritiera, cerré las manos y pedí mi deseo.

*Quiero que deje de ser un trato. Quiero que sea de verdad.*

Sentí a Blake detrás de mí, tan cerca que su pecho rozaba mi espalda cada vez que respiraba.

—¿Lo has pedido? —susurró.

Asentí, sin girarme.

—Sí.

—¿Y vas a decirme de que trata tu deseo?

—No. Si lo digo, no se cumple.

Silencio.

Solo el sonido suave de los copos cayendo, de los patines cortando el hielo a lo lejos, y su respiración cerca de mi cuello.

—Espero que sea lo mismo que habría pedido yo —murmuró, tan bajo que casi no lo oí.

Me giré despacio, sin soltar sus manos. Nuestros rostros estaban a centímetros. El mundo alrededor parecía congelado.

—¿Y qué habrías pedido tú?

Blake me miró, serio, como si fuera a decírmelo de verdad, pero no le dio tiempo.

—¡Está nevando, está nevando! —gritó Kayla, apareciendo de la nada, con los ojos brillando y el gorro torcido.

Me abrazó por detrás con tanta fuerza que casi me saca volando, y sin darme opción a responder, me cogió de la mano y empezó a tirar de mí por la pista.

—¡Vamos, vamos! ¡Tienes que ver cómo se ve desde el centro! ¡Es mágico!

—Kayla, espera, que me matas…

—¡Calla y corre!

Mientras me alejaba de Blake, aún medio girada, lo vi allí de pie.

Mirándome.

Con la misma expresión que antes.

Y mientras Kayla me arrastraba entre la nieve y las luces, con la risa en la garganta y el corazón latiéndome en los oídos, solo podía pensar en una cosa: estaba jodidamente perdiendo el control.

**16**

**Valeria**

# EQUIPAJE CON VIBRADOR INCLUIDO



Estaba preparando la mochila para la escapada a Vermont del día siguiente con villancicos de fondo. Desde el salón me llegaban las luces parpadeantes de Bruce. Y entonces sonó el móvil.

Lo cogí sin dejar de doblar ropa y vi que era una videollamada de WhatsApp de mi madre.

Suspiré, me senté en la cama y deslicé para contestar.

—¡Hola! —dije, intentando sonar más animada de lo que estaba.

—¡Valeria, hija! —aparecieron todos de golpe en la pantalla—. Por fin respondes, llevo días intentando hablar contigo. Encima que no vienes por Navidad, vas y desapareces! —soltó mi madre, con ese tono que combinaba reproche con preocupación.

—Mamá, estoy bien —respondí, en un suspiro—. Solo he estado liada con el trabajo, ya sabes.

—¿Seguro que has estado liada con el trabajo o con otras cosas? —preguntó mi hermano con una sonrisilla desconfiada.

—Gael —dije, fulminándolo con la mirada—. ¿Puedes no hablar cinco minutos?

—¿Qué? Solo pregunto. Porque hay una diferencia entre trabajar y sexo salvaje —dijo encogiéndose de hombros, como si fuera un comentarista neutral.

—¡Gael, por Dios! —saltó mamá, dándole un manotazo en el brazo—. ¡No seas cerdo!

—Lo que no entiendo es por qué tanto misterio —siguió él, ignorando la colleja—. Si tienes novio, dilo. Si no, también. Pero es obvio que no vienes por Navidad por algo más que una urgencia en el trabajo. Vamos, Valeria, que ni tú te crees esa excusa.

Suspiré, cerrando los ojos un segundo.

—Gael, no tengo nada que esconder —mentí como una profesional—. Ha salido un proyecto importante de última hora. Ya está. ¿Por eso me habéis llamado? ¿Para someterme a un interrogatorio familiar en directo? Porque si es así, la próxima vez no contesto.

—No te pongas a la defensiva —dijo mamá, levantando las manos en gesto de paz—. Solo te echamos de menos, hija. Y si encima estás rara, y no vienes por Navidad, pues es normal que nos preocupemos.

—A ver, cariño —intervino de pronto la abuela Rosario, dejando la taza que tenía en las manos sobre la mesa con un golpe seco—. Lo que a todos nos preocupa pero nadie se atreve a preguntar en voz alta es… ¿no vienes por Diego?

El silencio fue tan absoluto que hasta el gato de mi madre dejó de lamerse.

—¿Perdón? —pregunté, como si no hubiera entendido bien. Aunque lo había entendido perfectamente.

—Diego, sí. El ex. El del anillo, las invitaciones y la huida cobarde —continuó la abuela, sin filtros ni anestesia—. El que te dejó con el vestido comprado y la autoestima por los suelos. Ese. ¿No será que no vienes porque no quieres cruzártelo?

—Abuela…

—Sabemos que está preguntando por ti. El otro día llamó a Gael intentando convencerlo para que mediara entre vosotros —terminó la abuela Rosario, como si soltara una bomba y se quedara tan ancha—. Que si «solo quiere hablar», que si «necesita cerrar ciclos», que si «todavía piensa en ti». Un poema, hija.

—¡¿Cómo?! —exclamé, mirando a Gael—. ¿Es verdad?

Él puso cara de pillado, como si no esperara que lo delatara su propia abuela.

—A ver… sí. Me llamó. Pero no le hice ni puto caso —dijo, encogiéndose de hombros—. Le dije que no era su buzón de redención. Y que si quería hablar contigo, que tuviera lo que no tuvo hace tres años: cojones.

—Bien dicho —apuntó papá, como si eso fuera suficiente para cerrar el tema.

—¿Y cuándo ocurrió eso? —pregunté, entornando los ojos.

—Hace cuatro días —respondió Gael, bajando la mirada un segundo.

—¿Cuatro días? —repetí, alucinando—. ¿Y decidisteis que lo mejor era ocultármelo? ¿En serio?

—No lo ocultamos —dijo mamá, intentando calmar las aguas—. Solo… nos preocupaba que ese fuera la razón por la que no quisieras regresar a Madrid.

—¿Y si lo fuera? —disparé, alzando una ceja—. ¿No sería precisamente una razón para contármelo, y no para callároslo?

—Valeria, cariño… —intervino papá, con ese tono conciliador que solo usaba cuando veía venir tormenta—. No queríamos remover nada. Pensamos que si tú no habías dicho nada sobre Diego, era porque no querías hablar sobre el tema.

Bufé, pasándome la mano por el pelo, sin poder evitar el tono cortante:

—Vale, sí, Diego ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Pero no, *ese no es el motivo* por el que no regreso en Navidad. Ni tampoco que tenga novio. Es por trabajo, de verdad. Además, con un poco de suerte consiga estar ahí antes de Año Nuevo para pasar los Reyes con vosotros.

—Oh, mierda… eso significa que *otro año más* te vas a quedar con el rey del roscón —se quejó Gael, cruzándose de brazos como si le acabaran de anunciar una tragedia nacional.

—¿En serio estás llorando por una figurita de porcelana? —dije, poniendo los ojos en blanco.

—No es solo una figurita, Valeria. Es *mi honor familiar*. Llevo siete años seguidos quedándome con el haba. ¿Sabes lo que es eso? Siete años pagando el puto roscón. Estoy maldito.

—Lo que estás es amargado —respondió papá desde el fondo—. A ver si este año te toca pagar el champán también, así completas el combo.

—¡Joder, papá! Qué poco apoyo paternal.

—Apoyo tendrás el día que traigas tú el postre sin que lo encargue mamá.

—¿Veis? Esto es lo que me pierdo —dije, riendo—. Broncas absurdas por roscones y drama navideño del bueno.

Sonreí, aún con la risa en los labios, pero entonces me di cuenta del cambio. La expresión de la abuela Rosario era ligeramente distinta.

—¿Eso que tienes sobre la cama es una maleta? —preguntó, ladeando un poco la cabeza—. ¿Es que te vas a alguna parte?

El silencio cayó de golpe. Todos en la pantalla miraron hacia el punto que señalaba la abuela, al fondo, donde se veía la maleta abierta.

Mierda.

—Eh… —tragué saliva—. Sí. Mañana salgo de viaje.

—¿De trabajo? —preguntó mamá.

—Sí.

—¿Dónde? No nos habías dicho nada.

—Vermont —respondí, después de un par de segundos de silencio.

—¿Vermont? —repitió Gael, como si hubiera dicho que me iba a Marte—. ¿Qué coño hay en Vermont además de nieve y cabañas?

—Reuniones —mentí con la misma convicción que una concursante en la final de MasterChef—. Con un inversor importante. Solo serán un par de días.

—¿Y qué pinta una junior de marketing en una reunión con un inversor? —preguntó Gael, cruzándose de brazos como si fuera fiscal de juicio rápido.

Le lancé una mirada afilada, pero contesté sin pestañear:

—Supongo que es raro para ti imaginar a una mujer aportando algo en una sala llena de trajes, ¿eh?

—Joder, vale, vale… qué carácter —dijo Gael, alzando las manos como si me estuviera apuntando con una pistola—. Solo era una pregunta.

—Pues formúlala con menos condescendencia la próxima vez —repliqué—. Y ahora os dejo, tengo que terminar de preparar el equipaje para mañana.

—No olvides las bragas térmicas, dicen que en Vermont hace frío —dijo Gael.

Después de un par de comentarios más, todos gritados a la vez, y con mi madre repitiéndome por quinta vez que llevara ibuprofeno y calcetines de repuesto, colgué.

Me dejé caer boca arriba en la cama con un suspiro largo.

Adoraba a mi familia. De verdad. Eran mi cable a tierra, mi refugio, mi caos favorito.

Pero también eran *agotadores*.

Me quedé unos segundos mirando el techo, en silencio, dejando que el zumbido de la ciudad al otro lado de la ventana me vaciara la cabeza. Y luego me incorporé, me até el pelo en un moño deshecho y me obligué a volver a la maleta.

Tenía que acabarla. Mañana salíamos temprano.

Abrí el cajón de la ropa interior.

Suspiré.

Vale. Llevaba tres años sin acostarme con nadie. Y no creía que Blake fuera a tocarme más allá de una caricia para disimular delante de Álvaro Jiménez. Así que  metí un par de bragas cómodas. Las de algodón, las de estar tirada en el sofá sin presión estética. Sujetadores básicos, sin encajes, sin intención.

Y justo cuando iba a cerrar el cajón, dudé.

Lo abrí otra vez.

Añadí a la selección un conjunto negro. De encaje. Con transparencias. Uno que llevaba siglos sin estrenar. Y después, otro. Rojo. Más atrevido. A juego con mi pinta de «yo no planeo nada, pero si pasa, estoy lista».

—Por si acaso… —murmuré, sin mirarme al espejo.

Y entonces, me giré hacia el armario.

Saqué la caja blanca que seguía guardando desde hace unos días, metida al fondo, bien cerrada.

Los juguetes.

El succionador. El vibrador. El que tenía mando.

Si iba a pasar dos días encerrada con Blake en un paraíso nevado, más me valía ir preparada para auto regalarme unos cuantos orgasmos aunque fuera encerrada en el baño.

Guardé la caja en la maleta, cerré la cremallera y me quedé mirando el árbol desde la cama. Bruce parpadeaba en silencio. Y mis pensamientos daban vueltas y vueltas en un mismo punto.

Blake y yo patinando juntos en el Rockefeller, sus manos en las mías, su forma de mirarme, su voz en mi oído, sus dedos guiándome para que pudiera atrapar un copo de nieve.

Eso no fue fingido.

Eso no era parte del trato.

Era él.

Y yo.

Sin guion. Sin excusas.

Y daba miedo. Mucho miedo.

**17**

**Blake**

# FINGIMOS MUY BIEN. DEMASIADO BIEN



Aparqué frente al edificio de Valeria a las siete en punto. Teníamos cinco horas por delante hasta Vermont, si el tráfico no se ponía capullo, y Álvaro y su esposa nos esperaban para almorzar.

Miré hacia la puerta. Aún no había salido.

Suspiré. Me recosté en el asiento.

¿En qué momento acepté pasar dos días metido en una cabaña con una mujer con la que no podía follar… todavía? Porque sí. Tenía claro que Valeria estaba en mi cabeza más de lo necesario.

Esos días en la oficina habían sido complicados.

Cada vez que la encontraba por los pasillos, tenía tentaciones de cogerla del brazo y encerrarla en mi despacho para subirle la falda y follármela sobre la mesa.

Pero me aguantaba. Porque era idiota. A esas alturas estaba claro que Álvaro acabaría firmando el puto acuerdo. Entonces, ¿por qué esperar?

Fijé la mirada en la puerta de su edificio y, entonces, esta se abrió. Ahí estaba.

Vaqueros ajustados. Jersey blanco de cuello alto. Abrigo beige. Botas hasta la rodilla. El pelo suelto, brillando bajo las primeras luces del alba. Y una maleta roja que arrastraba como si no pesara nada.

Guapa de cojones.

Y lo peor era que no lo intentaba. No iba maquillada como para una cita. No llevaba tacones de vértigo ni escote de infarto. Iba sencilla. Cómoda. Natural.

Y aun así, me jodió el equilibrio.

Bajé del coche sin decir nada. Crucé la acera, le quité la maleta sin pedir permiso y abrí la puerta del copiloto.

—¿Lista? —pregunté.

—Para mentir con una sonrisa y dormir en una cabaña contigo sin tocarte… sí. Preparadísima.

Sonreí, sin responder.

Subió al coche. Yo metí su maleta en el maletero e hice lo propio.

Me senté al volante, cerré la puerta y giré la llave. El motor arrancó con ese sonido grave y perfecto que tenía ese coche desde el primer día. Subí la calefacción. Las ventanillas estaban empañadas. Afuera, Manhattan aún bostezaba.

Valeria se frotó las manos frente a la salida del aire.

—¿Puedo poner música? —preguntó.

—Claro —dije—. Puedes conectar tu móvil al coche si quieres y hacer de DJ.

—¿Te atreves a dejarme ese poder?

—Siempre que no pongas reguetón…

Valeria sonrió como si acabara de ganar una apuesta. Conectó su móvil por Bluetooth y, en cuanto hizo clic, sonó una campanita.

Luego un piano suave.

Y después… la voz de Mariah Carey.

«I don’t want a lot for Christmas…»

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Totalmente —respondió, ya marcando el ritmo con los dedos en el muslo—. Hay dos tipos de personas: las que niegan su amor por los villancicos… y las que se rinden a ellos sin resistirse.

—¿Y tú?

—Estoy en modo Navidad hardcore. A estas alturas, si pudiera, me pondría espumillón como bufanda.

—Y yo pensando que eras sexy…

—Cántala conmigo y prometo no subir el volumen.

—Ni borracho.

—Cobarde.

—Realista.

—¿Sabes que está científicamente demostrado que escuchar villancicos mejora el estado de ánimo?

—¿Sabes que está científicamente demostrado que esta canción me provoca ganas de tirarme por un puente?

Ella soltó una carcajada y subió medio punto el volumen.

Y cuando llegó el estribillo, lo cantó a gritos.

Mal. Fatal. Entonando como si estuviera sola en la ducha.

Y aun así…

Joder.

Sonaba a hogar.

***

Llegamos a Stowe sobre las doce y media.

El pueblo parecía sacado de una postal.

Casas de madera con tejados nevados, faroles encendidos aunque fuera de día, árboles decorados en cada esquina y humo saliendo de chimeneas como si la Navidad estuviera ensayando para una peli.

Todo era blanco.

Calles estrechas, limpias, con la nieve recién retirada y un silencio que no se parecía en nada a Manhattan.

Ni claxon, ni prisa, ni gente empujando.

Solo niños con gorros rojos, parejas paseando con tazas de café y escaparates con luces cálidas y calcetines colgados en vitrinas.

—¿Es legal que sea tan bonito? —murmuró Valeria, bajando un poco la ventanilla.

—Dudo que Vermont necesite licencia para ser cursi —respondí, girando hacia la entrada del complejo.

El cartel de madera decía Snow Valley Lodge. Letras talladas a mano, coronadas por una rama de pino y un lazo rojo. Juro que hasta el aire olía a galleta caliente.

Aparqué junto a la recepción, una cabaña grande con techos altos, chimenea encendida y música navideña sonando bajito desde dentro.

Valeria se ajustó el abrigo mientras salía del coche. El pelo le caía suelto sobre los hombros y tenía las mejillas rojas del calorcito interior mezclado con el frío de fuera. Estaba tan jodidamente guapa que tuve que recordar que no podíamos montárnoslo encima del mostrador de entrada.

Entramos.

Y ahí estaban.

Álvaro Jiménez, de pie junto a una mujer rubia de unos cuarenta y algo. Pelo recogido, abrigo azul marino, bufanda de cuadros y esa sonrisa amable que parece entrenada para cenas familiares y eventos de empresa.

—Blake —dijo Álvaro, avanzando con esa energía de político feliz —. Justo a tiempo.

Nos dimos la mano.

—Me alegra verte —respondí, sin perder el tono profesional—. Valeria también tenía muchas ganas de venir.

Ella dio un paso adelante y le tendió la mano con esa mezcla suya de elegancia y desparpajo.

—Gracias por invitarnos.

—Déjame presentarte a mi mujer —dijo él, girándose—. Esta es Claudia. Amor, ellos son Blake Prescott y su novia española, Valeria.

Claudia nos saludó con dos besos, como si ya fuéramos parte de la familia. Llevaba ese tipo de perfume floral que te hace pensar en jardines cuidados y cremas caras.

—Encantada —dijo, agarrando las manos de Valeria como si la conociera de toda la vida—. Álvaro me ha hablado tanto de ti… Tenía muchísimas ganas de conocerte.

—Espero que todo bueno —respondió Valeria, sonriendo con esa naturalidad suya que parecía ensayada pero no lo era—. O al menos... no demasiado malo.

Claudia rio.

Una risa tranquila. Educada. De esas que no rompen la armonía navideña.

—Solo cosas buenas —dijo, soltándole las manos—. Aunque después de conocerte en persona, me quedo con la impresión de que Álvaro se ha quedado corto.

Valeria ladeó la cabeza, encantadora.

Álvaro intervino, divertido.

—No os pongáis a elogiaros que luego me siento yo fuera de lugar. Vamos a hacer el check-in antes de que la recepcionista se quede dormida.

Nos acercamos al mostrador. Una chica con jersey de lana y moño alto nos sonrió como si lleváramos reservando allí veinte años. Álvaro gestionó todo en un par de frases y nos entregaron las llaves. Dos cabañas. Una para ellos. Una para nosotros.

—¿Qué os parece si dejamos las maletas y buscamos un sitio donde almorzar algo? —preguntó Álvaro caminando hacia la salida.

—Me parece una idea brillante —respondí yo.

Salimos al exterior.

La nieve crujía bajo las botas, fina pero compacta. El aire olía a madera, a humo de chimenea, a ese tipo de invierno que no existe en las grandes ciudades.

Nuestra cabaña estaba a pocos metros, separada por un caminito de piedra bordeado de luces pequeñas.

El techo cubierto de nieve, la puerta de madera oscura, y una corona colgada con un lazo rojo gigante.

Todo era tan perfecto que dolía.

Valeria caminaba delante de mí, tirando de su maleta.

El abrigo le marcaba la cintura. El vaquero le quedaba criminal.

Y yo no dejaba de pensar en lo que nos esperaba ahí dentro.

Una cama.

Dos noches.

Y una mentira… que cada vez parecía menos mentira.

Abrí la puerta y le hice un gesto para que entrara.

—Bienvenida a nuestro nidito de amor.

Valeria entró, miró alrededor y soltó un silbido suave.

—Guau. Este lugar es… una fantasía navideña con calefacción.

La cabaña parecía sacada de una peli de Hallmark.

Techos altos con vigas de madera vista, una chimenea de piedra encendida en una esquina, sofá de terciopelo color burdeos con mantas dobladas encima y una alfombra gruesa que cubría el suelo como si ahí nunca hiciera frío.

A la derecha, una cocina pequeña pero de revista, con armarios blancos, encimera de mármol y una cesta con galletas y tazas rojas sobre la isla.

Encima, un cartel de madera que decía *Warm wishes & hot cocoa.*

Y justo frente a la chimenea, una cama enorme, de esas con cabecero de forja, sábanas blancas impolutas y un edredón que parecía abrazarte con solo mirarlo. Ya me había hecho a la idea de que la compartiríamos, pero eso no lo hizo más sencillo de asimilar.

Y en medio de todo, por supuesto, un árbol de Navidad.

No muy grande, pero precioso. Frondoso, bien iluminado, con bolas rojas y doradas, pequeñas luces blancas, piñas de madera, estrellas de tela y un lazo gigante en la punta.

Debajo, un par de cajas envueltas solo por estética y una manta de cuadros rojos como base.

Sobre la repisa de la chimenea, más detalles: un par de calcetines colgados, una vela encendida con olor a canela y una guirnalda de pino que olía a invierno del bueno.

Valeria giró sobre sí misma en mitad del salón, con los brazos cruzados.

—Vale, oficialmente quiero mudarme a vivir aquí para siempre.

—Te aburrirías a la semana. Dudo que llegue el wifi en condiciones.

—Me da igual. Si puedo quedarme aquí, con este sofá, esa chimenea y ese árbol… me vale. No necesito más.

—¿Ah, no? —le lancé una mirada llena de descaro—. Quién diría que hace unos días parecías desesperada por la falta de sexo.

—Bueno, para eso tengo solución. Cuento en mi poder con un montón de juguetes que vibran y succionan.

—¿Los has traído?

—Quizá.

Se mordió el labio con una sonrisa pícara, como si acabara de soltar un secreto de estado. Y yo, sin poder evitarlo, solté un exabrupto en voz baja:

—Joder…

Valeria iba a matarme.

***

Almorzamos en un pequeño café en el centro de Stowe, todo madera y olor a sopa casera. Mesas de dos con manteles de cuadros, chimenea encendida en una esquina y una camarera con gorro de reno que se sabía el nombre de todos los locales.

Pedimos sopa de cebolla, sándwiches calientes y un vino tinto que Álvaro eligió con la seguridad de quien ha nacido para maridar cualquier cosa con alcohol.

Después dimos una vuelta por el pueblo.

Tiendas pequeñas con luces colgadas en los marcos de las puertas, escaparates llenos de adornos, velas y bolas de nieve.

En cada esquina, una pareja sacándose fotos.

Y nieve cayendo como si alguien allá arriba estuviera decorando el día a medida.

Valeria y Claudia parecieron congeniar enseguida.

Caminaban con los brazos enlazados mientras hablaban en voz baja, riéndose cada dos por tres.

Claudia le señalaba escaparates, le contaba anécdotas de sus hijos, y Valeria la escuchaba como si llevaran siendo amigas desde hace años.

Álvaro, a mi lado, no paraba de sonreír.

Orgulloso. Tranquilo. Comprado.

—Es una mujer increíble —me dijo, sin dejar de mirar cómo ambas se agachaban a ver unos calcetines bordados con iniciales.

—Sí, lo sé —respondí, más sincero de lo que debería.

Seguimos caminando hasta el final de la calle principal, donde el olor a leña se mezclaba con el de chocolate caliente y todo tenía ese aire de postal que parecía irreal.

Y entonces los vimos.

Una fila de trineos de madera tirados por perros nórdicos, esperando junto a un cartel escrito a mano: «*Winter rides — 20 minutes of snowy magic*».

Los animales estaban tranquilos, bien cuidados, con mantas en los asientos y una pareja de guías organizándolo todo con gorros de lana y sonrisas automáticas.

—Oh, esto tiene pintaza —dijo Claudia, parándose en seco—. Álvaro, dime que no es solo para niños.

—Espero que no —respondió él, acercándose al cartel—. Porque ahora quiero subirme como si tuviera cinco años.

Valeria se acercó a mirar los trineos, tocó la madera y la manta con expresión encantada.

—Vale, esto es lo más navideño que he visto en mi vida.

—¿Nos subimos? —propuso Álvaro, mirando a los tres—. Venga, en parejas. Que esto con extra de romanticismo siempre entra mejor.

Claudia asintió al instante, enganchándose a su brazo.

—Me encanta. Y además no hay cola.

Aunque no era mi plan favorito, sonreí y acepté la propuesta.

Nos acercamos a los trineos mientras los perros se movían impacientes sobre la nieve, perfectamente alineados. Uno de los guías, una chica pelirroja con acento canadiense, nos explicó que el recorrido atravesaba un pequeño bosque cubierto, rodeaba un lago congelado y volvía al punto de partida en unos veinte minutos.

—¿Van juntos o por separado? —preguntó la guía.

—Por separado, por favor —dijo Álvaro enseguida, mirando a Claudia con una sonrisa.

La guía sonrió.

—Perfecto. Entonces un trineo para cada pareja. Pueden subir aquí —dijo, indicando el primero para Álvaro y Claudia—. Y el segundo es para vosotros —añadió, mirándonos a Valeria y a mí.

Cada trineo tenía espacio para dos personas. Asientos acolchados, una manta gruesa doblada sobre el respaldo y respaldos de madera curvados con detalles tallados a mano.

Delante, los perros esperaban atentos, en silencio, como si supieran que estaban a punto de protagonizar un recuerdo inolvidable.

Álvaro ayudó a Claudia a subir al primero. Ella se acomodó con gracia, cruzando las piernas y colocándose la manta en las piernas como si estuviera en su salón.

Valeria me miró con una sonrisa torcida.

—¿Me ayudas o prefieres verme patinar sobre hielo hasta el asiento?

—Te ayudo. Pero solo porque si te caes, nos jodemos la escena romántica.

—Qué caballeroso —respondió, agarrándose de mi brazo.

Le ofrecí la mano. Subió con cuidado, resbalando un poco al apoyar el pie en la base del trineo.

—No digas nada —murmuró.

—No he abierto la boca.

Se dejó caer sobre el asiento con un suspiro exagerado y se acomodó como si llevara años montando en trineo. Yo subí detrás, cubriéndonos con la manta.

Cadera con cadera. Pierna contra pierna. Y cero distancia.

La chica pelirroja se quedó con Álvaro y su mujer.

A nosotros nos tocó un chico joven, moreno, con barba de dos días y ojos claros.

Nos miró para comprobar que estábamos listos, asintió en silencio y silbó una orden corta que hizo arrancar a los perros a trote suave.

El trineo se deslizó con una fluidez casi hipnótica.

Nada brusco. Nada violento. Solo el sonido del hielo partiéndose despacio bajo los patines y la respiración de los animales rompiendo el aire helado.

En segundos, dejamos atrás las últimas casas del pueblo.

Y el bosque nos envolvió.

Todo era blanco.

Ramas cargadas de nieve, árboles altísimos como columnas, y ese silencio espeso que sólo se escucha en mitad del invierno.

Hacía un frío de cojones, y subimos la manta hasta la nariz. Ella se acurrucó un poco más. Yo no dije nada, pero le rodeé los hombros con el brazo.

—Vale… creo que esta es una de las experiencias más mágicas que he vivido en mi vida —dijo, mirando el horizonte, donde el sol empezaba a esconderse detrás de los árboles.

La luz dorada se filtraba entre las ramas, dándole al bosque ese tono irreal que solo pasa en invierno.

Todo parecía detenido.

Como si el mundo se hubiera congelado con nosotros dentro.

—Reconozco que no está nada mal.

—Oh, Blake Prescott halagando algo navideño, no me lo creo —dijo Valeria, girándose hacia mí con una sonrisa.

—Bueno, no sé dónde ves lo navideño. Solo son perros, nieve y frío que te cala hasta los huesos.

—Admítelo, empiezas a odiar un poquitito menos la Navidad.

No le respondí.

Solo miré el horizonte.

El bosque seguía en silencio.

El sol se escondía lento detrás de los árboles, tiñendo de dorado la nieve.

Y por un segundo, pensé que tenía razón.

Pero no pensaba admitirlo en voz alta.

Ni loco.

**18**

**Valeria**

# 69 RAZONES PARA PERDER LA CABEZA



Después de cenar en uno de los restaurantes del pueblo, cada pareja volvió a su cabaña. Nos despedimos de Álvaro y Claudia prometiendo encontrarnos a primera hora para desayunar y hacer no sé qué ruta de senderismo que sonaba a congelación voluntaria.

—Espero que vengáis descansados —dijo Claudia, dándome dos besos—. El paisaje al amanecer es precioso.

—Lo intentaré… pero no prometo ser persona antes del segundo café —respondí con una sonrisa.

Cuando cerramos la puerta de nuestra cabaña, el silencio se hizo más intenso que fuera.

Solo la chimenea encendida, el árbol con sus luces titilando y nosotros dos… solos.

Blake se quitó el abrigo y lo colgó con calma. Yo me deshice de las botas y me froté las manos.

Nos quedamos de pie uno frente al otro y la tensión empezó a volverse irrespirable.

—Parece que has congeniado muy bien con Claudia. Buen trabajo —dije, cruzándome de brazos.

—Se me da bien caerle bien a la gente —respondió él, sin apartar la mirada.

—Ya me he dado cuenta de eso.

Mirada intensa.

Esa que dura un segundo más de la cuenta y ya lo cambia todo.

—¿Y qué te apetece hacer ahora? —preguntó Blake, con la voz más baja.

Lo miré en silencio.

Porque lo que me apetecía hacer no entraba dentro del catálogo de posibilidades.

—Creo que... voy a darme un baño. Quiero probar esa bañera de hidromasaje.

Corrí hacia la maleta y la arrastré hasta el baño, cerrando la puerta tras de mí.

Bien.

Lejos de la tentación, las cosas serían más fáciles.

O eso me repetí mientras me apoyaba en la puerta con los ojos cerrados y el corazón desbocado..

Abrí el grifo de la bañera y el sonido del agua llenando el espacio me ayudó a calmarme. Me desnudé despacio. Esperé que la bañera estuviera llena y me hundí en ella. Estaba perfecta.

Apoyé la cabeza en el borde y cerré los ojos.

Las burbujas comenzaron a activarse, suaves al principio, luego más intensas.

El agua masajeaba mi espalda, mis piernas, mis costados. Y aún así, la tensión no se iba del todo.

Porque seguía pensando en él. En su voz. En cómo me miraba cuando creía que no lo notaba.

Después de un baño largo, con la piel caliente y las ideas un poco menos nubladas, salí.

Me sequé con una toalla mullida que olía a suavizante caro y me puse el pijama.

Uno cómodo. De algodón. Gris. Con mangas largas y pantalón ajustado.

Nada sexy. Nada pensado para seducir. Lo justo para dormir. O intentarlo.

Y entonces, mientras me secaba el pelo con el secador, me vino a la cabeza la caja. Los juguetes.

Me mordí el labio. ¿Por qué no usarlos? Un orgasmo antes de enfrentarme a toda una noche con Blake sería... terapia preventiva.

Apagué el secador. Saqué la caja blanca del fondo y la puse sobre la encimera del lavabo. Saqué los tres juguetes, preguntándome cuál usar. El que llevaba mando parecía el más práctico en ese contexto.

Deslicé el aparato dentro de mi sexo, un pequeño vibrador que tenía una extensión que sobresalía hacia el clítoris para estimularlo directamente, y lo encendí con el mando.

Una vibración deliciosa me recorrió de golpe. Mi cuerpo reaccionó como si llevara años esperando esa descarga. El aparato vibraba dentro de mi sexo y en mi clítoris a la vez.

Apoyé la cabeza en la pared, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Y justo entonces, escuché mi móvil sonar desde fuera.

Mierda.

No lo había traído al baño.

Y el tono de llamada era el de Kayla.

Perfecto.

Por supuesto.

—Valeria —la voz de Blake, justo al otro lado de la puerta—. Te están llamando. Es Kayla.

—Ahora salgo —dije, con la voz rota, casi sin aire.

Silencio.

—Vaya —añadió, en tono neutro pero cargado de intención—. Te he enviado un mensaje y pregunta si ya te he follado. No es que lo haya mirado a propósito, pero el móvil se ha iluminado justo cuando he pasado por delante. Y los ojos, ya sabes… van solos.

Apagué el vibrador con el mando con un resoplido.

Mierda de momento arruinado.

Salí del baño aún con las mejillas encendidas y el pulso descontrolado, sin pararme a quitarme el vibrador.

Blake estaba de pie junto a la chimenea, con mi móvil en la mano y esa expresión de yo no tengo la culpa de tener buena vista.

Me acerqué a él, sin disimular el enfado.

—¿No te han dicho que es ilegal leer conversaciones ajenas? —solté, quitándole el móvil de un manotazo.

—¿No te han dicho que si no quieres que te pillen, no dejes el móvil vibrando sobre una mesa de madera?

—¿No te han dicho que no seas tan cabrón?

Entonces él alzó la mirada hacia mi mano. Frunció el ceño, como si no entendiera del todo lo que estaba viendo. Como si su cerebro estuviera procesando lentamente la escena. Hasta que, de pronto, conectó las piezas.

—No me digas que ese mando… —Señaló con la barbilla, con una mezcla de incredulidad y fascinación— es de uno de los juguetes que te regalé. Valeria… ¿estabas siendo una chica mala ahí dentro?

—Define «mala» —dije, sin moverme.

Sin responderme, me arrebató el mando con un movimiento demasiado rápido para poder evitarlo.

Ni siquiera lo vi venir.

Solo sentí el vacío en la mano… y el fuego inmediato en el estómago.

—Blake…

Sin decir nada, apretó el botón, activando de nuevo el vibrador que seguía dentro de mí. Cerré los ojos cuando la vibración me recorrió de golpe.

Sentí cómo todo mi cuerpo reaccionaba al instante.

Cómo las piernas se me aflojaban.

Cómo el aire se volvía demasiado espeso para respirarlo con normalidad.

Blake me tomó de la cintura. Se sentó en el sofá y me guio con calma para que me sentara en su regazo. Y mientras tanto, el

vibrador seguía haciéndome gemir con su ritmo constante, estimulándome el clítoris y el interior al mismo tiempo.

—Estás temblando —susurró, acercando su boca a mi oído—. Estás a punto de correrte, ¿verdad?

Asentí y él subió la intensidad de la vibración con el mando.

No una, sino dos veces.

Y mi cuerpo respondió como si le hubieran encendido todas las alarmas a la vez.

Solté un gemido que no pude controlar.

Corto.

Ahogado contra su cuello.

Me aferré a su camisa con ambas manos, mientras el placer me recorría desde dentro hacia fuera, empapando cada músculo, cada fibra, cada parte de mí que había intentado contenerse todo el día.

—Eso es —murmuró Blake, sin dejar de sujetarme—. Córrete para mí, nena.

Y me corrí.

Con el cuerpo entero encendido y la cabeza perdida en el hueco de su cuello.

Sentí su mano en mi espalda, firme, sujetándome mientras todo en mí se deshacía.

Su pecho subía y bajaba contra el mío.

Y el silencio que vino después lo llenó todo.

Me quedé sobre él, con las piernas temblando, el corazón desbocado y la respiración hecha un desastre.

—Joder, eso ha sido jodidamente sexy —dijo, mirándome con los ojos brillantes, dilatados, oscuros, mientras apagaba el aparato con el mando.

Su mano se deslizó dentro de la cintura de mi pijama. Sacó el juguete con cuidado, como si fuera algo valioso.

Y sin apartar la mirada de mis ojos… lo lamió. Lento. Provocador. Como si acabara de saborear la mejor parte de la noche.

—Eres tan jodidamente dulce…

Mi respiración volvió a acelerarse.

Ni siquiera había recuperado el control… y él ya me lo estaba quitando de nuevo.

—No puedo follarte aún, un trato es un trato —murmuró, su voz grave, caliente contra mi cuello—. Pero podría… dejarte probar una cosa.

Antes de que pudiera preguntar qué, sus manos bajaron a mi cintura.

Y con un solo gesto, me apretó más contra él.

Hacia abajo.

Contra su erección.

La sentí dura, firme, caliente incluso a través de la tela. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Un suspiro escapó de mis labios.

—¿Sientes eso? —susurró, con la boca rozando mi oído—. Todo esto es por ti. Por cómo gemías. Por cómo te corrías sobre mí. ¿Quieres tomarla? ¿Te gustaría metértela en la boca?

Asentí, relamiéndome los labios. Antes de que pudiera hacer nada, me cogió en volandas. Me levantó como si no pesara nada y me tumbó en la cama, con un movimiento firme, decidido.

Y me besó, en la boca, metiéndome la lengua hasta el fondo mientras metía la mano por dentro de la cinturilla de mi pijama, las braguitas y hundía su dedo en mi interior. Gemí, me arqueé, y a él le costó apenas un minuto desnudarme.

Me quitó el pijama, dejándome expuesta a él. Y después, hizo lo mismo consigo mismo. En un visto y no visto, lo tenía desnudo sobre mí.

—Venga, Valeria —dijo, con la voz ronca, el pecho subiendo y bajando con fuerza—. Siéntate sobre mi boca… y luego regálame la mejor mamada de mi vida.

Obedecí al instante. Me arrastré hasta su rostro, sin apartar los ojos de los suyos, y me coloqué sobre él, que se había tumbado con la espalda sobre el colchón. Una pierna a cada lado de su cabeza.

Blake no esperó. Me agarró por las caderas y me atrajo hacia él sin darme tiempo a pensar. Y su boca… Su boca se hundió en mí como si llevara toda la vida esperándolo.

Gemí. Sintiendo su lengua moverse con hambre contra mi clítoris, con precisión, con una maldita devoción que me hizo perder el control en segundos.

Instintivamente, incliné el cuerpo hacia delante, buscando su erección.

Quería darle el mismo placer que estaba recibiendo.

Y entonces la vi.

Hasta ese momento no me había fijado en su polla, pero ahí estaba. Grande. Dura. Preparada para mí.

La rodeé con las manos y me la llevé a la boca sin más ceremonia. Sin juegos. Sin rodeos. Solo hambre.

Blake soltó un gemido grave debajo de mí.

Uno que me recorrió entera.

Sus dedos se clavaron con fuerza en mis muslos, pero no me frenó.

Me la metí hasta el fondo, succioné, jugué con mi lengua a su alrededor, y luego me la saqué de la boca para volver a empezar.

Mientras tanto, la lengua de Blake no se detenía.

Me lamía con hambre, con devoción.

Cada vez que yo bajaba, él subía.

Cada vez que gemía con su polla en la boca, él jadeaba contra mi sexo.

Estábamos en equilibrio.

En guerra.

Y mi cuerpo ya no aguantaba más. Las piernas me temblaban. El calor subía sin control, y cada lamida de su lengua me llevaba más alto.

Lo noté también en él.

El pulso acelerado.

Los gemidos roncos.

El modo en que se tensaba cada vez que me la metía más hondo, que lo succionaba más lento.

Y entonces pasó.

Como una descarga.

Una tormenta contenida.

Me corrí sobre su boca con un gemido ahogado, mordiéndome el labio, temblando entera.

Y al mismo tiempo, él se vino en mi boca, con un gruñido profundo, hundiendo los dedos en mis muslos mientras su cuerpo se sacudía bajo el mío.

Nos corrimos juntos.

Conectados.

Desnudos.

Durante unos segundos, el mundo desapareció.

Solo quedaban los temblores, las respiraciones entrecortadas, y el calor salvaje que aún nos envolvía como una segunda piel.

## 19

### Blake

# MÁS QUE UN BESO



Al día siguiente me desperté con una sonrisa boba en los labios.

Valeria y yo habíamos jugado mucho durante la noche, y aunque no habíamos llegado a follar como tal, joder, no había dormido tan satisfecho en años.

Ella estaba dormida a mi lado. De espaldas. El pelo revuelto sobre la almohada y el cuerpo desnudo medio enredado entre las sábanas.

Me apetecía despertarla con la boca entre las piernas, pero no lo hice. Álvaro y Claudia nos esperaban para desayunar.

La desperté con un beso lento y suave en la nuca.

Ella murmuró algo ininteligible, se encogió como un gato y se giró hacia mí con los ojos aún cerrados.

—Cinco minutos más —susurró, con voz ronca.

—No tenemos cinco minutos —dije, acariciándole la cintura—. Álvaro y Claudia nos esperan.

—Pues que esperen. Estoy desnuda, en una cama calentita y tengo a mi novio falso delante. Mis prioridades están claras.

Me reí, tirando de las sabanas para destaparla.

—Venga, vayamos a la ducha. Olemos a sexo y no es algo que quiera compartir con Álvaro mientras desayuno tostadas.

Valeria soltó una carcajada y se estiró de nuevo, perezosa.

Media hora más tarde estábamos duchados y esperando junto a los coches, listos para ir al pueblo. Para nuestra sorpresa, Álvaro apareció tarde… y solo.

—Hola, chicos, lo siento, pero no vamos a poder acompañaros esta mañana. Claudia se ha despertado con migraña y, aunque se ha tomado la medicación, no creo que esté para andar por el pueblo —dijo Álvaro, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

Valeria y yo intercambiamos una mirada rápida.

—¿Está bien? —preguntó ella, dando un paso al frente con ese tono dulce que usaba cuando se preocupaba de verdad.

Álvaro asintió.

—Sí, no es grave. Le pasa de vez en cuando. Solo necesita oscuridad y silencio durante unas horas.

—Entonces… ¿mañana libre para nosotros? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Eso parece —respondió él, sonriendo—. Pero tranquilos, almorzamos juntos al mediodía, seguro que entonces ya está bien.

Álvaro se marchó con paso tranquilo y nos dejó allí, solos, rodeados de nieve, con toda la mañana por delante y cero obligaciones.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Valeria, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo—. Podríamos volver a la cabaña y

seguir jugando a los orgasmos —dijo, sin pestañear.

—O podríamos ir al pueblo, desayunar algo decente, dar una vuelta y fingir que somos una pareja feliz que no tiene un contrato de por medio —respondí, con media sonrisa.

Valeria ladeó la cabeza, pensativa.

—Mmmm… orgasmos o tortitas. Difícil elección.

—Tortitas primero. Orgasmos después.

—Buen orden.

Se subió al coche con esa sonrisa suya que ya no sabía si era de coña o de guerra.

Yo me puse al volante. Encendí la calefacción y pusimos rumbo al pueblo, con el bosque nevado desfilando por la ventanilla.

Poco después ya estábamos sentados en la misma cafetería del día anterior.

Mesa junto a la ventana, café ardiendo en las tazas, y un plato de tortitas con sirope que Valeria miraba como si fueran un milagro.

Cuando salimos de la cafetería con los estómagos llenos, nos dirigimos hacia el bosque donde íbamos a hacer senderismo con Álvaro y Claudia.

De camino nos encontramos con una caseta de madera con un cartel hecho a mano que decía:

«Motos de nieve – alquiler por horas. Diversión garantizada».

Valeria se detuvo en seco.

—Vale. Ya estoy cansada y ni siquiera hemos empezado a andar. ¿Y si alquilamos una de estas motos?

—Hecho, pero yo conduzco —dije, sin darle opción.

Alquilamos una de las motos, firmamos un papel que, básicamente, decía «si os matáis, no es nuestro problema» y nos equiparon con cascos, guantes y un mapa.

Cinco minutos después ya estábamos montados.

Yo delante, con las manos en el manillar.

Valeria detrás, pegada a mi espalda, con los brazos alrededor de mi cintura.

Arranqué.

Y el rugido del motor nos sacó disparados hacia el bosque.

La nieve crujía bajo los patines de la moto.

El aire era limpio, seco, helado.

El sol se colaba entre los árboles.

Y el mundo parecía detenido solo para nosotros.

Valeria gritaba de emoción cada vez que tomábamos una curva.

Yo no podía dejar de sonreír.

No sabía cuánto tiempo estuvimos conduciendo.

Solo sé que, en algún momento, giré hacia un claro abierto entre los árboles y frené.

Apagué el motor.

Silencio.

Solo el viento.

Y su respiración.

—Joder… —murmuró ella, quitándose el casco—. Ha sido como volar.

Iba a responder, pero entonces lo vi.

A unos metros, entre los árboles, un ciervo.

Majestuoso. Tranquilo. Con la cabeza erguida y la nieve cubriéndole suavemente el lomo.

Nos miraba.

Como si no tuviéramos derecho a estar ahí.

—No te muevas —susurré, sin apartar la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en voz baja, girándose hacia mí.

—Mira.

Valeria siguió mi mirada y lo vio.

Se quedó completamente quieta.

—Oh, Dios mío… —susurró.

El ciervo parpadeó lento. Luego bajó la cabeza y comenzó a caminar despacio, cruzando entre los árboles, con esa elegancia natural que tienen las cosas salvajes.

Yo apenas lo miré.

No podía.

Porque lo único que me tenía hipnotizado… era ella. Valeria. Con los labios entreabiertos. Los ojos brillando. Las mejillas rojas por el frío y la emoción. Esa expresión de asombro puro, de niña que ve magia por primera vez, me dejó sin aire.

Y entonces, lo sentí.

Ahí. En el pecho. Ese puto nudo que hacía años que no aparecía. Esa presión suave pero intensa. Como si algo dentro de mí despertara de golpe.

No tenía explicación. Ni lógica. Solo sé que, por impulso, levanté la mano y se la apoyé en la mejilla.

Ella giró la cara hacia mí, sorprendida. Y antes de que pudiera decir nada… La besé. Lento. Suave. Nada que ver con los besos que nos habíamos dado hasta ahora.

Ella no se movió. Ni un centímetro. Solo cerró los ojos… y se dejó besar.

Mis labios sobre los suyos, despacio.

Como si el tiempo se hubiera estirado solo para ese instante.

Como si el mundo entero se hubiera apagado… menos nosotros.

Y en ese momento supe que estaba jodido. Que eso ya no era una farsa ni un trato. Que lo que sentía no se firmaba con una inversión millonaria ni se resolvía con un polvo pendiente.

Era otra cosa.

Algo que daba miedo, me encogía las entrañas y me hacía replantear todo.

**20**

**Valeria**

# MENTIRAS QUE SABEN A VERDAD



A la hora del almuerzo Claudia ya estaba recuperada, así que fuimos a comer a la cafetería los cuatro juntos. Sin embargo, mi cabeza no estaba puesta en las conversaciones, ni en el menú, ni en la sonrisa encantadora de la mujer de Álvaro.

Estaba en otra parte.

Seguía inmersa en el recuerdo del beso que Blake y yo habíamos compartido en el bosque.

El beso más suave, más inesperado, más... real.

Porque no fue un beso de mentira.

No como el que nos dimos bajo el muérdago.

No fue para Álvaro. Ni para mantener la fachada. Ni para convencer a nadie de nada. Fue nuestro. Solo nuestro.

Porque la forma en que me agarró la cara, la forma en que sus labios se movieron sobre los míos, sin prisas, sin hambre, con calma, como si me tuviera todo el tiempo del mundo… eso no se finge.

Y yo lo sentí en cada maldito hueso del cuerpo.

—¿Valeria? —la voz de Claudia me sacó de mi nube.

Parpadeé.

—¿Mmm?

—Te he preguntado si os apetece ir después al mercadillo del centro. Hay puestos de vino caliente, de dulces típicos, un coro de villancicos… Es muy bonito.

—Ah, sí, claro —dije, forzando una sonrisa—. Suena genial.

Blake me miró de reojo desde su asiento, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

Yo solo quería volver al bosque.

A ese claro.

A ese beso.

A ese momento donde, por un segundo, todo fue de verdad.

***

Después de almorzar, nos dirigimos al mercado navideño de Stowe, que era tan mágico como todo en ese puto pueblo.

Las casetas de madera estaban alineadas a ambos lados de la calle principal, cubiertas de nieve y adornadas con guirnaldas de

luces doradas. Olía a canela, a sidra caliente, a chocolate recién hecho y a nostalgia.

Había puestos de todo: bolas pintadas a mano, mantas de lana, adornos con nombres grabados, gorros con pompones ridículos, estrellas de papel, calcetines gigantes.

Niños corriendo con tazas de chocolate. Parejas abrazadas. Música suave saliendo de unos altavoces camuflados entre las ramas de un abeto decorado con estrellas de madera.

Todo era tan perfecto que rozaba lo irreal.

Yo caminaba junto a Claudia, que no paraba de hablar de lo mucho que le recordaba aquello a su infancia en Segovia. Álvaro iba delante con Blake, discutiendo sobre la decoración de las cabañas como si fuera lo más importante del mundo.

Y yo… seguía pensando en los labios de Blake.

—¿Todo bien? —preguntó Claudia, girándose hacia mí con una sonrisa—. Estás muy callada hoy.

—Sí —respondí—. Solo estoy… empapándome del ambiente.

Y también de la confusión mental que llevaba encima desde ese maldito beso.

Busqué a Blake con la mirada y Claudia la siguió, esbozando una sonrisa.

—Estáis muy enamorados, ¿verdad?

—¿Qué?

—Álvaro me explicó que estáis manteniendo lo vuestro en secreto para proteger la relación. Que preferís llevarlo con discreción.

Asentí despacio, sin saber muy bien qué decir.

—Me parece precioso —siguió ella—. Hoy en día todo el mundo lo expone todo. Como si tuvieran que demostrarle al resto del planeta que son felices. Pero vosotros… —me miró con ternura—. Vosotros tenéis esa mirada. Supongo que no os hace falta exponeros.

—¿Qué mirada?

—La mirada que solo se tiene cuando se quiere de verdad.

Me quedé callada. Porque no supe qué decir. Porque por un segundo, me sentí la peor persona del mundo.

Estábamos mintiendo. Todo era una fachada. Un trato. Un acuerdo con cláusulas no escritas.

Y aun así…

Una parte de mí quería que fuera verdad.

Una parte de mí deseaba que Claudia tuviera razón. Que esa mirada que Blake me lanzó en el bosque no fuera actuación.

Y que, joder, no fuera el último.

***

Aquella noche Álvaro insistió en que fuéramos a tomar unas copas a la taberna del pueblo antes de acostarnos. Era nuestra última noche en Stowe, y por lo visto, quería exprimir hasta el último minuto del espíritu navideño.

—Solo una ronda —dijo, levantando una mano como si eso fuera a convencernos—. Prometo no secuestraros más.

Acabamos en un local pequeño, de madera oscura, luces bajas y música en directo. Un tipo con barba y jersey de renos cantaba

villancicos con voz ronca desde una esquina, acompañado por una guitarra. En la barra, las botellas de whisky brillaban bajo la luz cálida, y el aire olía a leña y especias.

Claudia se sentó a mi lado, Álvaro frente a ella, y Blake… justo a mi otro lado. Tan cerca que podía sentir el calor de su pierna rozando la mía.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó el camarero, con pinta de haber salido de un catálogo de leñadores sexys.

—Whisky para mí —dijo Blake.

—Lo mismo —añadí, porque ni loca me pedía un chocolate caliente con mini nubes en ese momento.

—Vaya pareja dura —bromeó Claudia, pidiendo un vino tinto.

Cuando los vasos llegaron a la mesa, Álvaro carraspeó y empezó a hablar.

—En realidad quería traeros aquí para anunciar algo. Lo he estado hablando largo y tendido con Claudia y he decidido firmar. —Álvaro metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una carpeta doblada en tres y la dejó sobre la mesa con gesto solemne —. Park Avenue ya tiene mi inversión.

Mi corazón dio un vuelco.

Blake parpadeó despacio, como si necesitara un segundo para procesarlo.

—¿Hablas en serio?

—Más que nunca. Estaba convencido antes… pero después de pasar el rato con vosotros estos días, no me queda duda. Sois una pareja encantadora, y me encantaría poder seguir contando con vuestra compañía cuando regrese a Estados Unidos la próxima vez.

—Será un placer —respondió Blake, sin soltarme la mirada.

Y ahí estaba.

Ese maldito cruce de ojos que ya no sabía descifrar.

¿Seguíamos actuando? ¿O acabábamos de cruzar una línea sin retorno?

Álvaro brindó. Claudia sonrió. El camarero pasó por detrás con una bandeja llena de vasos y la guitarra seguía sonando suave al fondo.

Y yo, mientras daba un trago al whisky, solo podía pensar en una cosa.

El trato estaba cumplido.

La inversión, asegurada.

Blake Prescott ya no me necesitaba.

Entonces… ¿por qué no parecía que esto se había acabado?

## 21

### Valeria

# DEJÁNDONOS LLEVAR



Nos despedimos de Álvaro y Claudia en la puerta de su cabaña con un abrazo. Al día siguiente no nos veríamos, ya que ellos saldrían a primera hora para poder coger el vuelo que les devolvería a España.

Después de eso, caminamos en silencio el sendero que separaba su cabaña de la nuestra. Nevaba. Los copos de nieve danzaban a nuestro alrededor mientras el cielo se apagaba poco a poco y el bosque se llenaba de esa quietud mágica que solo existe cuando nieva.

Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta.

Yo tenía el corazón apretado. Él parecía igual de callado, como si estuviera procesando algo que tampoco sabía cómo decir.

Llegamos a la puerta. Blake la abrió. Entramos. El calor de la chimenea nos envolvió al instante.

Dejé el abrigo sobre la silla. Me quité las botas. Me senté en el borde de la cama.

—Bueno, pues… lo conseguiste. Supongo que enhorabuena, jefe —dije, mirándole mientras se quitaba la americana.

—No lo conseguí solo. Tú me ayudaste. Así que enhorabuena para los dos.

—Pensé que sería más difícil —admití, bajando la mirada hacia mis manos.

—Yo también. —Se arremangó la camisa y se sentó a mi lado—. Álvaro Jiménez es un hueso duro de roer, sin embargo, le ha bastado una cena y una escapada en la nieve para enamorarse de ti.

Me reí, bajito.

—No creo que sea de mí de quien se ha enamorado.

—Yo sí —respondió él, sin mirarme—. Es fácil.

—¿El qué?

—Enamorarse de ti.

Se hizo un silencio raro. Uno de esos que no sabes si romper… o dejar que te envuelva.

Me giré un poco en la cama. Lo miré.

Él tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.

—Bueno… ¿y ahora qué? Ya tienes tu inversión, ¿no? —pregunté, intentando ignorar el nudo que me apretaba el pecho.

—¿A qué te refieres?

—A que ya no necesitamos seguir fingiendo.

—Supongo que no —dijo, mirándome.

Su mirada se me clavó.

—Blake…

—Valeria —me interrumpió, con la voz más baja—. Sé que me pediste una noche de sexo en un hotel de cinco estrellas. Y lo iba a cumplir. Pero visto lo visto… creo que esta cabaña puede servir. Si te parece lo suficientemente glamurosa para eso.

Tragué saliva.

Mi cuerpo ya iba por delante de mi cerebro.

Pero no quería caer. No todavía. No sin hablar. No sin ponerle nombre a todo esto que estaba pasando entre nosotros.

—Blake… Me gustaría saber… ¿qué pasará cuando…?

Pero no me dio tiempo a terminar la frase.

Porque antes de que pudiera soltar mi pregunta, los labios de Blake se cernieron sobre los míos, callándome con un beso.

Un beso que no era dulce.

Era urgente. Crudo. De esos que dicen «cállate y deja fluir». Y eso hice. Dejar fluir.

Su lengua me desarmó en segundos.

Me besaba como si le faltara tiempo. Como si no fuera suficiente.

Mis manos se aferraron a su nuca. Las suyas, a mi cintura. Me apretó contra él con fuerza, como si no soportara que hubiera distancia entre nosotros.

Mi cuerpo reaccionó al instante.

El corazón desbocado. La respiración entrecortada. El calor subiendo a borbotones, descontrolado, como si cada parte de mí gritara «hazlo ya».

Me levantó el jersey despacio. Su boca fue bajando al mismo ritmo. Besos húmedos. Mordiscos suaves. Piel erizada.

—Dios… no sabes las ganas que tenía de hacer esto —murmuró contra mi piel.

Me lo quitó por completo. Y después, con una calma que me volvió loca, deslizó los dedos por el borde del sujetador. Y me lo quitó, lento. Muy lento. Hasta dejar mis pechos completamente al descubierto.

Los miró. Como si acabara de encontrar algo sagrado.

Y luego… los tocó.

Con las dos manos.

Los acarició. Los rodeó con los pulgares. Me los apretó con la presión justa. Me hizo soltar un gemido sin siquiera llegar a mi entrepierna.

Después bajó la cabeza.

Y se los metió en la boca.

Primero uno. Luego el otro.

Su lengua jugaba con mis pezones, húmeda, caliente, insistente. Me los lamía, los succionaba, los mordía suave. Y mientras lo hacía, sus manos me sujetaban por la espalda, por las caderas, como si no pudiera decidir en qué parte tocarme primero.

Me retorcía bajo él.

No podía evitarlo.

No con su boca succionándome así. No con ese ritmo. Esa maldita dedicación.

—Joder… —murmuré, con la voz rota.

Pero él no se detuvo.

Me devoró los pechos como si fueran su obsesión.

Volvía de uno al otro. Los chupaba, los mordía, los lamía lento. Me los dejaba hinchados, mojados, sensibles. Y yo solo podía gemir, abrir más las piernas, rogarle sin palabras.

Hasta que, por fin, empezó a bajar.

Dejó un rastro de besos desde mi escote, bajando por mi abdomen, deteniéndose en el ombligo. Me lo besó. Me lo rodeó con la lengua. Me mordió justo ahí, suave, provocador.

Y entonces sus manos fueron a mi cintura.

—Quiero verte entera —murmuró, con la voz ronca.

Metió los dedos bajo la cinturilla del pantalón y empezó a bajarlo. Lento. Mirándome.

Yo levanté las caderas para ayudarle. Quería que me lo quitara. Quería quedarme desnuda para él.

Me quitó los pantalones como si abriera un regalo. Con cuidado. Con hambre. Y cuando llegaron a mis tobillos, tiró de ellos hasta el suelo y los lanzó sin preocuparse de dónde caían.

Quedaban las braguitas.

Negras. Finas. Empapadas.

Blake las miró un segundo. Sonrió, medio cabrón, medio fascinado.

—Estás tan mojada…

Se inclinó sobre mí.

Me besó justo sobre la tela. Con la boca abierta. Con descaro.

Yo me arqueé.

Él se apartó un segundo, enganchó las braguitas con los pulgares… y empezó a bajarlas.

Centímetro a centímetro.

Como si supiera que me estaba volviendo loca.

Cuando me las quitó del todo, me abrió las piernas con las manos, sin dejar de mirarme.

—Ahora sí —murmuró.

Y bajó la cabeza.

Hundió la lengua entre mis piernas con una seguridad que me hizo gemir en el acto. Me lamió de abajo arriba, lento, firme, como si quisiera saborearme entera desde el primer segundo.

—Dios… —jadeé, echando la cabeza hacia atrás.

Blake sujetó mis muslos, los abrió más, y se pegó a mí como si el oxígeno estuviera ahí. Su lengua se centró en mi clítoris, lo rodeó, lo acarició, lo succionó justo como me gustaba, como si ya supiera de memoria cada punto exacto que me hacía temblar.

Me lo chupaba con la boca abierta, caliente, sucia. Hacía pausas solo para mirarme y volver a devorarme como si no pudiera parar.

—Estás tan buena… —murmuró contra mí, con la voz ronca.

Yo me aferraba a las sábanas. A su pelo. A cualquier cosa.

Porque estaba perdiendo el control.

Me metió un dedo sin dejar de comerme. Luego dos. Y mientras me follaba con la mano, me lamía con una entrega brutal. Nada delicado. Nada dulce. Me la estaba comiendo como si quisiera romperme en orgasmos.

Y lo consiguió.

Mi cuerpo entero se tensó.

Las piernas me temblaban. El estómago se contrajo. El calor me subió de golpe desde dentro. Y cuando me corrí, lo hice fuerte. Mojada. Abierta. Rota.

Grité su nombre sin filtro.

Y él no se apartó.

Se quedó ahí, comiéndome el orgasmo como si fuera su premio.

Y cuando por fin levantó la cabeza, tenía la boca brillante y esa sonrisa suya de cabrón satisfecho.

—No he terminado contigo —dijo.

Se quitó el pantalón y se lo bajó de una sola vez.

Y su polla… joder.

Estaba dura, gruesa, lista.

—Ahora te voy a follar como se folla a una mujer que te tiene completamente jodido.

Y yo ya no podía más.

—Hazlo.

—Dímelo otra vez.

—Fóllame, Blake.

Y vino por mí.

Se acabó de desnudar, se colocó entre mis piernas, apoyó una mano en mi cadera y la otra en su polla, guiándola hasta mi entrada. Me rozó. Despacio. Como si quisiera asegurarse de que lo sentía todo.

Pero entonces se detuvo un segundo. Cerró los ojos, respiró hondo.

—Espera… —susurró, con la voz rota.

Se levantó de la cama y fue directo a su cartera, que había dejado tirada sobre la silla. La abrió, sacó un condón, volvió conmigo sin apartar la mirada ni un segundo.

—Siempre preparado, ¿eh? —murmuré, medio sonriendo.

—Contigo no iba a arriesgar —dijo, rompiendo el envoltorio con los dientes.

Se lo puso rápido, sin prisa pero con hambre.

Y cuando volvió a colocarse sobre mí, con su polla dura rozándome otra vez, ya no dijo nada.

Solo me miró.

Y me la metió.

Entera. De una sola embestida.

Un gemido me rompió la garganta.

Me llenó hasta el fondo, caliente, duro, perfecto. Mi cuerpo lo recibió como si llevara días esperándolo. Porque lo llevaba.

Blake se quedó quieto un segundo, dentro de mí, respirando fuerte.

—Joder, estás tan mojada…

—Y tú tan dentro —susurré, mordiéndome el labio.

Se empezó a mover. Lento al principio. Midiendo cada empujón. Cada golpe de caderas. Me la clavaba entera, salía casi del todo… y volvía a hundirse hasta el fondo.

Yo me aferré a sus hombros, a su espalda, a su culo.

Quería más. Más rápido. Más fuerte.

—Dámelo todo —le pedí, con la voz ronca—. Fóllame de verdad.

Y lo hizo.

Aceleró.

Me folló sin frenos. Las embestidas se volvieron sucias, profundas, brutales. Me chocaba la pelvis con fuerza. Me agarraba de las caderas, me levantaba ligeramente y me hacía suya como si no hubiera mañana.

—Mírame —ordenó, jadeando.

Lo hice.

Y su expresión era salvaje.

Pura lujuria. Pero también algo más. Algo que no se fingía.

Se inclinó sobre mí, me mordió el cuello, me besó la boca, volvió a lamerme los pezones mientras me empujaba con fuerza. Mi cuerpo era un puto terremoto bajo él.

Y yo… me corrí otra vez.

Me vino el orgasmo como una sacudida salvaje, imparable. Grité su nombre, apreté los muslos, me arqueé contra su cuerpo y me vine temblando, completamente expuesta.

—Dios, Valeria… —gruñó él—. Vas a hacer que me corra.

—Hazlo. Quiero sentirte.

Eso lo volvió loco.

Dos embestidas más y se corrió con un gemido grave, animal, empujando hasta el fondo, apretándome contra él. Se quedó dentro un momento. Pegado a mí. Sin decir nada.

Solo nuestros cuerpos, desnudos, sudados, rendidos.

Solo nosotros.

Y entonces lo supe.

Eso ya no era solo sexo.

Eso era algo más.

Y los dos lo sabíamos.

## 22

### Blake

# IRME ANTES DE QUEDARME



Estaba dentro de Valeria. Ella gemía, arqueando la espalda, entregándose a mí. No había nada mejor en el mundo que estar dentro de ella. Solté un jadeo mientras volvía a embestirla una vez tras otra. Más fuerte. Más profundo. Más desesperado.

—Así, Blake, no pares —me pidió, agarrándose a mis hombros.

Quería que se corriera. Quería llevarla a la luna, que tocara las estrellas y volviera jadeando mi nombre. Su clítoris rozaba mi pubis con cada embestida y sus gemidos se volvían más agudos.

Le sujeté las muñecas sobre la cabeza y la miré.

—¿Vas a correrte para mí?

—Sí —susurró, con la voz rota—. Pero no pares, joder…

No pensaba parar.

Empujé con más fuerza. Más rápido. Sentí cómo se apretaba a mi alrededor. Su cuerpo entero temblaba. Su respiración se rompía en mi oído.

—Blake… —gimió, arqueando la espalda—. Me corro… me corro ya…

Y entonces… sin venir a cuento, la imagen cambió.

Valeria ya no era Valeria.

Era Maeve.

Y yo ya no era yo. Era Steve.

Steve, el que se suponía que era mi mejor amigo. Y ahora lo veía todo desde fuera. Como un puto espectador.

Maeve sonreía mientras Steve se hundía entre sus piernas.

Le acariciaba el pelo como solía hacer conmigo.

Le gemía al oído como me gemía a mí.

—Hacía mucho que no me sentía tan viva —le dijo entre jadeos.

Y yo... sentí cómo se me rompía algo por dentro.

Otra vez.

Me desperté empapado en sudor, con el pecho subiendo y bajando.

Valeria dormía a mi lado, ajena a todo. Parecía exhausta después del segundo polvo que precedió al primero.

Tan jodidamente guapa. Tan entregada. Tan mía… Y yo tan roto.

Me levanté de la cama sintiendo que los pulmones no respondían. Como si el aire no me llegara. Como si algo se me hubiera quedado atascado dentro, golpeando desde el fondo del pecho.

Caminé desnudo por la cabaña, hasta la cocina. Me serví un vaso de agua con las manos temblando.

No bastó.

Abrí la ventana.

El aire helado me golpeó la cara como una bofetada. Pero no me calmó. No me devolvió a la tierra.

Maeve.

Su nombre me ardía en la garganta. Lo que hizo, lo que me robó. La única mujer a la que había amado de verdad. Lo nuestro era fuego, de ese que te abrasa por dentro, pero no sabías que te estaba quemando hasta que ya era tarde.

Después de que todo estallara, me prometí que nunca volvería a enamorarme. Ni a creer en el amor.

Entonces, ¿qué cojones estaba haciendo con Valeria? ¿Mirarla como si fuera mía? ¿Follármela como si no pudiera dejar de hacerlo? ¿Tocarla como si no hubiera tocado a nadie así? ¿Cuidarla? ¿Protegerla? ¿Escucharla hablar de su familia y pensar en cómo encajaría en la mía? ¿Soñar con ella? ¿Dormir abrazado a ella? ¿Despertar y buscar su cuerpo antes de abrir los ojos?

No.

Eso no era parte del trato. No era parte del puto trato.

Me apoyé en el marco de la ventana y cerré los ojos. La nieve caía en la oscuridad, al otro lado.

La opresión en el pecho se hizo más aguda. No podía dejar que eso siguiera escalando. No podía dejar que otra vez una persona me arrebatara algo importante.

Maeve me arrebató la Navidad.  El amor.

No podía dejar que volviera a suceder. Tenía que pararlo antes de que se me fuera de las manos. Antes de que fuera imparable.

Y sin hacer ruido, me vestí, guardé mis cosas en la maleta y me marché de la cabaña, con la sensación de que si me quedaba, ya no habría marcha atrás.

**23**

**Blake**

# LA ÚLTIMA NAVIDAD



*5 años antes*

Era Nochebuena y Manhattan estaba preciosa, como siempre en Navidad. Navidad era una de mis épocas favoritas desde siempre.

Ethan y yo salimos temprano de la oficina. Estábamos de buen humor. Y fuera nevaba. La ciudad brillaba como una postal.

—¿Compartimos coche hasta casa de nuestros padres? —preguntó él, alzándose el cuello del abrigo.

—No puedo. Iré más tarde. Antes hay algo que quiero hacer.

Ethan me miró con una ceja levantada.

—¿Te refieres a eso que llevas tiempo planeando?

Asentí.

—¿Vas a pedirle a Maeve que se case contigo en Nochebuena?

—No se me ocurre mejor momento —dije con una sonrisa.

—Me alegro por ti, tío.

Nos despedimos en el parking de la oficina. Cada uno subió a su coche. Yo encendí el motor y puse mi lista de reproducción favorita para esa época, una con canciones clásicas de Navidad.

Frank Sinatra. Nat King Cole. Dean Martin. Sonaban a hogar. A infancia. A ilusión.

Y mientras conducía por las calles nevadas de Manhattan, con las luces decorando cada esquina, solo podía pensar en una cosa: Maeve. Su cara cuando abriera la caja. Su sonrisa. Ese «sí» que llevaba semanas imaginando.

Creía que estaba a punto de vivir la mejor noche de mi vida.

Saludé al portero de su edificio y subí hasta su planta con la sonrisa pintada en la cara.

Sabía que se estaría preparando para la cena en casa de mis padres. Habíamos quedado en vernos allí directamente. Aquello era una sorpresa.

Tenía la caja en el bolsillo del abrigo.

El corazón en la garganta.

Y la certeza de que estaba haciendo lo correcto.

Saqué la llave que ella me había entregado meses atrás y abrí la puerta. Giró sin problemas. Empujé la puerta con cuidado.

—Maeve —llamé, con media sonrisa—. ¿Estás aquí?

Me recibió el silencio. Y un murmullo lejano de música.

Entré y cerré la puerta detrás de mí.

El apartamento estaba decorado. Luces blancas en las ventanas. Velas rojas encendidas sobre la mesa. Un árbol enorme en el rincón, con las bolas que habíamos elegido juntos.

Caminé hacia el dormitorio, imaginando que estaría allí, vistiéndose.

La puerta estaba entornada, así que la abrí sin hacer ruido, esperando encontrarla frente al espejo, abrochándose el vestido, con una sonrisa en los labios.

Pero no.

No fue eso lo que vi.

Lo que vi fue otra cosa. A ella en la cama, desnuda. A Steve, mi mejor amigo desde la universidad, encima de ella. Dentro de ella.

Sus cuerpos entrelazados.

Sus respiraciones descontroladas.

Sus gemidos.

—Hacía mucho que no me sentía tan viva —dijo entre jadeos.

Me quedé en shock unos segundos. Paralizado. Como si alguien me hubiera vaciado por dentro de golpe.

Hasta que, al volver en mí, salí de la habitación sin ser visto.

Cerré la puerta con cuidado.

Como si lo que acababa de presenciar pudiera borrarse si no hacía ruido.

Aquella noche no fui a cenar a casa de mis padres. Tampoco lo hice al día siguiente en Navidad.

Desde aquel día, nunca más volví a celebrar la Navidad ni a mirar un árbol sin sentir náuseas.

Desde el día en el que todo se rompió… no volví a ser el mismo.

## 24

### Valeria

# GRACIAS POR TODO, SEÑOR PRESCOTT



Me desperté con una sonrisa en los labios y el cuerpo dolorido.

El recuerdo de la noche anterior me hizo apretar los muslos con una mezcla de placer y nostalgia anticipada.

Me giré aún medio dormida, esperando encontrar el cuerpo caliente de Blake a mi lado. Pero la cama estaba vacía.

Fruncí el ceño. Me incorporé, envolviéndome en la sábana y dejé que mi vista recorriera la habitación. Silencio. Frío.

—¿Blake? —llamé, en voz baja.

Nada.

Me levanté, busqué algo de ropa y me dirigí hacia la zona del salón y la cocina. Tampoco estaba allí. Llamé con los nudillos al baño, pero la puerta cedió ante mi mano sin resistencia.

Estaba vacío.

Fruncí el ceño, intentando controlar el miedo que empezaba a atenazarme la garganta. Puede que hubiera salido a comprar algo para el desayuno. O que hubiera salido a atender una llamada fuera para no despertarme.

Antes de sacar conclusiones precipitadas, busqué mi móvil en el bolso que había dejado en el suelo de la entrada el día anterior.

Lo desbloqueé y revisé las notificaciones pendientes.

Tenía un mensaje de Blake sin leer.

Estaba convencida de que ese mensaje me sacaría de mi error, que sería la explicación para todo.

No fue así. O no fue la explicación que quería encontrar.

BLAKE

Señorita Martín,

He tenido que regresar a Nueva York a primera hora por motivos laborales.

Tiene un chófer esperándola fuera, listo para llevarla a casa cuando lo desee.

Además, ha recibido por correo electrónico un billete para regresar a Madrid esta misma noche. Estoy seguro de que le alegrará poder pasar las fiestas con los suyos.

Le agradezco profundamente el esfuerzo y la implicación que ha demostrado durante estas semanas.

Gracias a usted, el acuerdo ha salido adelante.

Tal y como le prometí, voy a encargarme personalmente de que su ascenso se haga efectivo. También podrá disfrutar de un mes completo de vacaciones remuneradas.

Le deseo unas felices fiestas.

Prescott.

Me quedé mirando el mensaje incapaz de asimilar su contenido. Ese tono frío, formal, no parecía tener nada que ver con el hombre al que había conocido durante los últimos días.

Nada de lo que había pasado anoche estaba ahí.

Además, ¿desde cuándo volvíamos a ser la señorita Martín y el señor Prescott?

Enfadada, marqué su número. Quería hablar con él. Cantarle las cuarenta. Qué sé yo… desahogarme por sentirme tan estafada.

Pero al otro lado, nadie cogió el teléfono.

Entonces, ¿lo nuestro había terminado? ¿Lo que teníamos era realmente un trato y nada más?

¿Lo había imaginado todo?

Las lágrimas empezaron a caer. Silenciosas. Incontrolables.

Había sido una ingenua por haber creído que lo mío con Blake era algo más. Estaba claro que no lo había sido. Al menos por su parte.

Me senté en el sofá, me limpié las lágrimas, y comprobé el correo electrónico. Allí estaba el billete de avión con destino Madrid. Salida a las 20:05. Llegada a Barajas el día 23 de diciembre a las 08:45 hora local. Ventana, tal como había pedido. Clase Business.

Ironías de la vida. Había cumplido su parte del trato al milímetro. Vacaciones. Ascenso. Billete de vuelta. El mejor sexo de mi vida.

Cerré el móvil e intenté recomponerme. Había pasado por cosas peores antes. ¿Qué era esto comparado con qué te dejen plantada casi en el altar?

Entonces, ¿por qué sentía que dolía incluso más?

Me había hecho ilusiones. Eso era.

Me había hecho ilusiones y me habían quedado preciosas.

Así que ahora solo quedaba coger todas esas ilusiones, guardarlas en un cajón y no dejar que salieran de ahí.

Volvería a casa, prepararía la maleta, cogería el vuelo destino Madrid, pasaría un mes completo rodeada de mi familia…

Y luego volvería.

Y seguiría con mi vida en Nueva York.

Como si nada hubiera pasado.

## 25

### Blake

# ELLA ME DEVOLVIÓ LA NAVIDAD



—No me lo puedo creer, Blake. ¡Has conseguido cerrar el trato! Eres el puto amo, joder.

Ethan alzó su botellín de cerveza y lo chocó con el mío, con un entusiasmo desbordante que contrastaba por completo con mi mal humor.

Estábamos en mi loft, sentados en el sofá, con la caja de una pizza familiar abierta entre los dos y unos nachos medio fríos.

No era la cena más glamurosa del mundo, y menos viniendo de dos multimillonarios, pero en ese momento… me daba igual.

—Confieso que cuando me dijiste que ibas a fingir una relación para sacar adelante la inversión, pensé que te habías vuelto loco. Pero me equivocaba, está claro.

—Deberías confiar más en mí —murmuré, metiéndome un nacho en la boca.

—Confío en ti —dijo Ethan, encogiéndose de hombros—. Solo que a veces haces cosas tan absurdas que me cuesta seguirte el

ritmo.

—¿Absurdas? Hemos cerrado el mayor trato del año. Park Avenue va a ser un puto éxito. —Mi tono salió bajo, poco entusiasta.

Ethan frunció el ceño y me miró con los ojos entrecerrados.

—Vale, tío, ¿qué pasa? Tienes cara de funeral y no lo entiendo. Deberías estar celebrándolo. —No respondí. Me limité a coger otro nacho y a masticarlo en silencio—. ¿Tiene que ver con ella? —insistió.

—¿Con quién? —Me hice el tonto.

—Con Valeria.

—No.

—Mientes. Seguro que tiene que ver con ella. Porque solo una mujer podría conseguir que, en lugar de salir a celebrarlo en algún restaurante lujoso de Manhattan, prefieras quedarte en casa comiendo pizza y nachos como un universitario deprimido. —Ante mi silencio, añadió—: ¿Te ha dado calabazas? ¿Es eso?

—Eres un puto incordio. No, no es eso. Solo fingíamos una relación, así que no hay calabazas posibles.

Ethan alzó las cejas, dándome un trago largo de silencio.

—Ajá. Solo fingíais. Claro.

—Es la verdad —solté, más seco de lo que pretendía.

—Vi cómo la mirabas en la pista de patinaje el otro día, y déjame decirte… no tenía pinta de actuación. ¿Sabes qué pensé ese día? —continuó, sin darme tregua—. Que estabas jodido. Hasta el cuello. Y que ni te dabas cuenta.

—Pues te equivocaste —murmuré, apartando la vista—. Álvaro ha firmado, y nuestra relación falsa ha terminado. De hecho… —miré

el reloj—, a estas horas Valeria debe de estar cruzando el Atlántico rumbo a Madrid. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia? ¿Es que en serio no te das cuenta?

—¿De qué?

—De que te has enamorado de esa chica. Kayla y yo estábamos convencidos de que volveríais de Vermont convertidos en pareja de verdad.

Me reí, sin risa.

—Os montáis unas películas increíbles.

—No es una película, Blake. Te conozco. Diría que mejor que tú mismo. Y sé reconocer cuándo estás jodido por alguien. Solo hay que ver tu piso —dijo, señalando el árbol de Navidad encendido—. Desde lo tuyo con Maeve que nunca había visto tanto espíritu navideño entre estas cuatro paredes.

—Fuiste tú quien me dijiste que debía decorar mi casa por Álvaro. ¿Recuerdas?

—Pero nadie te obligaba a mantenerla en el tiempo. Y mírate. Aquí estás, rodeado de espumillón, luces y guirnaldas… sin sufrir urticaria.

Me pasé una mano por la mandíbula, incómodo.

—No sabía si Álvaro volvería… yo… la he mantenido por si acaso.

Ethan me miró en silencio durante un par de segundos. Luego sonrió, pero no con burla.

Con esa mezcla de comprensión y lástima que solo un hermano sabe lanzar sin decir una palabra de más.

—Ajá. Claro. La dejaste todo montadito... por si Álvaro volvía. Nada que ver con ella, ¿no?

Cerré los ojos, empezando a cansarme de aquella conversación que me obligaba a enfrentarme a lo único que no quería mirar de frente.

—Déjalo ya, Ethan.

—No —dijo, sin moverse—. Porque alguien tiene que decirte las cosas como son. Y si no lo hago yo, nadie lo hará. Estás enamorado de esa chica. Y estás cagado de miedo. Lo que, por cierto, es completamente normal después de lo que te pasó con Maeve. Sí, te fue infiel. Con tu mejor amigo. El puto día de Nochebuena. Justo cuando pensabas declararte. Pero, Blake… la vida sigue.

—No puedo volver a confiar en una mujer. Maeve me robó la Navidad. Me convirtió en un amargado. No puedo dejar que la historia se repita.

Ethan me miró como si no pudiera creerse lo que estaba oyendo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pasarte el resto de tu vida huyendo de cualquiera que te remueva algo? ¿Rechazar lo único real que has sentido en años solo porque otra te rompió? Además, mira a tu alrededor —volvió a señalar la decoración navideña, esa que Valeria y yo habíamos montado juntos, mano a mano—. ¿No lo ves?

—¿El qué?

—Que ella no te ha robado nada, Blake. En todo caso, te lo ha devuelto. Valeria te ha devuelto la Navidad.

Sentí una opresión en el pecho. Una fuerte, como si acabaran de empujarme el corazón contra las costillas.

Y, de pronto, los recuerdos de los últimos días regresaron a mi cabeza como el tráiler de una comedia romántica.

La proposición. Bruce, el árbol. Las compras en Bloomingdale’s. La decoración en casa. La cena con Álvaro. El beso bajo el

muérdago. Mi recompensa. El patinaje. La nevada. Vermont. El trineo tirado por perros. La cabaña. Ella. Yo. La moto de nieve. El beso de verdad.

El amor.

Y ahí supe que ya no podía hacer como si no hubiera pasado nada.

Porque lo había pasado todo.

¿Y yo qué había hecho?

En lugar de enfrentar mis sentimientos, había mandado al amor de mi vida a cruzar el Atlántico con un billete de Business y un mensaje de mierda.

Con el corazón en la garganta, me puse de pie de un salto.

—Tengo que irme.

Ethan alzó una ceja.

—¿Dónde?

—Al aeropuerto. A conseguir un vuelo destino Madrid para decirle a la mujer que amo que he sido un completo gilipollas con ella… y que me perdone.

Ethan se quedó en silencio unos segundos.

Y luego asintió, con esa media sonrisa suya que solo aparece cuando algo le emociona de verdad, aunque no lo diga.

—Venga, te llevo.

Y sin perder más tiempo, salimos del loft.

Con las llaves en la mano, la urgencia en los pasos… y una única idea en la cabeza: recuperarla.

**26**

**Valeria**

# CASA, CROQUETAS Y CICATRICES



Nada más poner un pie en tierra, miré el móvil por inercia. Pero, por supuesto… no había servicio.  Mierda. Había olvidado que mi SIM de Nueva York no funcionaba en España.

Guardé el móvil en el bolsillo del abrigo, frustrada, y avancé por el pasillo de la terminal arrastrando la maleta detrás. Y entonces lo vi. A mi hermano Gael.

Con su chaqueta vaquera, gorro gris, ojeras y esa sonrisilla de cabrón profesional que no había cambiado ni un milímetro.

—¿Me traes churros? —pregunté, antes de llegar a él.

—¿Tú qué crees? —dijo, alzando el cartucho de papel como si fuera un ramo de flores.

—¿Y eso es…? —miré el vaso de cartón humeante en su otra mano.

—Café con leche de La Mallorquina. Tu cafetería favorita.

—Joder, Gael… —le di un abrazo rápido, emocionada de verdad —. Eres lo mejor que tengo.

—Lo sé. Lo tengo muy asumido.

Tomé el vaso y di un sorbo. Estaba hirviendo. Dulce. Perfecto.

—No sabía cuánto necesitaba esto hasta ahora.

Y no sé por qué, mientras daba otro trago de café, los ojos se me llenaron de lágrimas. Lágrimas que en cuestión de segundos se convirtieron en un llanto desconsolado.

O bueno.

Quizá sí sabía por qué.

Acababan de romperme el corazón.

Y probar el café de casa, con mi hermano al que hacía meses que no veía al lado, era reconfortantemente abrumador.

Como si todo lo que me había contenido durante días hubiera encontrado, por fin, la grieta por donde colarse.

Me tapé la cara con una mano.

—¿Esto es por el café? —dijo Gael, en voz baja—. Porque aún te quedan los churros, y si piensas llorar también por ellos, te los quito.

Solté una risa ahogada entre lágrimas.

—Eres idiota.

—Y tú estás fatal.

—Un poco, sí.

Me rodeó con el brazo, en ese gesto torpe suyo de siempre, como si no supiera consolar, pero lo intentara igual.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza, con los ojos aún húmedos.

—No. Pero lo estaré.

—Dime que no tengo que irme hasta Estados Unidos a romperle la cara a algún yankee, porque tengo la espalda fatal y no estoy para repartir justicia transatlántica.

—Tranquilo. No hace falta. Lo único que necesito es llegar a casa, ver a papá, mamá y la abuela Rosario… y comer alguna de sus croquetas mágicas que curan hasta el alma.

—Eso está hecho. Cuando se enteró de que venías, se puso manos a la obra y ha preparado un centenar. Literal.

—¿Cien croquetas?

—Ya conoces a la abuela —dijo Gael, encogiéndose de hombros —. Si no cocina como para alimentar a un campamento entero, no se queda tranquila.

Me cogió la maleta, me pasó una mano por los hombros y empezamos a andar por el aeropuerto rumbo al parking.

***

Cuando llegamos a casa, me recibió el olor a hogar que tanto había echado de menos.

A suavizante, caldo de cocido, croquetas recién hechas y ese ambientador de vainilla que mi madre colocaba siempre detrás del radiador.

La abuela Rosario salió al pasillo antes de que pudiera soltar la maleta. Bata de felpa azul, zapatillas de cuadros y el moño un poco torcido.

—¡Pero bueno! —dijo, abriéndome los brazos—. ¡La niña del exilio ha vuelto!

Me lancé a abrazarla. Con fuerza. Y ahí, por segunda vez en menos de una hora, volví a llorar.

—Madre mía, hija… —dijo mi madre apareciendo desde la cocina, secándose las manos con un trapo—. ¿Qué te han hecho en América?

Se acercó y me abrazó también, por encima del hombro de la abuela.

—No es nada —mentí.

—Ya. Y yo soy Penélope Cruz —respondió, dándome un beso en la frente y apartándome el pelo de la cara—. Estás más delgada.

—Mamá, por favor —protesté.

Mi padre asomó por el pasillo en ese momento. Pantalón de chándal, calcetines de cuadros y jersey de ochos.

No dijo nada. Solo vino hacia mí. Y me abrazó.

Sin avisar. Sin palabras. Sin preguntar nada. Me apretó fuerte, con una mano en la nuca y la otra en la espalda. Como si, con ese gesto, pudiera pegarme los trozos rotos.

—Ya estás en casa —murmuró, bajito.

Y eso fue suficiente.

Lloré, abrazada a los tres, mientras pensaba que al menos aquí podía romperme sin miedo. Porque mi familia iba a sostenerme.

***

Horas más tarde, después de haberme comido una decena de croquetas, un cuenco de caldo y media barra de pan, subí a mi habitación con el estómago lleno… y el corazón igual de revuelto.

Aproveché para conectar mi móvil estadounidense al Wifi y revisar los mensajes pendientes.

No tenía noticias de Blake.

Lo cual, sinceramente, no me sorprendió.

Pero sí tenía uno de Kayla.

Una respuesta al mensaje que le había mandado el día anterior, explicándole por encima que todo había terminado.

KAYLA

Nena, llámame cuando tengas conexión, estoy preocupada.

Suspiré, me senté en la cama con las piernas cruzadas y le di al botón de llamada.

Tardó medio segundo en contestar.

—¡Valeria!

—Hola.

—¡Dios, por fin! Me he pasado la noche en vela sufriendo por ti. ¿Estás bien?

Me limpié una lágrima solitaria que se escapó ante la preocupación de mi amiga.

—No. Pero estoy en casa. Y eso… ayuda —tragué saliva—. Siento que tengas que pasar sola la Navidad. Prometí que este año no ibas a estarlo.

—Valeria, por favor. ¿De verdad crees que voy a quejarme de estar sola… cuando tú estás en plena tragedia romántica? Cuéntame que ha pasado.

—La cagué, Kayla. Dejé de fingir y me enamoré. Y él… él no me corresponde.

—Tía…

—Fue real para mí. Yo pensaba que para él también. Pero… no. Me ha dejado claro que todo fue un acuerdo. Y que ahora que ha conseguido lo que quería, y me ha pagado con lo que me prometió, todo ha terminado.

Silencio.

El tipo de silencio que solo existe cuando sabes que la otra persona no tiene consuelo, solo rabia.

—Es un cabrón —dijo al fin Kayla, con voz baja.

—No, no lo es. Él nunca me hizo promesas. Yo lo malinterpreté todo y… duele, claro que duele. Pero tengo un mes para recuperarme antes de volver. No te preocupes por mí. Estaré bien. Estoy en casa, con los míos. Y aquí es imposible no empezar a curarse

Le prometí que me cuidaría, que la llamaría a diario y que no iba a encerrarme en el cuarto como una víctima de culebrón. Colgué. Dejé el móvil sobre la mesita. Y me metí en la cama.

Llevaba demasiadas horas sin dormir, el jet lag era una pesadilla y lo que necesitaba en ese momento era dejar de pensar.

***

Me desperté a media tarde, con esa sensación pesada que te deja el sueño cuando no has conseguido descansar. Salí de la cama y miré por la ventana. Ya era de noche.

Comprobé la hora en el reloj que colgaba de la pared. 17.45. Bien. Aún quedaba día por delante.

Me desperecé y bajé en la planta baja.

Papá estaba dormido en el sofá, con la tele de fondo. Sonreí al ver la decoración navideña de siempre, el árbol lleno de bolas desparejadas, las luces que parpadeaban cuando les daba la gana y el belén que mi madre montaba en la estantería aunque cada año dijera que no tenía tiempo.

Mamá y la abuela estaban en la cocina. Liadas con los preparativos de la cena de Nochebuena, que sería al día siguiente.

Ese día siempre nos reuníamos todos y montábamos una buena jarana.

Hacía tiempo que no veía a mis tíos y primos.

Y, aunque una parte de mí no tenía el cuerpo para fiestas, otra agradecía tener algo en lo que distraer la cabeza.

—¿Y Gael? —pregunté, metiéndome en la boca una cucharada del relleno de canelones que la abuela tenía enfriando sobre la encimera.

—Ha salido —respondió mamá, sin levantar la vista de la cazuela.

Ella y la abuela se miraron con una sonrisa cómplice.

—Creemos que está saliendo con alguien —dijo Rosario—, aunque nos diga que no cada vez que le preguntamos.

—¿Gael? ¿Con novia? Imposible. ¿Quién en su sano juicio aguantaría a ese energúmeno?

—No hables así de tu hermano —dijo mamá, sin mirarme—. Ya sabes que nunca ha tenido suerte en el amor.

Hice una mueca.

—Tampoco ha puesto mucho de su parte. En el colegio decía que «el romanticismo era una pérdida de tiempo» y que casarse era «como firmar un contrato sin cláusula de escape».

—Ya sabes que es todo fachada —respondió mamá—. En el fondo es un blando. Siempre llora con las pelis de Pixar.

Sonreí, dándole la razón. Y aunque no lo dije en voz alta, me alegré de la posibilidad de que mi hermano hubiera encontrado a alguien capaz de tocarle el corazón.

Porque si él, con toda su coraza y sus muros, estaba dejando entrar a alguien… entonces igual aún quedaba esperanza para todos. Incluso para mí.

Con ese pensamiento en mente, regresé a mi habitación.

Quería aprovechar para deshacer la maleta, ducharme… y volver a no pensar demasiado.

Nada más subir, revisé el móvil.

Tenía una notificación pendiente.

Un nudo se me formó en la garganta en cuanto leí el nombre.

Era de Diego.

Y decía así:

DIEGO

Sé que estás en Madrid. Laura te vio dentro del coche de tu hermano de camino a casa y lo pasó por el grupo de WhatsApp. ¿Nos vemos? Prometo dejar de insistir si me dices que sí. Solo necesito cinco minutos.

Me quedé mirando el mensaje un rato largo. Laura como siempre tan bocazas.

Cerré los ojos y pensé.

Quizá no estaba en mi mejor momento.

Pero… ¿y qué?

¿Acaso no estaba en plena fase de recomposición emocional?

¿No se suponía que cerrar ciclos formaba parte de eso?

Cerrar de una vez por todas lo mío con Diego podría ser justo lo que necesitaba.

Ponerle el punto final que nunca tuve.

Mirarlo a los ojos sin miedo.

Y no sentir nada.

Así que respondí:

VALERIA

A las 20.00 en Bar Avenida.

**27**

**Valeria**

# CERRAR LA PUERTA



El Bar Avenida estaba como siempre. No había cambiado nada. Ni las sillas de madera con cojines desiguales, ni el tipo de la barra con pinta de llevar allí desde antes de la pandemia.

Era cómodo. Familiar. El sitio perfecto para cerrar una historia que llevaba demasiado tiempo sin final.

Me senté en una mesa al fondo, junto a la ventana, pedí un café y esperé

Miré el reloj. 19:56.

Diego entró puntual. A las 20.00. Así era él, nunca llegaba un minuto antes ni un minuto después. No pude evitar sonreír un poco al pensar que algunas costumbres no cambian.

Aunque… él sí había cambiado. Se le veía más mayor. No llevaba el mismo corte de pelo, ahora lo llevaba más corto por los lados, más serio. Se había dejado barba. Y la ropa desenfadada había sido sustituida por un atuendo mucho más pulido.

Camisa por dentro, abrigo oscuro, zapatos limpios. Nada del Diego de vaqueros rotos y sudaderas con capucha.

Al verme, sus ojos brillaron, y se acercó a mí con esa media sonrisa que antes me deshacía por dentro. Ahora… no provocaba nada.

—Hola —dijo, parándose frente a la mesa.

Asentí con la cabeza y señalé la silla de enfrente.

—Siéntate.

Eso hizo. Pidió una cerveza a la camarera y luego fijó su mirada en mí. Me observó en silencio un buen rato, hasta que finalmente habló.

—Estás guapa.

Ignoré su comentario.

—¿De qué querías hablar? Has insistido mucho en que nos viéramos. Pues bien, ya estoy aquí.

Diego se removió en la silla, nervioso.

—Yo… bueno, para empezar quería disculparme.

—¿Disculparte? —arqueé una ceja—. ¿Tres años después?

—Ya, ya sé que ha pasado tiempo. Pero no quería quedarme con la espina de no decir nada. —Alcé una ceja, expectante. Y él siguió —. Siento mucho cómo me comporté por aquel entonces. Pero en mi defensa diré que… estaba asustado. No era lo suficientemente maduro. Aún no tenía claro qué quería hacer con mi vida, y la idea de casarme simplemente… me ahogaba. Te quería, sí. Pero era incapaz de visualizar un futuro. Ni contigo, ni sin ti. Necesitaba encontrarme. Aunque eso significara sacarte de mi vida.

Fruncí el ceño, recordando el dolor de aquellos días.

—Me dejaste por WhatsApp, Diego.

—Fui un cobarde, sí. Pero sabía que si intentaba dejarte en persona, me echaría atrás. Y necesitaba hacerlo. Necesitaba dejarte ir para poder encontrarme.

—Admito que como excusa es bastante original —dije, con una media sonrisa amarga—. Podrías dar charlas motivacionales sobre cómo arruinarle la vida a alguien en nombre del autodescubrimiento.

—No es ninguna excusa. Después de dejarlo, dejé el trabajo y me fui seis meses fuera.

—¿A dónde? ¿A iluminarte en el Himalaya? ¿A meditar con monjes budistas?

—A Indonesia, en realidad. Estuve en Bali, en Ubud... viajé solo, hice surf, escribí, hablé con gente que vivía con mucho menos y era mucho más feliz que yo.

—Qué profundo —murmuré, cruzándome de brazos—. Mientras tú buscabas tu paz interior entre templos y cocos, yo me quedaba recogiendo los trozos de una boda cancelada y explicando a todo el mundo que mi prometido había decidido que ya no me quería. —Bufé—. ¿Al menos lo hiciste? ¿Te encontraste?

Diego asintió despacio.

—Sí. Al volver decidí dar un giro completo. Me apunté a un curso de coaching emocional —sonreí con sarcasmo—, ya sabes, de esos que te enseñan a «sanar al niño interior» y a «vivir en el presente». Y, bueno, ahora trabajo en eso. Me va bien. De hecho, por primera vez en mucho tiempo, puedo decir que soy feliz.

—Qué suerte —dije, sin poder evitar que se me escapara la ironía—. No todo el mundo puede decir que destrozó una vida y encima lo convirtió en un proyecto de éxito personal.

—No quería hacerte daño, Valeria. Pero ahora que estoy bien, que sé quién soy y lo que quiero… creo que por fin puedo visualizar un futuro. —Hizo una pausa, bajando la voz—. Y me gustaría que estuvieras en él. En ese futuro.

Lo miré, incrédula.

—¿Perdón? —solté una risa breve, sin humor—. ¿De verdad acabas de decirme eso? Hace tres años que no nos vemos. Ni siquiera conoces a la persona que soy ahora. ¿De verdad crees que podemos retomarlo donde lo dejamos?

—No, por supuesto que no. Pero… ¿por qué no empezarlo de cero?

—¿De cero? —repetí, sin poder evitar que me temblara la voz, entre la rabia y la sorpresa—. Diego, tú y yo no tenemos un «cero». Lo destruimos todo. Y cuando algo se rompe así, no se empieza otra vez. Se entierra.

Él me sostuvo la mirada, como si quisiera encontrar en mis ojos una rendija por donde colarse.

—Yo sigo viendo a la mujer de la que me enamoré.

—Y yo sigo viendo al hombre que me dejó por mensaje. —Me levanté despacio, cogí el bolso y respiré hondo—. Gracias por el café, Diego. Pero hay cosas que ni el coaching ni los templos de Bali pueden reparar. Me alegro de que ahora estés bien. Espero que acabes encontrando a la persona indicada para ese futuro del que hablas.

—Valeria… —murmuró, poniéndose en pie también.

Pero no le dejé decir nada más. Ya tenía lo que quería. Mi cierre. Mi final. Después de verlo y escuchar lo que tenía que decir, ya no quedaba nada pendiente entre nosotros.

Le dediqué una última mirada.

—Cuídate, Diego.

Y salí del café sin volver la vista atrás.

El aire frío me recibió como una bofetada dulce, de esas que despiertan.

Caminé despacio, entre las luces navideñas de Madrid, con el corazón ligero y la sensación extraña de haber cerrado, por fin, una puerta que llevaba demasiado tiempo entreabierta.

**28**

**Valeria**

# UN MILAGRO NAVIDEÑO



Era Nochebuena.

El salón estaba lleno de gente hasta reventar, olía a cordero al horno, canela y vino tinto, y la mesa estaba a rebosar: bandejas de embutidos, queso curado, volovanes rellenos, sopa de marisco y croquetas que volaban antes de llegar a los platos.

La abuela Rosario iba por el salón con su copa de vino en una mano y la espumadera en la otra, como si pudiera organizar el caos solo con utensilios de cocina.

Mi madre intentaba poner orden en los canapés que alguien había recolocado como si fueran piezas de Tetris, ignorando por completo el diseño «armonioso y navideño» que ella llevaba una hora montando.

Papá estaba en la esquina hablando de política con mi tío.

Gael… bueno, Gael tenía el móvil pegado a la mano y cara de mensaje romántico mal disimulado.

Y yo… estaba jugando con mis primos pequeños a montar torres de servilletas y ver cuál resistía más sin caer.

Una parte de mí no tenía el cuerpo para fiestas, pero otra agradecía ese ruido, ese caos, esa mesa llena. Había echado tanto de menos a los míos, que poder compartir con ellos ese día, fue más reconfortante de lo que pensaba.

Mi torre acababa de caer estrepitosamente, provocando un estallido de carcajadas entre mis primos, cuando el timbre sonó.

Me levanté de la silla, dejando que los más pequeños siguieran compitiendo con sus torres y fui a abrir. Seguro que era mi prima Macarena, que salía de trabajar tarde y aún no había llegado.

Abrí la puerta sin comprobar la mirilla. Podía imaginarla burlándose de mi jersey de Santa Claus y mi diadema de reno, como hacía cada año.

Pero no era Macarena.

No era nadie de mi familia.

Me quedé helada, mirando al hombre que apareció al otro lado. Un hombre alto, sexy, guapísimo… que unos días atrás me había roto el corazón.

Era él.

Blake.

De pie, en el umbral de mi casa.

—Hola —dijo, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Qué haces aquí? —solté a bocajarro.

Fue lo único que se me ocurrió en aquel momento. Porque Blake estaba en Madrid, frente a mí, y solo eso ya era una declaración de intenciones. Supongo que por eso el corazón me latía tan y tan rápido.

—¿Colará si digo que pasaba por aquí?

Le lancé una mirada lenta.

—Teniendo en cuenta que de Manhattan a Madrid hay seis mil kilómetros, va a ser que no.

Blake esbozó una sonrisa pequeña.

—Valeria, necesito hablar contigo, ¿me das cinco minutos?

Miré hacia dentro, desde donde me llegaba el rumor de las voces, las risas, los cubiertos chocando, el caos bonito de una casa llena.

—Me pillas un poco mal. Hoy es Nochebuena. Hay gente en casa.

—Lo sé, pero no quería esperar para verte.

Lo pensé unos segundos. Y asentí, cerrando ligeramente la puerta para que nadie desde dentro pudiera vernos.

—Habla.

—Sé que me comporté como un imbécil contigo al dejarte en la cabaña sin despedirme. Enviarte aquel mensaje tan frío y cobarde… fue lo peor que pude hacer. Pero me asusté. Me asusté porque estaba empezando a sentir demasiado, y tenía miedo de salir herido otra vez.

—¿Otra vez?

Blake bajó la mirada un segundo, como si removiera algo que llevaba años enterrado.

—Hace cinco años, en otra Nochebuena, fui a casa de la que entonces era mi novia. Llevaba una caja en el bolsillo y un discurso en la cabeza. Iba a pedirle matrimonio. —Tragó saliva. No hizo pausa dramática. Solo dijo lo siguiente como si aún le doliera—: La pillé en

la cama con mi mejor amigo. Desde entonces me prometí no volver a enamorarme. No volver a ser tan vulnerable.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Es por eso que odias la Navidad? —pregunté, casi en un susurro.

—Es por ella que la odiaba, sí. La Navidad… una de mis fechas favoritas hasta entonces.

Me quedé mirándolo en silencio. De pronto todo tenía sentido.

—Siento que pasaras por eso. Debió ser duro.

—Lo fue. Pero esa no es excusa para tratarte como te traté. —Me sostuvo la mirada, esta vez sin apartarla—. Lo lamento. Y prometo compensarte cada día de mi vida si me perdonas… y me das una oportunidad para demostrarte que no voy a volver a salir corriendo.

Reprimí una sonrisa, una de esas que llevan la esperanza grabadas.

—¿Compensarme cada día? Vas a necesitar una agenda y una resistencia olímpica para eso.

—¿Eso significa que me perdonas? —preguntó él, en voz baja.

—Eso significa que aún estás a tiempo de arreglarlo. Pero solo si no vuelves a romperme.

—No lo haré. Te lo prometo.

Y entonces me besó. Despacio. Como si no tuviera prisa por acabar. Como si aún no se creyera que yo seguía ahí.

Y yo… me dejé besar. Porque en ese momento, no había nada más.

Solo él. Y yo.

Y el hueco que había dejado, volviendo a llenarse.

El ruido de la ciudad parecía haberse apagado. Ni coches, ni voces, ni el bullicio de Nochebuena. Solo el silencio cálido de la calle, el olor a leña de alguna chimenea cercana y el latido acompasado de dos corazones que, por fin, se habían encontrado.

Por primera vez entendí que aquello no era un trato, ni una casualidad. Era amor. Del real. Del que llega tarde, pero se queda.

Cuando abrí los ojos, sentí algo frío en la mejilla.

Miré hacia arriba, confundida.

Estaba nevando.

—¿Eso es nieve? —murmuré—. ¿En Nochebuena? ¿Aquí en Madrid?

Blake también alzó la vista, con una sonrisa suave.

—¿Entiendo por tu cara que no es algo común?

—¿Común? Que nieve en Madrid por Navidad es un milagro.

Nos miramos.

Y entonces él se acercó por detrás, rodeándome con los brazos.

Apoyó la barbilla en mi hombro y susurró:

—¿Pedimos un deseo?

No dije nada.

Solo asentí, despacio.

Extendimos una mano juntos. Y dejamos que un copo de nieve cayera sobre nuestra palma.

Cerramos los ojos, respiramos hondo y pedimos nuestro deseo.

No hacía falta decirlo en voz alta.

Los dos sabíamos que habíamos pedido lo mismo.

Dentro, las risas de mi familia se filtraban a través de la puerta entreabierta. Afuera, las luces navideñas se reflejaban en el cristal del portal, y en ese reflejo estábamos nosotros: abrazados, con nieve en el pelo y el futuro esperándonos al otro lado.

**Epílogo**

**Valeria**

# EL MEJOR REGALO ESTABA COLGADO



*Un año después*

Era Nochebuena otra vez y estábamos en Nueva York. En el loft de Blake nos congregábamos todos. Mi familia, la suya, nosotros dos. Después de darle una segunda oportunidad cuando fue a buscarme a Madrid, habíamos luchado por nuestra relación y... habíamos ganado.

Aquella noche, un año atrás, invité a Blake a cenar en casa y a celebrar la Nochebuena con nosotros, y él quiso devolver el gesto a mis padres, y les prometió pasar la Navidad en Nueva York al año siguiente. Se había esforzado en aprender el idioma, para poder conversar con todos, incluso con la abuela Rosario.

Los padres de Blake, a los que conocí poco después de regresar a Nueva York, eran encantadores y también estaban allí, al igual que Ethan, y al igual que Kayla, que pasaría las navidades con nosotros en lugar de hacerlo sola.

No quería decirlo en voz alta, pero yo juraría que entre ella y Ethan había algo más que una relación laboral. Desde hacía meses se lanzaban esas miradas que no engañan a nadie. Tarde o temprano, terminarían juntos. Era cuestión de tiempo.

Y también estaba Gael, mi hermano, que había venido desde Madrid acompañado de su novia. Una tal Olivia. Simpática, lista, guapa y fan de los bagels de Nueva York. Mi madre ya decía que ojalá «esa chica tan mona se quedara para siempre». Gael no decía nada, pero sonreía más que de costumbre.

El loft estaba decorado con la decoración navideña que habíamos comprado el año pasado, aunque habíamos incorporado cosas nuevas, como una guirnalda de luces en forma de copos de nieve colgada sobre las ventanas, y un par de bolas personalizadas con nuestros nombres que mi madre había traído desde Madrid envueltas en papel de burbujas como si fueran de cristal de Murano.

Había sido un año lleno de retos, por supuesto. Yo había vuelto a Nueva York, y le había pedido a Blake que no me diera ese ascenso tan deseado. Ya no me parecía bien. Conseguirlo por haber fingido ser su novia… no me parecía justo.

Aun así, a mediados de año, fue mi propio coordinador el que propuso promocionarme. Dijo que mi trabajo hablaba por sí solo y que, si no lo hacían, otra empresa acabaría robándome. Blake no intervino. Solo me miró desde su mesa en aquella reunión y sonrió, como buen novio orgulloso.

El proyecto de Park Avenue, con la inversión de Álvaro, también iba viento en popa. Las obras habían comenzado en primavera y para otoño ya tenían vendida más de la mitad de las unidades. Todo el mundo hablaba del complejo como *el nuevo icono residencial de Manhattan*, y Blake y Ethan se habían convertido en la envidia del sector. Incluso habían salido en la portada de una revista especializada bajo el titular: *Los hermanos Prescott conquistan el Upper East Side.*

Yo, mientras tanto, llevaba las campañas de comunicación desde el departamento de marketing con un equipo que, por fin, me respetaba. Ya no era «la extranjera». Ya no tenía que demostrar el doble. Ya no me sentía invisible.

Podía decirse que ambos habíamos crecido en el ámbito profesional… y también en el personal.

Habíamos viajado, habíamos paseado por Manhattan y… nos habíamos enamorado incluso más de lo que ya lo estábamos. Sin darnos cuenta. Sin necesidad de grandes gestos. Solo con las cosas pequeñas.

Porque sí. Habíamos empezado fingiendo.

Pero ahora… ya no quedaba ni una sola parte de aquello que no fuera de verdad.

—Ya es medianoche —dijo Blake, levantando un poco la voz para hacerse oír por encima del bullicio—. ¿Vamos a abrir los regalos o qué?

Todos aplaudieron como si hubiera anunciado el premio gordo de la lotería, y en segundos el salón se convirtió en una escena de película: papeles de regalo volando, gente chillando, mi madre emocionada con una bufanda de cashmere que le regaló mi padre y la abuela Rosario quejándose porque nadie le había regalado nada que pudiera comerse.

Yo me quedé en mi rincón, mirando el árbol con una sonrisa. Hasta que Blake se acercó, se agachó un poco a mi lado y susurró:

—Tu regalo no está debajo del árbol.

—¿No?

—Está colgado de él.

Lo miré, confundida, pero él ya señalaba una bola que no recordaba de antes. Una dorada, pequeña, con un lazo rojo en la

parte superior.

—Esa —dijo—. Ábrela.

Fruncí el ceño, me levanté y me acerqué al árbol. Al cogerla, noté que no era una bola normal. Pesaba más. Y tenía una pequeña ranura. La giré con cuidado… y la abrí.

No era una bola… era una caja. Una caja con un anillo dentro.

Mi estómago dio un vuelco. Lo miré, pero Blake ya no estaba a mi lado. Estaba de rodillas. En medio del salón. Y todos, absolutamente todos, se quedaron en silencio.

—Una vez, una mujer me arrebató todo: el amor, la Navidad, la felicidad. Durante mucho tiempo tuve miedo de que otra mujer pudiera quitarme lo poco que me quedaba. Pero entonces llegaste tú. Y no solo no me quitaste nada, sino que me lo devolviste todo. El amor. La Navidad. La felicidad. Todo. Eres lo mejor que me ha pasado. Lo más inesperado. Lo más real. —Se detuvo un segundo, como si lo que venía le costara incluso respirar—. Así que, Valeria Martín Gómez, ¿quieres casarte conmigo?

Mi madre lloraba en silencio. La abuela Rosario se santiguaba como si estuviéramos en misa. Gael me miraba con los ojos muy abiertos. Kayla me guiñaba un ojo desde el sofá.

Y yo…

Yo asentí.

—Sí.

Blake se levantó, me puso el anillo en el dedo y me besó.

Y ahí, rodeados de espumillón, luces navideñas y familia, mientras fuera nevaba, supe que no podía pedir nada más.

Porque lo tenía todo.

**Extra**

**Blake**

# ATRAPADO EN NAVIDAD



*Otro año después*

Faltaba una semana y media para Navidad. O lo que es lo mismo: faltaba una semana y media para el día de mi boda. Y sí. Valeria y yo habíamos decidido casarnos en Navidad.

¿Que mejor fecha para darnos el «sí, quiero»?

Estábamos en el loft, que ya era de ambos, intentando cuadrar las mesas de los invitados, cuando recibí una llamada de Ethan.

Ethan estaba fuera, cubriendo una conferencia inmobiliaria a la que nos habían invitado a asistir para hablar sobre el éxito del proyecto de Park Avenue y la expansión de Prescott Brothers hacia la costa oeste.

Yo debería haber ido con él, pero preferí quedarme. A menos de dos semanas de la boda, no pensaba moverme de Nueva York ni loco.

Valeria ya me había amenazado con esconderme el pasaporte si se me ocurría coger un vuelo.

—Dime —contesté, apoyando el móvil entre el hombro y la oreja mientras Valeria debatía si poner a su tía Marisa y a su prima Silvia en la misma mesa o separarlas para evitar una tercera guerra mundial.

—Esto es un desastre, Blake. Un puto desastre —su voz se oía lejana y entrecortada.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo?

—Estoy atrapado, joder. Una tormenta de nieve nos pilló mientras volábamos y el piloto tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en un aeropuerto regional. Y ahora Kayla y yo estamos atrapados en un pueblo diminuto sin opciones de transporte, sin Uber, sin tren… y con un motel que parece sacado de *Psicosis*.

—¿Estás de coña?

—Ojalá. No sé si llegaremos a tiempo a la conferencia.

Me pasé la mano por la cara.

—Ethan, no me jodas.

—Te juro que si pudiera teletransportarme, lo haría, pero no es una opción realista.

—¿Y cuánto tiempo se supone que va a durar el temporal?

—He preguntado, pero aquí nadie sabe. Según parece, una vez cada veinte años, este pueblo se queda completamente aislado. Nieva tanto que cortan carreteras, cancelan vuelos, y la única forma de salir de aquí es en trineo. Literalmente. Trineo.

—Estás de coña. Pero llegaréis para la boda, ¿no?

Mis palabras alertaron a Valeria que levantó la vista del mapa de mesas para mirarme seria.

—Eso espero, pero no sé… esto es como haber caído en el pueblecito ese de *El Grinch* —siguió Ethan al otro lado del teléfono —. La gente es rara. De hecho, ¿sabes que la pareja que lleva este motel solo admite a parejas casadas? El tipo es pastor, o algo así. Kayla y yo hemos tenido que mentir y decir que estábamos casados para que nos dieran una habitación.

Me quedé en silencio un segundo, procesando todo lo que acababa de escuchar.

¿Otro Prescott fingiendo un romance durante la Navidad?

Genial. Lo que faltaba.

# SINOPSIS ATRAPADA CON EL CEO POR NAVIDAD

Una tormenta invernal. Un pueblo perdido en el mapa. Y un jefe tan irritante como irresistible.

Soy Kayla Morris, asistente personal de Ethan Prescott, y tengo un problema enorme: me he quedado atrapada en un pueblo remoto con mi jefe después de que nuestro avión fuera desviado por culpa de una tormenta de nieve.

¿El contratiempo?

La única posada disponible cree que somos un matrimonio recién casado y solo tiene una habitación libre.

¿La solución?

Compartir cama con Ethan, multimillonario y encantador, pero también el último hombre con el que debería dejar que se me acelere el corazón.

No nos queda otra opción que aguantar unos días en Mapple Hollows hasta que pase la tormenta, fingir que somos pareja y tratar de sobrevivir sin volvernos locos en el intento.

Lo que no imaginaba es que, entre paseos por el pueblo nevado, concursos navideños y roces imposibles de evitar, la tensión acabaría derritiendo hasta el hielo más duro.

¿Podré seguir fingiendo indiferencia cuando mi corazón empiece a querer convertir esta farsa en algo real?

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance entre jefe y empleada.

✓ Convivencia forzada en un pueblo navideño.

✓ Una sola cama y demasiada tensión.

✓ Momentos tiernos, cómicos y muy románticos.

✓ Un CEO encantador que nunca imaginó enamorarse en Navidad.

# ¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.



**¡MUCHAS GRACIAS!**

# ¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Gracias por llegar hasta aquí.

Por leer hasta la última página.

Por dejarte arrastrar por la ironía de Blake, la fuerza de Valeria, y ese tipo de amor que empieza fingido… y acaba siendo la cosa más real del mundo.

Gracias por vivir con ellos cada mirada robada en la oficina, cada roce contenido, cada discusión absurda y cada reconciliación explosiva.

Valeria es todas nosotras cuando el mundo nos subestima, cuando sentimos que tenemos que demostrar el doble por venir de fuera, por hablar distinto, por soñar demasiado.

Pero también es la prueba de que una mujer valiente, con la voz firme y el corazón en llamas, puede cambiarlo todo.

Blake es ese hombre que creía tenerlo todo controlado. Hasta que llegó ella.

Hasta que una española con cero filtros y mucha verdad le devolvió la Navidad… y le desmontó la vida.

Esta historia empezó con una mentira.

Con una cena.

Un trato.

Un favor.

Pero terminó con un «sí, quiero».

Con un anillo escondido en el árbol.

Y con la certeza de que el amor no siempre entra por la puerta principal. A veces se cuela en forma de broma, de café, de idioma distinto… y se queda para siempre.

Gracias por enamorarte con ellos.

Por reír, suspirar, gritarle al libro, mandarme mensajes a deshoras, compartir frases, recomendar esta historia, subir reels, escribir reseñas con el corazón y, sobre todo, por creer en el amor cuando no tiene sentido… pero sí destino.

Si esta historia te ha hecho sentir menos sola, más viva, o más valiente… entonces todo ha merecido la pena.

Y si además, al terminarla, has vuelto a creer en la magia de la Navidad, aunque sea un poquito… entonces no solo ha merecido la pena. Ha sido un regalo.

Con cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram:

https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/

# MIS NOVELAS

**SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN**

**-Un acuerdo millonario**

**-Un contrato millonario**

**-Un deseo millonario**

**-Un problema millonario**

**-Un error millonario**

**-Un sueño millonario**

**-Un desafío millonario**

**-Un sabor millonario**

**Aquí para leer la serie**

**SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN**

**-Millonario irresistible**

**-Millonario arrogante**

**-Millonario encantador**

**-Millonario provocador**

**-Millonario insaciable (ya en preventa)**

**Aquí para leer la serie**

**SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD**

**-Novia del CEO por Navidad**

**-Atrapada con el CEO por Navidad (ya en preventa)**